

«Los Reyes de Castilla acogieron benévolamente á Boabdil, y le os de aprisionarle, dieron órdenes para que se le protegiera en la guerra contra su padre.»

«Los moros habian perdido sucesivamente á Coin, á Cártama, á Ronda y otras plazas importantes.»

«Un dia, un sabio ALFAQUI, llamado Masef, hombre de gran autoridad en las juntas populares, concitó el ánimo del pueblo, exhortándole á que proclamara por Rey al principe Abdallah Azzagal, y al oír sus palabras, todos gritaron á una voz ¡Viva Azzagal! ¡Viva el WALÍ de Málaga, y sea nuestro Señor y caudillo! Inmediatamente partieron embajadores á aquella ciudad, á llevar al hermano de Hacén la nueva de su proclamacion.»

«Vino Abdallah á Granada, y el anciano y achacoso Abul-Hacén vióse obligado á reunir su Consejo, y á abdicar el trono en favor de Azzagal.»

«Triste suerte la de aquel desventurado Rey, cuyo hermano, cuyo hijo, cuya esposa, cuya familia entera le empujaban con tanta crueldad é ingratitude tanta, por la pendiente de sus infortunios á los abismos de su total ruina!»

«El viejo Hacén despues de su forzada abdicacion, se retiró sucesivamente á Illora, á Almuñecar y á Mondújar, en busca de salud y de distraccion; pero ni los aires puros del campo, ni la tranquilidad de su desierto retiro, pudieron devolverle aquellos dos preciosos bienes; hasta que por fin, en este último punto (1) acabó la carrera de sus desdichados dias, en brazos de su amantísima Zoraya, y de Cad y Nasar, los dos hijos que habia tenido de ella.»

El cura de Palacios dice que su cuerpo, llevado á Granada en una humilde mula, fué enterrado por dos cautivos cristianos en el panteón de los Reyes; pero esta aseveracion no

(1) Esta es la opinion de D. Modesto Lafuente; otros autores afirman que Mula Hacén murió en Solabróña

está justificada, y por el contrario, existe una tradicion sabida en todo el pais, y confirmada por historiadores tan autorizados como Lafuente Alcántara, Córdoba, Peralta y algunos otros, que afirman que Mula-Hacen, desencantado del trato humano, y queriendo huir del contacto de los hombres, hasta despues de la muerte, llamó en sus postreros momentos á su adorada y fiel Zoraya, y á sus dos hijos, y dijoles, con acento moribundo, las siguientes ó parecidas palabras:

—Ha llegado mi última hora. Alah misericordioso se ha apiadado de mí, y cortado el hilo de mis sufrimientos. Alabado sea el nombre de Alah. He sostenido sobre mis hombros una carga superior á mis fuerzas, y lejos de ayudarme á soportarla los míos, me han empujado para la caída. Que el Profeta tenga misericordia de ellos y de mi reino. Los hombres han sido para mí como las hachas para la encina. ¡Zoraya! mi idolatrada estrella de la mañana, manantial que has refrescado mi sed y templado mis ansias! Cad y Nasar, vástagos de mi tronco, no depositéis mis huesos, donde puedan ser visitados por la presencia de los hombres. Allá en la más alta de todas las montañas de Xolair; en su cima más inaccesible; cavad mi sepultura; bajo las nieves que la hagan impenetrable á toda mirada. ¡Zoraya! ¡Hijos míos! cumplid vosotros este último deseo de mi vida, y Alah os preserve de los males que á mí me han fatigado en mi peregrinacion.

— Cerró los ojos para siempre el anciano, y su esposa y sus hijos cumplieron su última voluntad.

.....

.....

.....

De suerte que aquella gigantesca montaña que escalábase, era una especie de *pirámide de Cleops*, tumba de los reyes de Egipto, ó más bien un *Mausoleo* como el erigido por Artemisa en Alicarnaso á su difunto esposo Mausolo. A diferencia de que el primero de dichos monumentos medía 473 piés de altura, 753 en cada lado de su base, y se habian empleado en su construccion 360,000 obreros por espacio de al-

gunos años; y el segundo, ó sea el sepulcro del Rey de Cária, tenia 412 piés de circunferencia y una altura de 25 codos.

En ambos se habian invertido sumas fabulosas, mientras que el monumento que cubre los restos mortales del XIX Rey Nazarita, penúltimo de los de Granada, mide una altura de 12,000 y pico de piés, y costó..... muy barato.

El tiempo que se invirtió en su construccion, pueden preguntárselo unos al padre Petavio, y otros á los autores de Geologia.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA





á nuestra derecha un espantoso precipicio, á cuyo pié se alzaba una pequeña laguna; á nuestra izquierda la dilatada convexidad de la montaña; á nuestra espalda, lejanos barrancos y continuadas cimas; á nuestros piés, riscos aislados y abruptas protuberancias, entre las cuales penetraron con mucha dificultad las cabalgaduras; y allá, muy distantes, tras el cortado vertical del N. E. de Mula-Hacen, una cordillera más baja, cuyas estribaciones venian de mayor á menor, á encadenarse con la parte media del cerro en que nos encontrábamos.

Dijonos el *guia* que aquellas montañas eran conocidas en el país con el nombre de «*Los altos de las lagunas.*» Su color era cárdeno, y su configuracion bien extraña; desde el sitio donde nosotros las veíamos, Formaban exactamente el perfil de un rostro colosal, vuelto al cielo. La frente rugosa se perdía en las lejanas lontananzas; dos profundos barrancos figuraban luego la línea de la ceja y la concavidad del ojo; la nariz, un tanto aguileña, estaba perfectamente cortada sobre la línea del labio superior; otra depresion del terreno formaba la boca, cuyo labio inferior aparecia empujado hácia afuera, en señal de desden ó de menosprecio; seguia luego la línea de la barba, perfectamente determinada, y por último, el arranque del cuello, que quedaba bruscamente recortado por el perfil vigoroso de Mula-Hacen. La ilusión era completa; todos los trazos y arrugas del rostro, la abertura de la nariz, el fruncimiento de la boca, el poblado bigote y la barba rala, el ojo profundo y hundido, la frente angulosa, todo estaba dibujado con la mayor correccion por los efectos y tonos de la luz y del clarooscuro, en las cimas, en los barrancos y en las vertientes. A mí me pareció desde luego aquel rostro el mismo del Rey granadino, que haciendo un esfuerzo supremo dentro de su descomunal sacófago, habia roto con el cráneo la cubierta de la montaña, y sin perder su posicion horizontal, sacaba la cabeza de la tumba para mirár al cielo; que nó debió de parecerle muy bien, atendida la expresión despreciativa del semblante. *117*

No pude menos de sacar mi cartera y dibujar, con la rapidez necesaria, aquel raro capricho de la Sierra, que tanto llamó nuestra atención: sup. no cifra lo anelli se anelli

El acceso se nos había hecho difícilísimo por el frente, é imposible por la derecha, donde desfiladeros violentos nos estorbaban el paso por completo. Estábamos casi encajonados entre las rocas; *empoyalados*, como dicen las gentes de las sierras de Almería, cuando se encuentran en situación de no poder subir, ni bajar, ni moverse en alguna quebrada del terreno.

Malditísima gracia nos hizo el vernós embutidos en medio de aquel gigantesco empedrado; y mucho menos el oír al guía decir con la frescura más natural del mundo:

—No podemos seguir.

—¿Cómo que no? exclamé lleno de indignación.

—No, Señor; los ventisqueros nos impiden el paso por la izquierda, por la derecha éste cortado; veó desde aquí los *covarrones* donde debíamos pasar la noche, para subir de madrugada al *Pico*, y están atestados y rodeados de nieve. Por aquí no hay sitio más que este, donde poderse resguardar algo del viento y del frío; no hay más remedio que *dormir* aquí, y por la mañana iremos arriba.

Nuestro impasible *Hombre de ciencia* echó mano de sus instrumentos, y despues de hacer unas breves operaciones y cálculos, nos dijo friamente:

—Estamos á 10 grados centígrados. Son las 7 y 10 minutos de la tarde. Hemos experimentado en 2 horas una disminución de 19 grados en la temperatura. Nos hallamos á 3023 metros de elevación. La pendiente que nos resta por subir hasta la cumbre, es de 32 grados. La distancia en línea recta unos 2 kilómetros. Reina viento S. O. con inclinacion al O. Hemos caminado desde la salida del *Trevélez* 9720 metros. Tiempo invertido en recorrerlos, 2 horas y 21 minutos, (deducidos los 35 que descansamos en el prado.) Nos restan por subir, según cálculos anteriores, unos 500 metros próximamente.

Y luego que hubo terminado la sintética relacion de sus operaciones, preguntó al *guia*.

—¿Cómo se llama el sitio en que nos encontramos?

—*Las Balsicas*, contestó aquel, con la brevedad de un lacedemonio.

Nuestro compañero lo apuntó en su cartera; yo no tenia humor de consignarlo en la mia. La terminante seguridad conque el *guia* nos habia dicho—«No podemos seguir»—habíame amostazado un tanto, puesto que el tener que pasar la noche al raso, en aquellas alturas, era dar armas muy terribles á mi enemigo el reuma. Así es, que mientras el *Astrónomo-físico-geólogo* se abstraía sobre sus instrumentos, y me nudaba cifras en su cartera, nosotros, los tres restantes expedicionarios, sostuvimos una ruidosa controversia, con honores de aquellarre, puesto que el ánimo de mis compañeros estaba tan excitado como el mio.

—Aún nos queda cerca de una hora de dia, y si nos falta tiempo, á bien que la luna llena asoma ya por allí, su cara moquetada. Opino que debemos seguir hasta la cúspide.

—Si, Señor; yo opino así tambien; debemos seguir, mal que le pese al *guia*, y á todos los *guias* nacidos de madre. Si las bestias están fatigadas, mi caballo nos subirá á todos. Por aquí no hay agua para mi caballo, sino allá abajo, y el demonio que vaya por ella, habiéndole ese cortado. Adelante, pues. Yo necesito dormir, y sobre estos peñascos no hay hueso que resista. ¡Adelante! No hay que vacilar; arriba nos esperan confortables viviendas, y cómodas caballerizas para mi cuadrúpedo. ¡Cuando digo que no paso la noche aquí!...

—Creo, dijo otro, que sería tal intento una solemnísima barbaridad. ¡Pues no es nada! ¡Y con el fresco terrible que empieza á sentirse! (Aquí añadió una, dos, hasta cuatro interjecciones.) El *guia* tiene la culpa de todo. Si, señor, es un mastuerzo, un zopenco, un... (colóquese aquí otro epíteto más acentuado.) El Curá de Trevélez no sabe lo que se pesca en eso de buscar *guias*. Pido un voto de censura para el eclesiástico.

—Jóven, no tolero tales inculpaciones contra mi amigo. El Curá sabe dónde le aprieta el zapato, y si el *guia* es un remolon; ó nos ha extraviado, culpa suya no es. Prescindámos de su iniciativa.

—Yo no paso la noche aquí.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo.

—Adelante, pues; me es imposible prescindir de ciertas comodidades.

—Sigamos, aunque sea á pié.

—Nunca; no consentiré jamás el separarme un canto de uña de mi caballo.

—¡Qué caballo ni qué niño muerto! añadió el jóven. El caballo se quedará aquí con los mulos, ó se los bajarán los mozos al prado más cercano, para que pasen la noche comiendo.

—Jamás.

—Pues es una soberana estupidez.

—¡Caballero! ¡Esa palabra!

—La sostengo en todos los terrenos, á pié ó á caballo, con lanza ó con espada, con fusil ó con revolver.

—Pues con el caballo y con la espada, y con el fusil y con el revolver te puedes ir á.....

—¡Pepe, te voy á romper dos huesos!

—Inténtalo.

—Nos batiremos.

—A muerte.

—A dos muertes.

—Y yo también quiero batirme con alguien; con uno, con los dos juntos, conmigo mismo. Que me traigan mucha gente con quien batirme.

En tanto que con tan bélico ardor mostrábamos la sobrecitacion de nuestros ánimos, el *Benedictino* rasgueaba fuertemente sobre el papel, ó se metía con furia sus cinco crispados dedos entre los aborascados cabellos, y los mozos contendian tambien entre si, apurando el vocabulario de la descortesía.



Estábamos bajo la influencia del oxígeno. Representábamos una escena del «*Doctor Ox*» en la «*Ciudad Oxidrogénada*». Éramos gorriones sometidos bajo la campana de cristal; á la influencia de una corriente de ese gas, que mata por exceso, así como el carbono por defecto. —

Comprendilo así; un rayo de luz penetró por entre los nubarrones tampestuosos de mi mente, y haciendo de Rey Sobrino en aquel riscoso campo de Agramante, exclamé con energía.

—Alto! Guardemos nuestro valor heroico para más atrevidas empresas. ¿No comprendéis que tocamos los efectos del desnivel en los elementos constitutivos del aire? Pues si así empezamos á los 3,000 metros de altura ¿qué va á quedar de nuestros cuerpos cuando respiremos 500 metros más arriba? Señores, un recuerdo para los seres queridos que tienen derecho á nuestra existencia. —

Hubo un momento de sensación; el auditorio pareció convencido, y después de reflexionar un momento, añadió para confirmar mi tesis:

—Ahora me explico por qué en los desfiladeros de las montañas se han reñido siempre los más encarnizados combates; por qué D. Pelayo eligió para su palenque las escabrosidades de Asturias, por qué los moriscos se batieron tan desesperadamente en las altitudes de la Alpujarra, y el Alcalde de Otivar, con sus atrevidas huestes, en las patrias asperezas, y por qué pelean con tanto ardor los carlistas en Monte Jurra, y por qué suelen tener lugar tan encarnizadas reyertas en Granada la noche de la herbena del Cerro de San Miguel el Alto. Señores, no hay que dudarlo; el enrarecimiento del aire, hace prodigios de valor. ¿Qué serán en el porvenir las batallas que se riñan entre las escuadras de globos aerostáticos?

Me había excedido á mi mismo, y casi estuve tentado de seguir luciendo mi erudición y elocuencia, y lo hubiese hecho, á no impedírmelo un temblor convulsivo de mis piernas, y un acelerado dentellar de mis mandíbulas, cuyo expresivo

lenguaje, no quería significar otra cosa, sino que el sol se había ido; y que la temperatura descendía considerablemente, y que apreciaba Eolo, y que estábamos aún vestidos de rigoroso verano. Y luego que la sobreexcitación calmóse un tanto, y se aquietaron algo los ánimos, y adquirimos la persuasión de que era una gran imprudencia, por lo menos, el seguir adelante, fué nuestro primer cuidado el hacer desbalijar las bestias, y vestirse cada cual, sobre lo puesto, las ropas de invierno prevenidas.

Todavía refunfuñaba alguno subido en un peñasco, y mirando á la cercana cima de la montaña. Era tan duro el avenirse á pasar la noche, teniendo por techo la bóveda celeste, cuando allá arriba; á una hora de distancia, nos esperaban sin duda los artesonados, los estucos, las cómodas y limpias camas, y sobre todo las butacas, sin las cuales no se resignaba á pasar la velada el cómodo *Caballista!*

Pero en fin, no había otro remedio; dados los recelos y las afirmaciones del *guia*, y en su vista, formóse el campamento, mientras nos acordábamos, con honda pena, de la tienda de campaña y de los catres de idem, que no habíamos querido llevar por disminuir la *impedimenta*.

Después de una cena parca, frugal y flambre por añadidura, empezó cada cual á tender su vista buscando lugar á propósito para su lecho. No nos restaba ni el recurso que Don Quijoté decía, de medir los pies de terreno que quisiéramos, y extender las piernas, sin temor de que se arrugaran las sábanas, pues las rocas se apretaban tanto unas con otras, que apenas quedaba espacio plano donde poder sentarse.

El *Benedictino* y su hermano se decidieron por tender su gran manta impermeable sueca allí mismo, donde habíamos cenado; el más sibarita de la partida, después de recorrer un buen trecho, buscando instalación acomodada para su cuadrúpedo, hizo tender la suya contra un peñasco, elegido entre todos por su semejanza con una poltrona, y un servidor de VV. se dió con el *guia* á buscar por aquellos vericuetos;



sitio adecuado donde poder estirar los huesos.

Hizome el *trevelense* subir mucho por entre las puntiagudas rocas, con riesgo de romperme, si no el alma; al menos cualquier parte integrante de mi persona, y al fin, mostróme un peñón escarpadísimo, tajado de arriba á abajo por una grieta ó hendidura, que mediria cosa de medio metro de anchura, prolongándose hácia dentro indefinidamente, á guisa de cubil ó de madriguera.

—Este es el sitio mejor y de *más abrigo* que hay por aquí para dormir, me dijo sencillamente.

—¿Cuál? pregunté con asombro.

—Pues ahí entre esa raja de la peña. Ahí no cala el viento. Yo colocaré una manta por encima para que le sirva á V. de cobrera, y dormirá como las propias rosas.

—¡Yo! ¿Yo he de meterme ahí en ese antro tan estrecho, profundo y negro, sin saber si allá dentro existen huéspedes, que me empiecen á comer por la cabeza, ó viboras que me sangren, ó demonios que me mortifiquen? Pensemos en otro expediente, amigo, puesto que así me meteré yo ahí dentro, como soy turco.

—No hay nada de eso que V. se teme; muchas veces he dormido yo ahí dentro cuando era pastor.

—Y cuánto tiempo hace?

—Tres años.

—Y en treinta y seis meses no ha habido tiempo para que los lobos y otras alimañas mediten sobre la comodidad de esa vivienda?

—Registraremos hasta donde se pueda.

—No hay que molestarse; prefiero entregar mi cuerpo inerme á las ferocidades del reuma.

—Va V. á pasar mucho frío; mire V. que dentro de dos horas no va V. á poder sufrir este *remojillo* que hace.

—Reflexioné un momento. A pesar de que la luna brillaba ya en toda su plenitud, no alumbraba ni aun la boca de aquella caverna rectangular y espantosa, estrecha como un ataúd, silenciosa y prolongada hácia dentro como la negra garganta

ta de un cadáver. El viento arreciaba, y se hacia el frio cada vez más intenso; miré al cielo, y noté en él algunos aparatos de lluvia. Esto último me hizo adoptar la resolución heroica de pasar la noche embutido en aquel peñon, que desde entonces seria un peñon mechado. Tendíme boca abajo, y encendí una, dos, muchas cerillas, sin conseguir ver claro en las fauces de aquel mónstruo, á cuya voracidad decidia entregarme. Metí mi baston, haciendo el mayor ruido posible, pero ni alcancé á tocar con él la remota frontera, ni nadie se dió por entendido allá dentro de mis exploraciones. Sólo silencio y oscuridad.

Ordené entonces al *guia* que me subiera todos mis abrigos, y tendí en el suelo de la gruta una manta, luego el impermeable, despues otra manta, y envolviéndome en mi querido capote, envidia de mayores y pastores, caléme un gorro de pieles, y mis guantes de *borreguillo*, y así enmascarado, me arrastré hácia el interior de aquel sepulcro, seguro de dar un buen susto, por mi estrafalario atavio, al más osado de los lobos ó zorras, víbora ó gato montés, que se atreviese á invadir mis dominios.

Marchóse el *guia*, tan luego como me vió empotrado, y yo cerré los ojos pensando en Mula-Hacen, en Zoraya, en Azzagal, en Aixa, en Boabdil, en Moraima, y en tantas y tantas historias de amor, de sangre, de exterminio y de desgracia como representan aquellos nombres.

No bien el blando y regalado sueño, serpenteando por mis cansados miembros, hubo invadido mi nebuloso cerebro, senti una conmocion extraña: Me habian sacudido el brazo, con intento de despertarme. Levantéme azorado y temeroso, y á la luz de la luna, que flotaba melancólica, como encantada nave, por las soledades del cielo, ví un gigante negro, envuelto en un albornoz de armiño, y á su lado un caballo negro tambien como una noche de tempestad. Eran relámpagos sus ojos, trueno su aliento y volcanes su nariz encendida. El bruto impaciente heria con el ferrado casco la durísima y escarpada roca donde se sustentaba.

—Cabalga y sígueme, dijo el gigante, con una voz tan temerosa como la trompeta del arcángel en el tremendo juicio. Su acento me subyugó y maquinalmente, sin ser dueño de mi voluntad, me acerqué al caballo, cuyos resoplidos fueron más fuertes que los del vendaval.

El moro negro se acercó á mí, levántome en alto, con la facilidad del viento que arrebató la pluma, y dejome caer sobre los lomos del bruto, que se estremecieron á mi contacto.

Subióse el gigante sobre un peñasco; giró sus ojos blancos de Oriente á Occidente, y abriendo su boca descomunal, guarnecida por dentro de alabastro, lanzó un grito gutural é inarticulado, que fué repetido por las concavidades de las montañas.

Desprendióse al aire como lanzada bomba, desde el peñón abrupto; y el negro caballo, encabritándose, y tendiendo al aire, como nube de tormenta, su crin copiosa y su cola rizada, se lanzó tras él, dejando un reguero de chispas azuladas, en el espacio, como un cometa fugitivo.

De un salto habíamos salvado los abismos del Oriente; y había reflejado á mis piés la opaca luna, allá muy profunda en las verdosas aguas del pequeño lago.

Nuevos riscos é inaccesibles rocas fueron heridos por los piés de fuego del horrible guía y del bruto fogoso. Otra mirada exploradora, otro terrible grito del gigante de ébano, y otro salto descomunal de él y del poderoso hipógrifo que me arrebató.

Profundos valles, oscurísimos barrancos, horrendos precipicios, cimas culminantes y ventisqueros inmensos iban quedando bajo mi asombrada vista, salvados por los vertiginosos botes de mi caballo, y por los vuelos de águila de mi guía.

Y así, de peña en peña, de cumbre en cumbre, de abismo en abismo, de grito en grito y de salto en salto, llegamos á la base de una mole inmensa, cuyo asiento era de sólidas serpentina; y cuya aguda cúpula, forrada de plata, penetraba allá muy alta, en los espacios azules.

Paróse el mónstruo negro, paróse el negro caballo con

los pies fijos sobre la punta de un tajado peñasco, y manoteando impaciente sobre los abismos en las soledades del aire; y luego tembló convulsivamente la tierra, como sacudida por el terremoto; y se desgajó la base de la montaña, con un estrépito tan espantoso como el del trueno que estalla de repente en el cenit. Cayó de la altura sin la menor lesión, leve y vaporoso como la niebla, y fui arrastrado como ella por el huracán, hacia la boca de una inmensa caverna, donde mis ojos quedaron deslumbrados por un repentino fulgor, semejante al del alba, cuando se asoma por las espaldas del mar.

Habían desaparecido el gigante y el caballo; y solo, guiado por el instinto, dominado por la admiración, traspasé un inmenso pórtico de plata bruñida, y penetré en una estancia, cuyo pavimento era de cristal, de agua cuajada sus columnas y capiteles, de filigrana la techumbre y sus muros de acero bruñido. Una luz azulada, disuelta entre los glóbulos de oro de una atmósfera embriagadora, una luz que no era la del día, ni la producida por las antorchas, luz misteriosa y vaga como el suspiro de una virgen, me dejó ver en medio de aquella mansion encantada un monumento rojo y dorado, que parecía á la vez un túmulo y un lecho.

Tendido en él, cubierto el cuerpo por un esplendido manto de escarlata, recamado de oro y tachonado de pedrería, reposaba un anciano venerable.

Su cabeza, envuelta en un turbante de espuma, se reclinaba en el mullido almohadon de grana, sobre el que se destacaba su faz, pálida como la flor de los limoneros, y su blonda barba, del color del lino preparado para el tejedor.

Acércate, exclamó, sin mover sus labios de cera, ni abrir sus ojos cerrados, como los pétalos de la púdica flor, cuya corola se recata, cuando se le acerca el osado caminante.

Obedecí, lleno de asombro y turbación, y entonces, con



un acento, que sin ser pavoroso, parecia salir de las profundidades de un sarcófago, me dijo:

—En el nombre de Alah clemente y misericordioso. Yo soy Ali-Abul-Hacén el desgraciado, aquel en quien Alah quiso derramar toda su justicia y castigar todas las abominaciones. Alabado sea su nombre, y bendito el de su Profeta.

La raza de Agar ha penado en el más miserable de sus reyes todas sus iniquidades. Acércate, Nazareno, y llora sobre mi frente, porque tus lágrimas refrescarán mi espíritu, como el rocío de la mañana refresca las hojas de mirto y de arrayan, que crecen al pie de los bosques sombríos.

Tú conoces la historia de mis desdichas, que los hijos de Ismaél recuerdan cinco veces al día, despues que los *muezzines* han entonado desde los altos *minaretes* sus alabanzas á ALAH. Llorá sobre mi frente.

El ángel Azrael me cobija bajo sus alas de crespon negro; yace mi espíritu, privado del paraíso, dentro de la mazmorra de mi cuerpo, sin disfrutar de la vista de las ohurís celestiales, entre las que resplandece mi adorada Zoraya, dulce como los panales, y más placentera á mis ojos que el color de rosa de que se visten las nubecillas de la mañana.

Abrásanse aún mis entrañas con el tósigo, que en vaso de oro dióme á beber Abdallah-Azzagal, mi hermano; (1) quemán mi corazón las centellas que contra él despide la cimitarra de mi hijo Mohammed Boabdil, y mis ojos se cerraron para no ver los dardos de fuego que de los suyos despide celosa contra mí Aixa la Horra, mi esposa repudiada, la serpiente de los Nazaritas, la catapulta de mi reino.

Acércate, Nazareno. Escrito está por Alah en letras de estrellas sobre el libro de los cielos. Vuelve los ojos á la Meka, y recita los cuatro *tehbires* para encomendarme á las misericordias del Profeta. Tú serás para mí como el rocío á los cam-

(1) Es opinion admitida por algunos historidtores, que Mula-Hacén murió envenenado por su hermano. Otros autores, entre ellos D. Modesto Lafuente, no dan crédito á esta version, y dicen que fué una calumnia inventada por la sultana Aixa para indisponer á Azzagal con los portadarios de Hacén.

pos, y como la aurora á la noche. Tú me arrancarás de este sueño perezoso, que duermo hace cuatro siglos, debajo de esta hueca montaña, donde construyó para mí Zoraya, con ayuda de las hadas, este palacio sepulcral.

—¿Y qué he de hacer, noble anciano, (exclamé conmovido) para cortar el hilo de tus largas desdichas?

—Conquistar de nuevo á mi Granada, y rescatarla del yugo con que la oprimen las impuras tribus de tu raza. Así que la Damasco de Occidente, la perla de Al-Hamar, la puerta del Paraiso, el búcaro de alabastro, formado con encajes de luz, y amasado con el zumo de los claveles, y esmaltado como las alas de las mariposas, así que en mi torre de Gomas, sobre las barbancas de mi Alhambra, encima de las murallas de mi Alcazaba, y en lo más alto de sus atalayas se enseñoree mi estandarte rojo, con el azul escudo, atravesado por banda de oro, enarbolado por la mano de un Nazareno, Alah piadoso terminará mis sufrimientos; y los ángeles del sétimo cielo bajarán á mí, cobijados por nubecillas de colores, para arrebatarme al lado del Profeta, que se complace en la mirada de los ojos garzos de mi Zoraya, la predilecta de mi corazón, la querida de mi alma, el talisman eterno de mi pensamiento.

Y una lágrima silenciosa y trasparente brotó de los párpados del anciano, como suele brotar una gota de agua cristalina entre las áridas arenas del desierto.

—¡Ali, Nazareno! continuó. Arrebátame á esta muerte, mucho más penosa que los azares de mi vida. Allá en próximas estancias, bañadas de roja luz, encontrarás mis hombres de guerra, que seguirán tus huellas, abriendo caminos de sangre con sus alfanjes, yagatanes y cimitarras. Allí verás los Zenetes, guardias de los Nazaritas Emires; allí los Zegries valerosos y los arrepentidos Abencerrajes, los Muzlimes y Gomeles, mis Walís y Xequés, mis Fakies y Visires, que á tu voz se levantarán de sus almohadones de brocado, y de sus divanes de púrpura, y sacudirán los miembros entumecidos



por el sueño de cuatro siglos, y relampaguearán sus gomas, y los caballos relincharán allá abajo, abriendo la nariz de fuego, para aspirar el vapor de sangre, que empezará á emanarse de la tierra encendida.

Más allá encontrarás esclavos nubios, de ropas blancas y carnes de ébano; guardando, como un tesoro sagrado, en los recónditos camarines, las codiciadas bellezas de mi despreciado harem; y en ellos, ó más allá en frescos patios con brillantes surtidores, bajo templetos de cristal, sostenidos por columnillas de jaspe, perfiladas de rojo y verde y azul blanco, entre los zócalos de azulejos que revisten la base de las paredes de encaje, y los esmaltes y los alicatados, entre los colores del iris, y bajo los artesonados que forman hojarascas de plata y oro, circulando las unas entre las flores del tulipan y de la azucena, envueltas en la aromática nube de los relucientes pebeteros, reclinadas las otras en sus pintorescas *alhanias*, ora desnudas como la fruta de los manzanos, ora veladas por transparentes cendales ó ceñidas con el bordado *almazar*, encontrarás vírgenes celestiales, ohurís divinas, de pestañas como la noche y de carnes como la aurora, venidas á mi harem desde las georgianas montañas, para recreo de la vista y servicio de mi Zoraya, la luna de mi cielo, la estrella de mi noche, la sonrisa de mi felicidad.

Con esas esclavas sólo puedes conquistar un reino.

Y sigue más allá, más allá, y en silos sombríos, y en profundísimas mazmorras, encontrarás tesoros incalculables, con todas las cifras de los números. Verás allí amontonado todo el oro que durante siete siglos fué arrastrado por las preciadas aguas del Darro, toda la plata arrancada al corazón de mis sierras, pirámides de diamantes como obeliscos inmensos fabricados de luz, montañas de pálidas perlas y fulgurantes záfiro, y sierras enteras de ámbar y de nácar, de coral y de marfil, de ágatas y de rubies.

¡Ah, Nazareno! Vístete mi *caftan*, y apoderándote de todas esas maravillas, vuela sobre mi caballo negro, hácia la

vega de esmeralda que ciñe mi Granada, y rescátala de las impuras manos que exprimen su jugo delicioso. Tú serás su Rey; tu nombre sonará de Oriente á Occidente bendecido como el nombre de Al-Hamar, y habrás logrado mi resurreccion en el seno del Profeta.

Movido; tanto por el dolor del anciano, como por el atractivo de sus promesas, y ansioso de contemplar ante mis ojos los orientales encantos que sus labios inmóviles me habian pintado, quise avanzar mi planta sobre el terso pavimento; pero rompiéndose este de repente, sentí mis pies enlazados por manojos de víboras, que mordiéndome en todas mis venas, me arrastraron hácia un antro tan tenebroso como la conciencia del parricida.

A mis gritos de espanto y de dolor, brotó una nueva lágrima en los cerrados párpados del anciano; se dilató en el ámbito el oculto suspiro de un pecho invisible, y luego un gemido doloroso, como el recuerdo del bien perdido, tembló en los aires, debilitándose al modo de la vibracion del arpa lejana.

El suelo se cerró tras de mí, dejándome sumido en las tinieblas, y atenaceados mis pies por las ligaduras de los inmundos reptiles que me aprisionaban.

Luego que hubieron saciado en mi sangre su voracidad, resplandeció la caverna con una luz de fósforo y azufre, y un gigante espantoso, vestido todo de cuero pajizo, y con los broncos cabellos desordenados por la ira, apareció de repente á mi mirada.

Traia en su mano diestra un montante formidable y agudísimo, y en la siniestra una cruz de ébano que agitaba con extraordinario ímpetu. Eran sus ojos como las bocas de dos hornos encendidos, su frente era como una nube de tempestad, su aliento, rugiente y abrasador como el Simoun de los desiertos, y su aspecto todo siniestro y aterrador como el del ángel de las tinieblas.

—¡Miserable! (exclamó con una voz semejante al cru-

jido de la tierra para dejar paso á las llamaradas del volcan.) ¡Con qué despues de tantos siglos de lucha y encarnizamiento, y cuando hace ya cuatro, que, merced á nuestros esfuerzos, se vé libre el territorio de España de la peste sarracena, tú, renegado ambicioso, intentas alzar de nuevo en nuestras torres la enseña de la media luna. ¡Muere, por vil y por menguado!...

Y describiendo en el aire un semicírculo de fuego con su colosal espada, la dejó caer sobre mi garganta; con el ímpetu de un terremoto; y saltó mi cabeza cercénada como la espiga, que cae bajo la cuchilla del segador.

Mi cuerpo habia quedado de pié; de mi tajado cuello brotaban dos abundantes surtidores, uno de fuego y otro de sangre, que subian hasta la techumbre, cayendo luego entremezclados sobre mí, como la lluvia vaporosa que envuelve los Tritones de piedra, por cuyas abiertas fauces se eleva el agua de las fuentes en los artísticos jardines.

Allá en un ángulo del pavimento, y en medio de un charco rojo, á la manera de una bandeja de sangre, estaba mi cabeza. Mis ojos, clavados con deleite en mi tronco acéfalo, se recreaban con el espectáculo de su ruina; y de mi boca salian carcajadas diabólicas, que eran repetidas burlonamente por los ecos habitadores de la caverna.

Poco á poco se fueron extinguendo los raudales que de mi garganta surgian; desfallecieron mis piernas, y cayó mi tronco exánime sobre el ardoroso pavimento, mientras mi cabeza lanzaba una última carcajada estertorosa; parecida al tabletear del trueno en la nube próxima.

Y vieron mis moribundos ojos aparecer en los recónditos ámbitos de la gruta, miles de chispas fosforescentes, lucecillas azules y siniestras, que se acercaban poco á poco, y oyeron débilmente mis oídos respiraciones recelosas y anhelantes, y redoblados dentelleos, y pasos cautelosos, y resoplidos más cercanos, y el herir de afiladas uñas en las piedras del pavimento.

Y luego un coro espantoso de ahullidos penetrantes, maldidos infernales, silbidos aterradores, rugidos estrepitosos, y el fragor de una lucha de fieras encarnizadas, y el gruñido irascible de las vencidas, y el desgarrar de la carne, y el quebrantar de los huesos vidriosos, y el resbalar de los colmillos sobre mi propio cráneo.

Y espantado, sudoroso, horrorizado y temblando..... me desperté. Aquel horrisono concierto era producido por el estrepito de una *diana* de lo más grotesco y desafinado que VV. pueden figurarse.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## IX.

LOS MONFÉS Á MI PUERTA.—

INGRATITUD.—LA TUMBA PROFANADA.—¡POR FIN!—

PARALELEPÍPEDOS FRESCOS.

Abri los ojos, apenas vuelto en mí del fatigoso ensueño que tanto me había acongojado, y no las tuve todas conmigo al ver, con nuevo sobresalto, las extrañas figuras que ante mi espantada vista aparecian. Las reminiscencias de aquella horrible pesadilla me hicieron creer por el pronto que tenia que habérmelas con una tribu de Abencerrajes, que venian á satisfacer en mí su despiadada cólera, por las aficiones que demostraba á su abominado Rey, ó bien con las resucitadas figuras de Aben-Aboo, del Zaguer y de Aben-Farax, caudillos de los feroces moriscos, que tales me parecieron aquellas tres terrificas sombras, que en la boca misma de mi cubil aparecian.

Sí, creí que eran ellos, creí que eran por lo menos sus espectros, que errando de cima en cueva, y de breña en abismo, por el salvaje teatro de sus espantosas hazañas, habian



venido á dar al acaso con mi pobre cuerpo; y ya sentia sobre mi cuello el frio de las afiladas hojas de sus gumias, y ya empezaba á percibir el tufo, nada grato, de mis carnes que se achicharraban, y notaba ya en sus desfigurados semblantes los rasgos de su bárbaro júbilo, y escuchaba su algarabía gutural y salvaje, ensordeciendo mis oídos, y por poco caigo de nuevo, suspenso y desmayado sobre mi duro lecho, ante aquellos tres infernales aparecidos.

Empero reparando en su extraño porte y vestiduras, me aseguré en la idea de que serian simplemente bandidos vulgares de aquellos contornos, que atraídos por el cebo del *vil interés* venian á darme un disgusto. Eché mano instintivamente á mi reloj, y convencido de que me las habia con seres reales, dispúseme á volver por los fueros de la justicia, impidiendo con valor heroico el mas inicuo de los despojos.

Ya me preparaba á hacerme fuerte con mi enfundado revolver, cuando conocí, en medio de mi estupor, á mis tres compañeros, que habiendo subido para despertarme á la enriscada buhardilla donde me hospedaba, cesaron, ya fatigados, en su horrisono concierto.

¿Y cómo era posible haberlos reconocido antes? Venia el más alto, el *Hombre de ciencia*, totalmente envuelto desde la cabeza á los pies en su enorme *pellisse* sueca, de pieles de nütria, con lo cual, y un gorro tambien de pieles, de rara forma y más que regulares dimensiones, que le cubria la cabeza, y casi por entero el rostro, más se asemejaba á un oso de los Pirineos que á un ser humano que mide alturas, aprecia longitudes, determina distancias, y calcula la velocidad de los astros y el instante de sus conjunciones.

El *Caballista* venia á pié, motivo suficiente para no haberle conocido, á no mediar otros detalles de más monta é importancia. Traia la cabeza envuelta totalmente en una camisa arrollada, y sobre ella.... ¿Qué dirán VV.? un pantalon, cuyos perniles se habia atado por debajo de la barba, con la mayor despreocupacion. Una manta morellana de rojos alamares, caíale desde los hombros á guisa de sotana; sujeta



á la cintura, por otro pantalon que le servia de faja; (¡Aquel hombre era un arsenal de pantalones!) y pendiente de ella, como unas enaguas de poco vuelo, le acababa de cubrir el cuerpo otra manta parda, que apenas le dejaba espacio para andar. Parecia un monstruoso chiquitin envuelto en sus mantillones. ¡Qué aspecto tan grotesco! ¡Ah! de seguro que á haber asomado por allí su delicada faz cierta preciosa jóven á quien conozco, se hubiera derrumbado repentinamente y con gran estrépito el dorado castillo de sus ilusiones.

El tercero, ó sea el más jóven de los expedicionarios, aparecia tambien disfrazado, si bien con mayor garbo y coquetería. Cubríale la cabeza un pañuelo blanco sujeto con un nudo á la barba, ni más ni menos que como se lo colocan las hijas del pueblo en esta nuestra bendita tierra de Andalucía; cuyo pañuelo, mejor dicho, cuyo color hacia resaltar de tal manera, no ya el moreno, sino el atezado rostro, que lo asemejaba á una castaña mal envuelta en un pedazo de papel. Embozábale en una manta colorada, con el aire más jaqueton y perdona-vidas, y el resto del traje visible lo constituian pantalones de mameluco, y dos gorros de dormir, en los que, á falta de guantes, se recataban sus manos.

Bien es verdad que el frio se hacia sentir más de lo conveniente, y aunque el termómetro no marcaba menos de 9 grados sobre cero, hacia un ventarron de S. O. capaz de descornar los bueyes, el cual unido á la mala noche pasada, contribuia á destemplan los cuerpos, convirtiéndolos en carámbanos del peor gusto. Hay que añadir á esto que estábamos á 19 de Julio, y que hacia pocas horas que habiamos soportado en la inolvidable rambla Seca 44 grados de temperatura; es decir, 35 de diferencia.

En poco más de 24 horas nos habiamos trasportado del Senegal á la Siberia.

La mañana estaba hosca y desapacible. Parduzcas y afiladas ráfagas de nubes flotaban en el empañado firmamento, y allá por la velada cumbre de Sierra Filabres asomaba ya el

sol su recatado rostro. Estaba tan pálido, que parecía haber salido de una enfermedad, ó que habia estado trasnochando y mal entretenido detrás de aquella cortina durante la pasada noche. Oscuros girones de nubes le aprisionaban, como las telarañas á una mosca. Las nieblas corrian aceleradamente, tal cual las almas que lleva el diablo, y la luz era indecisa y amarillenta como la producida por el azúfre.

Pusímonos en movimiento, y fuimos á la pequeña meseta donde habian quedado situadas al descubierto las cabalgaduras. Apenas habian comido algunos granos de cebada húmeda por el orin en las mantas; estaban espeluznadas y cabizbajas, y recuerdo que mi pobre mulo me dirigió una mirada que encerraba todo un poema de acusaciones. ¡Qué horrible ingratitud la nuestra! ¡Qué dureza de corazón la de los humanos que tanto nos habíamos rebujado, dejando á nuestros pobres compañeros en cueros vivos toda la noche al raso, sin almas defensivas contra el ataque de una *pleuresía!*

El *Caballista*, sobre todos, sintió oprimido su corazón, al ver á su inseparable Bucéfalo convertido en Rocinante, enflaquecido, con las orejas gachas, meditabundo, distraído é indiferente ante su aparición; nuestro compañero dió corte brusco á la carcajada semi-eterna con que los barancos aturdió, y creí entrever una gruesa lágrima resbalando por uno de los perniles del pantalón que le servía de doble papalina.

En verdad que habia motivos para llorar. Éramos unos... No me quiero calificar, pero desde aquel momento me desprecio á mí mismo.

«A beber, á beber, á ahogar...»  
«... el grito del dolor.....»  
dijimos, y en efecto formamos dentro de nosotros tal pisto de pena y de coñac, que daba nauseas. ¡Habíamos llegado hasta la decepcion!

No lo opinaban así los escuderos, que se embaularon una buena azumbre de aguardiente, á despecho del *Ministro de Hacienda*, que refunfuñaba ante tal extralimitacion, que

conducía á la bancarrota; pero, en suma, se convenció de que no era prudente, ni aún siquiera caritativo, poner tasa al beber del *estado llano*, á tales horas y en tales alturas.

¿Qué hubiera sido de aquel *Gabinete*, si la *Cámara baja*, indignada por la catilinaria procaz del *Ministro* hubiese abandonado en masa los escaños de piedra viva?

Espanto causa el pensar en tan inesperada crisis.

La tolerancia salvó la situación; la libertad de beber quedó consignada en el Código fundamental, como uno de los derechos imprescriptibles é inalienables de la dignidad humana elevada á 3000 metros de altura.

Restablecido el orden, montó la mayoría á mulo; el Ministerio, representado por el de *Hacienda*, empuñó de reata las riendas de su cuadrúpedo, la minoría pedestre avanzó delante saltando por cima de todo, mientras que nosotros, el grupo favorecido, apenas acertamos á salir de los laberintos de rocas en que nos había empotrado el apego á la personal conveniencia.

Eran las siete y media de la mañana cuando nos pusimos en movimiento, sintiendo no ser de hidrógeno, ó de humo siquiera, para llegar con más facilidad y prontitud á la meta de nuestra peregrinación. Después de tres cuartos de hora mortales, en cuyo tiempo las bestias caminaron casi paralelas á la vertical, fuimos á dar con nuestros cuerpos en el *Llano de Mula-Hacen*. Este es una vasta extensión de terreno redondeado, que vá ascendiendo gradualmente por Levante y Mediodía hasta cerca de la cumbre de la montaña. El viento arreció hasta el punto de dificultar el paso de las cabalgaduras, que se iban clavando á la vez en un terreno húmedo y flojo, si bien *enlosado* por una artística superficie de esquistos arcillosos, sin los cuales hubiera sido imposible transitar. Empezamos á rodear unos ventisqueros y á atravesar por encima de otros; con peligro de que el patinar continuo de las caballerías nos hiciese una mala obra, ó con riesgo de quedar empotrados entre la nieve hasta la consumación de los siglos.

Bien pronto descubrimos en el borde de la cordillera unas á modo de pequeñas atalayas, que de trecho en trecho se levantaban hasta la última cima; y al cuarto de hora sabíamos que eran los *mojones* ó señales que determinaban el camino construido en la Sierra para que ¡las carretas! subieran á Mula-Hacen la maquinaria y el material científico, que en el año anterior había servido á la Comisión geodésica para sus observaciones en el mismo vértice del *Pico*. El dicho camino consiste en una explanación semi-llana de unos cuatrometros de anchura, á cuyos lados se acumulan en un balate uniforme y prolongado en toda la línea, las piedras planas desviadas de la *caja*, para facilitar el tránsito de las ruedas, cuya huella se veía aun señalada en algunos trayectos.

¡Mentira parece! Por allí, donde solo atravesaban los ágiles lobos ó las ligeras cabras monteses, por aquella cumbre inaccesible, cuajada de nieve y rodeada de precipicios, por aquella montaña elegida por Mula-Hacen para su tumba, por creerla imposible á la presencia del hombre, había subido, no ya este, vacilante y apoyándose en el cayado del pastor, sino toda una división científica con su extraordinaria *impedimenta!*... ¡Aquel sepulcro había sido hollado por la tardía planta del buey, y por la yanta férrea de los vehículos! Aquella calma y soledad habían sido profanadas por los picos y las palas de los ingenieros, por el rechinar de los ejes, por el vocear de los soldados, por el clavar de las tiendas, y más tarde, allá arriba, sobre la misma cúspide funeraria, por el silbido agudo y prolongado de la máquina de vapor, que pregonaba con acento penetrante, á la puerta de los cielos, el predominio del hombre sobre la naturaleza, aunque esta oponga á su marcha los obstáculos más insuperables.

Seguimos el camino, unas veces apacible, otras más accidentado, é interrumpido frecuentemente por extensas manchas de nieve, no ya tersa, bruñida y plana, sino rizada á modo de las deltas del desierto ó de las dunas del mar, ó erizada de puntiagudos y regulares conos.

Avanzando siempre hácia arriba, llegamos por último á



la estrecha garganta que determina la base del *Pico*. Arrojéme con violencia de mi cabalgadura, corrí vertiginosamente, salté peñascos, subí escalones, y situándome sobre un fuerte pilar de obra de artificio, hecho de cal y canto en la reducida planicie superior de la montaña más alta de Europa, despues de los Alpes, respiré con toda mi fuerza, como queriendo absorber en mis pulmones todo el aliento de la pátria; giré mi vista desencajada por el horizonte; las nubes me reducian su espacio, pero yo atravesé con los ojos del alma sus velos importunos, y adiviné la impenetrable extension de mis dominios. El corazon me latia violentamente, agité mis brazos entre el huracan, que casi me arrebatava, quise expresar con alguna frase lo profundo de mi emocion, y no encontré en el lenguaje humano palabras que pudieran manifestarla.

Acababa de realizar uno de los sueños más anhelantes de mi vida, uno de mis más ardientes deseos, la más tenaz y duradera de mis ilusiones.

Me elevaba sobre el vértice de Mula-Hacen. Alhambra y Generalife

Y luego que calmóse un tanto mi agitacion nerviosa, y la excitacion de mi cerebro me dejó lugar para hacer la observacion del paraje que habiamos asaltado, nublóse algo mi mente, y una repentina desilusion vino á helar por un momento mi espíritu, impregnado quizá del salvajismo de aquella agreste naturaleza.

Yo, poeta antes que todo, hubiera querido encontrarme allí á solas con la obra de Dios, entre peñascos abruptos y sobre precipicios sin fondo, teniendo ante mis ojos la inmensidad, y bajo mis piés la naturaleza entera, sin ver á mi alrededor recientes obras humanas, artisticos vestigios que me dieran á entender que mi planta se posaba sobre la argamasa fabricada por el hombre, cuyas moradas rodeaban mi pedestal. Yo veía sobre la cima una especie de factoría ó diseminado establecimiento, que amenguaba la idea que habia concebido de aquella soledad, vírgen á toda invasion del arte. Sentia lo que el enamorado, al convencerse de que no han

sido para él las primicias amorosas de la mujer á quien soñaba su corazón.

Es verdad que aquellas obras, aquellas habitaciones, enclavadas acá y allá en el vértice de la montaña, eran como un reguero de luz dejado en aquella soledad augusta por la planta del hombre; eran la estela de la civilizaci6n. Y un tanto pulimentada mi alma por este pensamiento, comprendí toda la grandeza, toda la valiente sublimidad que pregonan aquellos muros, levantados por la ciencia; para fabricar sobre ellos nuevos soles, para pasearse sobre las estrellas, ó para sorprender en su marcha vertiginosa al planeta, arrancándole los secretos de su tamaño y configuraci6n.

Mula-Hacén se habia civilizado.

Abajo, á unos 60 pasos de la meseta superior, se ven dos habitaciones cuadrilongas de 7 metros de longitud, por 3 y medio de latitud, apoyadas la una en la otra, y con diversas entradas, una al Sur y otra al Levante. Estas habian servido para los auxiliares la una, y la otra para el destacamento de tropa que acompañó á la Comisi6n geodésica. Más arriba y con direcci6n á Poniente, se levantan otras dos habitaciones de la misma extensi6n que las anteriores, con puertas á Levante, las cuales habian sido destinadas á la instalaci6n de los maquinistas y depósito del material. Escalonado con ellas, hay un cobertizo que se dedicó á colocar en él la máquina de vapor, y los aparatos electro-magnéticos. Delante de él asciende una gradería de cinco escalones, que conduce al terraplen ó plataforma más alta, donde estuvo situado el observatorio.

Este es una planicie circular de 5 metros de diámetro, en cuyo centro se levanta un poste ó pilar cuadrado, de algo más de medio metro de altura, para la colocaci6n de los instrumentos ópticos. He aquí el punto más culminante de toda la Sierra. Por bajo, y hácia la derecha, hay otra plataforma resguardada de tres de los vientos por un muro de 2 metros de elevaci6n, y en los lados de ella están construidos otros dos pilares para situar los reflectores de luz eléctrica. Hácia



el Poniente de la explanada superior, se vé un muro cuadrangular, que cierra el pequeño espacio donde se localizó la estacion metereológica; y por último, en direccion á Levante, y á unos 20 metros del más bajo de los terraplenes, se levanta la habitacion construida para los geodestas, la cual es más extensa, y se halla mejor acabada que las anteriores.

Los muros de todas ellas son de unos 70 centímetros de espesor, y están contruidos con losas planas (esquistos pizarrosos del terreno) unidas con arcilla, y sólo enlucidas y rebocadas con yeso en los marcos de las puertas y ventanas. Los techos están formados por rollizos de álamo de buen grueso, sobre los cuales descansan enormes losas planas, cubiertas con *launa*, para hacer impenetrables sus junturas. Es el sistema de edificacion que habiamos visto en los pueblos del tránsito, desde la salida de Berja, y el mismo que yo tenia conocido desde que visité la Sierra de Filabres.

Ya nos habia dicho el buen Cura de Trevélez, que allí arriba encontraríamos aquel abrigo consolador, á cuyo amparo podriamos dilatar nuestra permanencia en el *Pico*; pero lo que su Merced no nos habia dicho, por que no lo sabia, puesto que éramos los primeros en ascender á la cumbre; despues del pasado invierno, lo que no nos habia dicho, era que los Señores geodestas, al ser expulsados de aquellas altitudes por los huracanes, las tempestades, los rayos y los 12 grados bajo cero en Setiembre, (1) habian dispuesto arrancar todas las puertas y ventanas de los diversos departamentos, ni que se las habian llevado, sin duda para evitar á los *rebuscadores* de los pueblos más cercanos la molestia de hacerlo, ni nos habia dicho tampoco que las nieves de Enero, ó de cuando fueran, arremolinadas por los vendavales, habian penetra-

---

(1) En la Memoria del General Ibañez, inserta en el apéndice de este libro, encontrarán sus lectores, á más de los datos científicos adquiridos por la Comision, una reseña conmovedora de las penalidades y fatigas experimentadas por aquellos hombres entusiastas de la ciencia, y por los que se hallaban á su servicio, durante su permanencia en Mula-Hacen.

de en las habitaciones como Pedro por su casa, y verificado el allanamiento, se instalaron en ellas, sin temor alguno al desahucio, ocupándolas de alto á bajo y de derecha á izquierda con una desfachatez pasmosa, tanto que no se encontraba en aquellas viviendas el más insignificante espacio donde poder resguardarse de la intemperie. Era cada estancia un prisma de hielo, más duro que las entrañas de los que habian mandado causar el desperfecto en los edificios, llevándose su seguridad y su resguardo; un conjunto de paralelepípedos de sorbete, forrados de obra, para hacerlos más consistentes y estables, mientras las tempestades se propongan respetar la solidez relativa de los envoltorios.

En fin, nos encontrábamos *en la calle*, y casi tan al descubierto como la noche antes, y dióme fiebre al pensar en el fresco que habíamos de sufrir en la venidera, si como teníamos decidido, la pasábamos allí, para recrear nuestra vista en el futuro amanecer.

Pero quiso nuestra buena suerte, que en la primera de las habitaciones altas de la izquierda, que no tenia hueco de ventana, y cuya puerta estaba resguardada por el ángulo saliente del departamento superior, encontrásemos *espacio franco*, que dicen los mineros; es decir, un poco de suelo sin nieve, por más que la entrada se encontraba obstruida por ella. Nos habíamos salvado; cada cual, sin distincion de clases ni categorías, se armó de una lastra, á falta de pico y azadon, y se comenzó á atacar denodadamente, y con el mayor ahinco, aquel reducto ó barricada formado á la puerta por el endurecido hielo.

Abrimos brecha al fin con nuestras catapultas, y arrojamus ignominiosamente al enemigo del pórtico de nuestro palacio; por cierto que cuando se vió derrotado á la luz del sol, comenzó á llorar, que se derretia.

Sabido es que la luna y el mar están en muy estrechas relaciones; lo mismo sucede con el sol y la nieve. La ausencia de aquel *la hiela* y la petrifica; su mirada la suaviza, la conmueve, y la hace derramar lágrimas de la mayor ternura.

Penetramos al fin en aquella fresca y desmantelada estancia, suntuoso *hotel* para nosotros; y á pesar de que el suelo manaba agua, y algunas hendrijas vomitaban un vientecillo colado nada grato, tomamos, en nombre de nosotros mismos, posesion de la *plaza* conquistada, y constituimos allí nuestra alcoba, nuestra despensa, nuestro comedor, hasta nuestro despacho; (supusimos que la sala de recepcion no era de todo punto necesaria) y todo esto en el espacio de 15 metros cuadrados, y bajo la acertada direccion del *Aposentador general*, hombre práctico y experimentado en eso de proporcionarse todas las comodidades imaginables.

Aquel semi-cuchitril quedó convertido en aposento de lo más *confortable*. Nada echábamos de menos en él; se proveyó de piedras como butacas, y hasta un poco de carbon *hook*, allí encontrado por misericordia, extendido en un ángulo de la habitacion, convidaba al reposo y blando sueño. En fin, pedir más comodidades hubiera sido un exceso de refinado sibaritismo. Solo faltaban caballerizas. El *Aposentador* trató de persuadirnos de lo ventajosa que seria para nosotros la presencia de su cuadrúpedo en nuestro hospedaje. La *suprema ratio* de sus argumentos consistia en la irradiacion de calórico que su Bucéfalo habia de despedir; pero hasta allí llegaron las condescendencias; el *Benedictino* aseguró que la compañía del bruto entre nosotros no lograria elevar la temperatura una décima de grado, y todo el cuerpo deliberante fué de opinion, que ante una cifra tan despreciable, era un abuso intentar semejantes igualdades entre lo humano y lo irracional, cuyas patadas y mal olor, habrian de ser un ataque permanente á la seguridad individual, y á la inviolabilidad de las fosas nasales.

Proclamóse por tanto la igualdad más democrática, y sentencióse al caballo á seguir la misma suerte que los mulos, bien á despecho de su insistente dueño, vergonzosamente derrotado en la votacion.

Pero..... descansemos un rato.

X.

EXPLORACIONES.—DESCRIPCIONES.—

CÁLCULOS.—INSTALACION SOBRE ESPAÑA.—UN ALMUERZO

Y RECUERDOS DE OTRO —HUÉSPEDES INEXPERADOS.

—OTRA NOCHE TOLEDANA—

CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

El *Hombre de ciencia*, el *Astrónomo-Físico-Geólogo*, el *Benedictino* de los «12,000 PIES DE ALTURA,» indiferente casi á la contemplacion de los espectáculos que empezábamos á admirar, se ocupaba allá arriba, en la plataforma de los reflectores, en preparar los aparatos que habian de servir para sus observaciones. ¿Y cómo habian de llamar seriamente su atencion las maravillas descubiertas desde la nuca del enano Mula-Hacen, á él, cuya vista se habia espaciado por tan dilatados horizontes?

Habia ascendido dos veces al Mont-Blanc, se habia sentado nada menos que sobre la corona de los Alpes, respiraron sus asendereados pulmones á una altura de 4810 metros, cerca de kilómetro y medio más próximos á la puerta del cie-

lo, y desde allí había departido amigablemente con la estrella Syrio. ¿Con qué derecho se le exigiría ahora un átomo de entusiasmo para sumarlo á las manifestaciones del nuestro? ¡Si se tratara siquiera de la cumbre del Dawalagerid!

¡El *Mula-Hacen*, el *Mont Blanc*, el *Dawalagerid*! Como si dijéramos, un divieso, un lobanillo y una apostema situados en la rugosa faz de la madre tierra. Tres escalones para encaramarse por ellos bonitamente á los espacios del Flammarion.

Y mientras nuestro indiferente compañero, abstraído en su ocupacion, prepara la base de sus cálculos, y mientras el *Aposentador* acaba de dar la última mano á los perfiles de nuestras comodidades, clavando un baston entre las grietas de la pared, para que ni aún de percha careciéramos, y mientras el *Pollo* de la expedicion, con su ática sal y buen humor constante, le requiebra y piropea por su habilidad y prevision, y mientras los criados preparan el almuerzo, y se comen un pienso de cebada *seca* las caballerías, yo seguiré hablando á VV. de Mula-Hacen, y les daré idea de su conformacion y de su aspecto.

Queda dicho que la montaña se extiende apaciblemente por Sur y por Levante, formando un extenso declive, de no difícil acceso; pero por N. E., N. y O. es de todo punto impracticable. Por estos rumbos, su configuracion es tan salvaje y bravía, que causa espanto. Véense en ella grandes moles, de formas regulares, pero variadísimas, pirámides truncadas, cubos y prismas gigantescos, una confusa masa de pizarras, de basaltos y contrapuestas estratificaciones, que se acumulan en el más monstruoso desconcierto. Parece que se ha derrumbado del cielo un inmenso palacio, cuyos sillares colosales, volcados unos sobre otros, han quedado allí depositados sin arte ni simetría.

Sobre la arista agudísima de un prisma negruzco, se vé posando una mole tremenda de secciones de pirámide, desviada violentamente de su centro de gravedad relativa; allá un



peñasco plano, que avanza sobre los abismos casi toda su superficie de muchos metros, como flotante península, siendo solamente sostenido en uno de sus ángulos por un pequeño exaedro, sobre cuyas aristas gravita un promontorio colosal de caprichosos y variados sólidos geométricos. Aquí un corte perpendicular, tajado á plomo sobre una saliente repisa, que amenaza derrumbarse; grietas profundas y quebradas espantosas, desniveles inverosímiles y tajos que causan vértigo, recortes ciclópeos, y voladas escarpas, desquiciamiento general; tal es el monstruoso aspecto que Mula-Hacen presenta en mucho más de la mitad de su superficie.

Trabajo eterno y poderoso de los rayos, de los huracanes y de las nieves, que fraccionan las rocas, que empujan los acantilados, y hacen resbalar ó precipitarse unos sobre otros, en el mayor desconcierto, los formidables materiales de aquella fábrica espantosa, herida al año tantas veces por las descargas eléctricas, ó removida por los sacudimientos de los terremotos.

La meseta superior, es hoy artificialmente plana, como queda dicho, y se eleva al borde mismo de los precipicios del O. y N. O.

En los declives del N. E. del E. y del S., se observan extensos y arremolinados ventisqueros, que fatigan grandemente la vista por la refracción solar; pero en el vértice mismo de la montaña no hay nieve, más que la depositada en las habilitaciones y alguna por detrás de ellas.

La densidad del aire decrece de un modo notable en aquella altura, y la pesantez atmosférica disminuye sensiblemente, por lo cual se dificulta mucho la respiración y se experimentan una laxitud y flojedad muy fatigosas. La falta de presión acelera de un modo tal las pulsaciones, que mis arterias, que laten de ordinario de setenta á setenta y cuatro veces por minuto, señalaron casi constantemente ciento diez y seis movimientos en dicho espacio de tiempo, y el pulso del más flemático de mis compañeros no bajó nunca de noventa y dos. Es decir, un estado febril muy caracterizado.

Sentíamos una fátiga éxtraordinaria, hasta el punto de llegar siempre jadeantes, al practicar el pequeño ascenso á la plataforma del observatorio. La temperatura empezó á elevarse considerablemente, la irradiacion de las nieves hacía más sofocante el calor, y tuvimos que despojarnos por completo de las ropas de invierno. (1)

El viento se habíá ido amortiguando, y los celages se arrumbaron hácia el N. y O. dejando enteramente limpios todos los demás puntos del horizonte. El cémit estaba completamente diáfano, y era tan intensa la refraccion de la luz, que las distancias se aproximaban, hasta el punto de creerse que con extender la mano se alcanzaria el vecino cerro de la Alcazaba, ó con dar un pequeño salto, podriamos localizarlos sobre la enhiesta cima del Veleta, que dista más de una legua en línea recta del punto en que nos encontrábamos.

Eran las once de la mañana, cuando el más caracterizado de los *fámulos* anunció que el almuerzo esperaba.

Nunca olvidaré aquel *banquete* delicioso, verificado al aire libre, á la sombra del terraplen, sentados sobre bancos de piedra, á la vista del mar que se dilataba tras el cortinaje de cordilleras que dominábamos; almuerzo sazonado con exclamaciones de asombro, agudos chistes, libaciones frecuentes, café delicioso y aromáticos cigarros, cuyo humo azulado subía á confundirse en leves ondas con el ténue vapor de los cielos.

Solo en otra ocasion de mi vida he saboreado un goce tan singular, ánte unó de los espectáculos más sublimes de la naturaleza.

En Setiembre del año 78 transitaba yo por Sierra Filabres; tenía que doblar la cumbre de Aulago, y al llegar casi á la mitad de su altura, me ví envuelto en una densísima niebla que me hubiera imposibilitado el seguir marchando, á

(1) En el apéndice se inserta el cuadro de las observaciones meteorológicas hechas por nuestro compañero de expedicion.

no ser tan práctico el hombre que me acompañaba. Hizose el viento muy impetuoso, y las compactas nubes cruzaban vertiginosamente ante mí, como fantasmas que acuden á un misterioso conjuro. La oscuridad fué creciendo, y temí ser envuelto por la tempestad, que se aspiraba ya en aquellas escarpadas soledades, desprovistas de todo albergue y abrigo. Poco más de hora y media tardé en dominar las alturas; cuando llegué á la cumbre de la cordillera, se ofreció á mis ojos un espectáculo grandioso y sublime por la magnificencia de sus contrastes.

Brillaba sobre mí el astro del día, radiante y puro en medio de un cielo terso y trasparente, y á mis pies, sobre el campo de Alboloduy, por las cuencas de los ríos Andarax y Nacimiento, en un inmenso golfo formado por las sierras de Gádor, Gata y Filabres, sin límite al Sur, puesto que el mar se extendía indefinidamente hacia allá, se habían condensado las nieblas, tan bajas que me parecía que tocaban el fondo de aquel lago de doce leguas; que un lago ó un piélago caprichoso parecían los vellones de nubes que representaban el oleaje, y semejaban islas los picos de las colinas intermedias, que sobre ellos se destacaban, y puntas, radas, y promontorios los recortes de las montañas.

De pronto una serpiente de luz azulada desgarró con violencia aquel océano de nieblas, que al ser abrasadas por el relámpago rugieron con el pavoroso acento del trueno. La tempestad estaba á mis pies. La tormenta se habia desencadenado sobre las regiones inferiores; las culebrinas de oro y de fuego cruzábanse vertiginosamente de una á otra nube, y el retumbar continuo y estrepitoso de las descargas eléctricas hacia estremecer la montaña, sobre cuya cima despejada *almorzaba* yo, con entera confianza, gozándome en la espantosa furia de los contrariados elementos que á su falda combatían.

Y vean VV: cómo desde la cumbre de Mula-Hacen mé he trasladado de un salto, cabalgando sobre un recuerdo, y masticando un poco de salmón, nada menos que á las cercanias de

la Tetica de Bacares, á 83 kilómetros de distancia, allí donde los geodestas habian establecido otro de los vértices de triangulación.

Dispensen VV. mi *ligereza*. En algo se ha de conocer que se disminuye la *gravedad* en las alturas.

No era cosa de esperar que condenáramos con duro corazón á nuestras caballerías á pasar otra noche como la anterior, prolongando indefinidamente su hambre, y, sobre todo, su sed. Nosotros podiamos proporcionarnos agua, como lo habiamos ya hecho, poniendo á derretir nieve en una cafetera; pero ¿y ellas? Dispusimos, por tanto, que el *guia* y uno de los mozos, marchasen con las pobres bestias, y estuviesen continuamente andando hácia abajo, hasta encontrar arroyo y prado donde las antedichas pudieran refocilarse honestamente el resto de aquel día y la noche próxima, subiendo á la siguiente mañana para recibir órdenes. Oído el *ukase*, fué inmediato su cumplimiento.

Junta de Andaluza

Pasamos parte de aquel día dirigiendo visuales desde el observatorio, y haciendo funcionar á nuestras bocas, que ora se abrian desmesuradamente ante las marayillosas contemplaciones, ora se reian á mandíbulas batientes, contagiadas por la hilaridad eterna del *Caballista* y por las chispeantes ocurrencias del *Pollo*; el cual, el poco rato, tuvo la imprevision de sentirse bastante indispueto. Apoderóse de él en breves minutos una fiebre altísima, y caten VV. al triunvirato restante y sano, desenfundando el botiquin y constituyéndose en Junta de *Profesores*, dando dictámenes, diagnosticando y pronosticando acaloradamente, y descendiendo á dar *friegas*, á aplicar revulsivos y paños de agua sedativa, y á administrar otros medicamentos, tan acertadamente empleados, que á las dos horas entraba el paciente en convalecencia, y se le permitió tomar coñac á grandes dosis.

El *Médico-Caballista* quedó derrotado en la consulta. Habia hecho formal empeño de sangrar al enfermo, sin duda para lucir sus conocimientos en cirugía menor; pero el inte-

resado, y los demás *Profesores*, convinimos en la contraindicacion del remedio propuesto, entrando por gran parte en ello las muchas probabilidades que entreveíamos de que el doliente se desangrara, ó perdiese para siempre el *remo* donde el *Caballista* diera la pinchada. La sangria, pues, fué proscripta del plan de curacion, como anacrónica, y expuesta á fatales consecuencias, y en su defecto se acudió ventajosamente al acónito y á los *alcoholes*, siguiendo las enseñanzas de la revolucion científica.

A las tres de aquella tarde observamos un fenómeno muy curioso. Una tropa innumerable, una nube infinita de mariposas, cuya sombra se proyectó en un gran espacio de la montaña, cruzaba sobre nosotros, á muy poca altura de nuestras cabezas. Unos quince minutos duró el desfile de los pequeños volátiles, que se dirigian, describiendo encadenados círculos, desde la cumbre de la Alcazaba, por donde aparecieron, hácia la del Veleta, formando un apretado y extensísimo segmento. No pudimos cazar á mano ninguno de los ágiles insectos, ni era cosa de descargar nuestras armas sobre aquel ejército fugaz é inofensivo; pero como pasaba tan cerca, pudimos apreciar que era formado por los *lepidópteros*, pertenecientes á la tribu de los *papilionios* con su gruesa cabeza, sus ojos grandes y salientes, los pulpos cortos, el cuerpo matizado de manchas negras y grises, con el anverso de las alas amarillo y cruzado por bandas negras y rojas. En fin, la especie de los *podaliros* originarios de las regiones bañadas por el Mediterráneo.

A las ocho y media de la noche, á la brillante luz de la luna, pudimos observar su regreso. Venian en la misma formacion, y en direccion contraria á la que antes habian seguido; es decir, desde el Veleta se dirigian al Alcazaba.

Pero todavía no es tiempo; tengan VV. la bondad de acompañarme al observatorio para presenciar la puesta del sol.

El supremo Rey de la luz, habia caído desde su excelsitud empirea, al seno de las nubes que le aprisionaban como



á un criminal. ¡Bien mostraba en la descomposicion de su semblante toda la pesadumbre que le causaba su ruina!

Allá por detrás de los agudos cerros de Sierra Elvira, destacábanse cúmulos gigantescos, como montañas de mármol, apiladas sobre montañas de bronce, y por sus vértices, recortados por franjas de zafir y de oro, penetró el disco luminoso, bordando abismos, pintando cataratas de fuego; salpicando de bermellon y de escarlata, de múltiples tintas y variados matices, iris y cambiantes los celestiales paisages, y los panoramas de la tierra, que como fiel amante empezaba á sentir el frio de la ausencia, y á vestirse de oscuras gasas en las profundidades de los barrancos.

El gigante que nos sustentaba fué el último en recibir la mirada del Rey caido; y antes que su luz desapareciera, Mula-Hacen cobijaba en un triángulo inmenso de sombras toda la Alpujarra, las estribaciones de las sierras secundarias, y penetraba con su sombrío vértice en las soledades remotas del Mediterráneo.

Apareció la luna, tímida y recatada por la niebla, como recelosa doméstica que se atreve á penetrar clandestinamente en el gabinete de su señor. ¡Qué oronda! ¡Qué guapa y qué moñetuda aparece la querida de Endimion! ¡Ya la solté! ¡Y es que no puedo decir el calificativo de *casta* que mis colegas aplican á Febea! Vedla, se ha puesto roja de vergüenza al escuchar mis insolencias. Mil perdones, señora, y suba sin cuidado, que aunque estamos tan cerca, no me atreveré á su gentileza, y me contentaré con saludarla diciendo:—Buenas noches, vecina.

Prolóngase el crepúsculo por la refraccion luminosa de los dos astros en la concavidad atmosférica, y valles, montes, limites y cielos se visten despues de vagas sombras, de vapores flotantes, de ese tinte melancólico en que se envuelve el alma cuando se abisma en sus remotos sueños de amor y de poesia.

Reina un silencio extraño, turbado solo por un susurro armónico y lejano, que debe ser la respiracion de los queru-

bines; y no se tome á hipérbole esta aventurada idea, pues si en Trevélez, segun afirman, «*se les oye cantar*» desde aquí deben percibirse á estas horas los latidos de su corazón.

Un sentimiento de profunda tristeza embarga mi ánimo; una vaguedad inefable, indefinible éxtasis, ánsia incolora, sentimiento sin ideal concreto, ni aspiracion determinada se apodera de mi alma, que crece, crece y se ensancha, y se convierte mi sér en aire, en luz que lo abarca todo, como el vapor misterioso que se eleva de las aguas del lago; y..... suena una voz cruel que me arranca inhumanamente de aquella dulce abstraccion.—¡A comer! Dijo. Y la vil materia se sobrepone, y..... ¡como!

Apenas habiamos terminado sobre la montaña la segunda edicion de nuestra prosáica obra, quiero decir, de nuestras gastronómicas reincidencias, cada cual buscó en su *lecho* reposo para el cuerpo y sosiego para el alma.

—¡Oh! ¡La cama! ¿Quién seria el inventor de la cama? decia el *Caballista*. Pasarán á la historia los desastrosos nombres de *Mr. Krupp* y *Mr. Remington*, y no pueden decirme los hombres más eruditos quién fué el inventor de la cama! ¡Siempre oscurecidos entre las nebulosidades de los tiempos la mayor parte de los génius que proporcionan el bienestar á la humanidad!

¡Vergüenza!

Y así diciendo, acompañó la *a* final con un formidable ronquido.

Nuestro lecho era casi comun, por no ser posible otra cosa en tan menguado espacio. Cama redonda, en la acepcion comun de la frase, si bien podria definirse como rectangular, penetrando en los dominios de la geometría. Por lo demás, su comodidad y blandura quedan á juicio del curioso lector. Sobre unos cuantos trozos de carbon de *pedra* allí esparcidos, habianse tendido unas mantas; encima los impermeables, para preservar algo nuestros huesos de la copiosa humedad del pavimento; sobre ellos otras mantas, que podian hacer, si se queria, el oficio de delicadas sábanas de rica

holanda, ó de holan, (por finura no hay que dejarlo) y por almohadas teníamos los bien mullidos *sacos de noche* ó las no menos blandas maletas.

Allí tendimos nuestros sibaríticos cuerpos con muelle abandono, y lo hubiésemos pasado como príncipes, á no ser por la dura intencion de los guijarros carboníferos, dispuestos á todo trance á perforar nuestros homóplatos, y á abrir un túnel entre nuestras costillas. Dios de Israel ¡qué duro estaba aquello! Pero nosotros, á fuer de hombres de pró, recordábamos con el mayor desprecio:

«el blando lecho de plumon mullido»

y todos los divanes y *althanias* de la holgazanería turca.

Como la *puerta* no tenia *puerta*, habíase formado en su hueco una regular barricada de capachos, albardillas y aparejos, que impidieran *in partibus* la visita del señor Eolo, y la verdad es que conseguimos gozar de una agradable temperatura.

La famosa perra *Centella* se habia quedado fuera, y apenas logramos cerrar los párpados, lanzó un gruñido prolongado, sordo y receloso. Esta primer salutación á algun cuerpo extraño de las cercanias, á tal hora, y en aquella desierta soledad, significaba, á no dudarlo, un conato de invasion en nuestros dominios, por parte de algun, ó algunos desatentados malandrines. A poco empezó á ladrar nuestro centinela de un modo feroz, pero sin separarse de la puerta. Todos nos incorporamos súbitamente, hasta el *Caballista*, y cada cual echó mano á las armas ofensivas que habia llevado. La perra seguia gruñendo y ladrando alternativamente, y cada vez con más furia; pero en lugar de avanzar, dió de pronto una huida, con la cual hizo venir al suelo parte de la barricada de la puerta. Avanzamos en peloton hácia ella, y vimos al animal como cosido á los capachos, con conatos de embutirse en ellos, pero sin detener un punto sus descompasados y roncocos ladridos, mirando, y hasta queriendo avanzar alguna vez

á la derecha ó á la izquierda simultáneamente, pero sin atreverse á salir de su reducto.

Sin duda eran dos los puntos que excitaban su colérica indignacion; y fué cosa de ver á aquel poderoso y atrevido canino, que tantas veces nos comprometió durante las marchas, amagando devorar á los infelices transeuntes, fué cosa de ver, digo, la vil cobardia y extemporánea timidez que manifestó, sin dejar por eso de aturdirnos con su voz de *bajo soprano*.

Nos lanzamos todos con denuedo á la *calle*, ansiosos de atacar en *campo raso* á los importunos que así turbaban nuestro reposo. Practicóse un avance *por escalones*, y una *descubierta* en toda regla. Un batallon de cazadores, reducido al mozo y á mi persona, tomó las alturas de un peñon que dominaba algo los contornos, los granaderos (el *Benedictino*) se hicieron fuertes cerca de la meseta del observatorio; la *caballería* (entonces á pié) se quedó junto á la puerta, sin duda para proteger la retirada, y los reclutas, ó gente jóven, (uno en totalidad) se puso á hacer ensayo de uso de armas no lejos del peñasco ocupado por la vanguardia.

La perra hacía un desdichado papel en ésta guerrera exploracion. Convirtiósese en trompetera. Ladraba como una desesperada, intentando dirigirse unas veces sobre los riscos que cobijaban un ventisquero, que se veia á la derecha, y otras hácia los acantilados del cerro por la parte de Levante, pero sin decidirse jamás á practicar ningun movimiento de avance; antes por el contrario, se parapetó contra nuestras piernas, expuestas más de una vez á perder su conveniente equilibrio, á causa de las huidas del animal.

En vista de que la luna no era bastante para que los Generales divisaran al enemigo, se ordenó la retirada, que se verificó con el mayor orden y sujecion estricta á la moderna táctica.

Nos acuartelamos un tanto amostazados, en nuestro reducto; amurallóse de nuevo la puerta, y caten VV. que no habia pasado média hora cuando se repitió la funcion. Vuelta

el arma, y vuelta á las descubiertas, pero con el mismo improductivo resultado.

Indudablemente teníamos que habérmolas con seres invisibles é impalpables, con fantasmas ó trasgos, que se disipaban como la niebla al relucir nuestra mirada batalladora.

¿Si sería la sombra de Mula-Hacen, que indignada por la profanacion de su tumba, cruzaba errante de peñasco en peñasco y de ventisquero en ventisquero, lamentándose en la voz del viento de la crueldad de los hombres, que hasta se complacian en turbar su reposo de ultra-tumba?

¿Si sería el espíritu del desdichado Rey, que se sacudia del seno de las ohuries, para venir á posarse sobre su gigantesco mausoleo, recreándose extático á la luz de la luna en aquellos queridos horizontes, por donde en otro tiempo se dilató su imperio?

Ó más práctico. ¿Si serian atrevidos salteadores que, por no desmentir lo que en Trevélez se nos habia dicho, venian á realizar alguna importuna correria, al olor de nuestros bolsillos, allí donde todo era desamparo, y ausencia de la Guardia Civil?

No prevaleció ninguna de estas opiniones. Los huesos de Mula-Hacen soportarian, mal que les pesara, nuestra ínfima gravedad. De los *espíritus* no hablemos. Hubo quien dijo que no creia en otros que en el espíritu de vino, y respecto á bandolerismo, dióse por inverosímil que se hubiese intentado un golpe de mano contra toda una *division* fortificada, solo por allegarse el botin, que podria consistir á lo sumo en unos cuantos problemáticos duros. Además, la perra se hubiera indudablemente lanzado sobre los invasores, en su constante afán de masticar pantorrillas humanas.

No restaba más que una solucion, puesto que el animal, segun juraba su dueño, no hizo jamás alardes de brabuconeria y de fiereza sin causa justificada. Nuestros visitantes eran los lobos. Sí, los lobos, cuyo exquisito olfato, atraido sin duda por los fuertes olores del jamon, del queso y otros comestibles depositados en los capachos que de barricada ó puerta



hacian servicio, habian acudido á fortalecer con ellos sus atrasados estómagos.

Sabido es que abundan en Sierra Nevada esta especie de *felinos* carnívoros..... (*Canis lupus*, que dijo el *Benedictino*) caracterizados por su vida salvaje, su pelo de color aleonado gris, su cola peluda y recta, sus ojos oblicuos, con iris amarillento, su constitucion vigorosa y su tamaño generalmente mayor que el de los perros de regular alzada.

No hay pastor en aquella Sierra que no se las haya tenido que haber muchas veces, con estos aventureros atrevidos, cuya voracidad raya en inverosímil. Los cuadrúpedos todos, civilizados ó salvajes, tienen un miedo cerval á esa especie de animales, y sólo los mastines, vigorosos guardianes de los rebaños, cuando se encuentran con fuerza suficiente, y están varios reunidos, *suélen atreverse* á atacar á sus feroces congéneres.

En los meses que médian desde Junio á Setiembre, acuden muchos ganados de toda Audalucia, y aún de otros puntos, á pastar en las praderas de la Sierra, avanzando por ella hasta donde termina la vegetacion, y llevando casi siempre en su séquito algunas parejas de estos rondadores incómodos, que hacen luego de las suyas en cualquier infeliz descarriado, cuando el hambre no les fuerza á atacar con osadia la masa general del espantado ejército, que instantáneamente se disemina á la aparicion del enemigo ó enemigos.

Los lobos practican generalmente de noche sus correrias, recatándose de la luz en las cuevas, madrigueras, selvas ó cubiles para saborear tranquilamente el producto de sus rapiñas nocturnas. En aquella parte de la Sierra, habia muchos rebaños á unas dos leguas del *Pico*, lo cual es un paseo por el gabinete para un animalito, que, segun los naturalistas, suele andar cuarenta leguas en doce horas.

En la region en que nos encontrábamos, la vegetacion era nula, y por consiguiente, no habiendo monte donde guarecerse, los cuadrúpedos carnívoros, tenian por precision que refugiarse de dia en las abundantes y recatadísimas cuevas y

cubiles, que se hallaban casi á nuestros mismos pies por la parte Norte y Poniente del cerro.

Por todo lo expuesto, á VV.—Suplico que se sirvan asentir á la opinion arriba emitida. Es justicia etc.

Ahora añadiré que nos acostamos de nuevo, y que antes que pasara una hora, volvió la *Centella* á lanzar un *dria* de horripilantes ladridos, y que nos levantamos otra vez con grande azoramiento, y que todos los semblantes reflejaban un espanto desusado á la luz vacilante de la encendida bujia, y que se intentó una guardia de prevencion, y que me tocó en suerte hacer la primera centinela, y que la perra se habia marchado buscando algun abrigo contra el intenso frio que comenzaba á sentirse.

Todo eso diré á VV., y añadiré además que la perra gruñó de nuevo á no larga distancia, y que percibí luego claramente, hácia los peñascos de la derecha, un acelerado castañeteo, como el ruido que producirían dos pedernales que se chocaran aceleradamente el uno con el otro, y que la *Centella*, (mala idem la perra) dió otra voz de alerta volviendo á ladrar desafortadamente, más sin atreverse á avanzar; y agregaré... pero basta.

Ah! se me olvidaba decir que el *Caballista* no se reia.


En fin, rendidos ya de fatiga y de sueño, encomendamos al azar la inviolabilidad de nuestras carnes, y á los apacibles carbones la comodidad de nuestros huesos, y nos entregamos con abandono en los brazos del

...«mudo esposo de la noche umbría»  
que dijo Quintana.

---

## XI.

### SOBRE LA CUMBRE DEL MULA-HACEN.



«Este es un desahogo de mi corazón;  
Sáltelo el que no quiera leerlo.»

(Espronceda.—DIABLO MUNDO.—CANTO A TERESA.)

Hème al fin sobre el trono soberano, ensueño de toda mi vida.

Miro la tierra postrada ante mi planta.

Toca mi mano el dintel del cielo.

Mi atónita mirada, bañada en éter puro, se tiende á su placer.

Cerros y mares, alzais en vano vuestras peladas frentes y las cabelleras de espuma de vuestras olas.

Sois mezquinos valladares para mí.

En la enhiesta cúpula del templo de la Bética naturaleza, sobre el más elevado diamante de la corona de mi patria, presido la inmensidad.

Nada me abate, nada me domina, nadie clava en mi pecho el aguijon tenaz de la ruin envidia y del ódio impío.

En este blanco sudario de inmaculada nieve, concluye la vida de la tierra y empieza la vida del cielo.

---

Mi escabel es de filigrana, mi corona de estrellas, mi vestido de rosicler.

Libre mi pensamiento de las compactas nieblas que allá abajo le oprimen y le oscurecen, brota oleadas de luz, que se alcanzan y se suceden á través de la inmensidad, como las espumas de la catarata.

El porvenir se abre á mis ojos.

Pasan ante mi vista, como luminosos espectros, las imágenes del pasado.

Profundiza mi mente los arcanos más tenebrosos, y penetra misteriosamente en las más recónditas oscuridades.

Trasparentase desde aquí el infinito, adivinase la eternidad.

Aquí, cercano al cielo, se empequeñece la tierra, que siento huir debajo de mi planta con decreciente rumor, dejándome suspendido en las regiones del éter.

¡Cuán mezquinos me parecen desde aquí los hombres!  
¡Cuán miserables sus hechos! ¡Cuán abominables sus miserias!.....

---

Los espacios alborean.

Vapor luminoso de nácar se desvanece por el Oriente.

Titilan las púdicas estrellas, cobijando su purísimo seno con la gasa azulada de la aurora.

Pléganse los crespones de la noche.

El aire de la mañana resbala por mi frente, como amoroso suspiro que al despertar me envía la virgen naturaleza.

Suspiro purísimo que refresca mi corazón y embalsama mi espíritu.

Suspiro que en sí, lleva todas las armonías, y los aromas todos de los lejanos vergeles.

Aquí, como mancebo enamorado, que contemplara desnuda sobre su inmaculado lecho á la amada de su corazón, veo el despertar voluptuoso de la tierra.

Y me dirige una sonrisa de amor.

Sonrisa que copia el cielo en sus diáfanos arreboles.

Bien venida seas, pura luz, amada mía, deseada de mi mente, alma de mi sér, destello del divino sagrario.

Ábrense los ojos de la aurora.

Su resplandor se derrama por las flotantes nieblas que, á manera de aéreos bajeles, bordan el azul purísimo de los cielos.

Ciñense de plata y oro, de púrpura y nácar las risueñas nubecillas, para recibir, vestidas de gala, el beso primero del sol.

Clarifícanse las celestiales bóvedas, y de los húmedos barrancos, y de las enhiestas cimas se alza azulado vapor, como el incienso que la tierra tributa á la venida de aquel, que la vivifica y fecunda.

Hierve en cráter coruscante la dilatada espalda del mar.

Ascendentes cataratas de resplandores penetran el contorno del firmamento.

Una ebullicion deslumbradora de fuego rompe las aguas cerúleas.

Y así como del candente hierro, herido en el yunque, se emanan regueros de chispas luminosas, así del seno del pié-lago tranquilo brotan en todas direcciones oleadas esplendorosas de luz.

Y asoma al fin su hermosa frente el astro del día con pausada magestad.

Y se presenta en su colosal grandeza, arrobando mi ánimo embelesado.



Pálido está como el que se despierta del sueño.

Velada su faz por contrapuestas refracciones, me permite clavar en ella mis ojos ávidos; y extático ante su divina presencia, no se sácia mi mirada de penetrar en sus movibles cráteres.

Globo inmenso de luz, tembloroso y refulgente se ciernen ya en las soledades del cielo, brillando encendido en mil cambiantes.

Y cual si quisiera ver su rostro en un espejo, despues de los ensueños de la noche, asómase al nimbo trasparente que deja bajo su paso.

Reféjase su imágen fulgorosa en el vapor del espacio, y otro sol, con sus cráteres brillantes, y sus fajas opacas, y sus hirvientes cúmulos, y sus sombríos abismos, aparece vacilante y oscilando entre las brumosas nieblas que tapizan el Oriente.

Las moles colosales de fuego ascienden con movimiento perceptible á los encantados ojos.

Ruedan por la cóncava esfera, como dos bombas inmensas de fuego lanzadas desde los vórtices del mar.

Las montañas nevadas recortan sus picos con franjas de oro purísimo.

Tiéndense por sus espaldas, como trenzas del precioso metal, sus regueros de hielo, en los que se reflejan los resplandores que las abrillantan.

¡Oh, qué grandioso espectáculo! Cuadro deslumbrador, nunca soñado por mí ¡cómo dilatas mi alma en tu contemplacion maravillosa!

Pido á la ciencia el ojo audaz y penetrante del ave real, y con su ayuda penetran mis anhelantes miradas en la espaciosidad de los horizontes.

Como el hijo, que vuelto al hogar, tras dilatada ausencia, busca con ávidos ojos á su madre cariñosa, así mis pupilas

buscaron, en el infinito que dominaban, á la querida de mi corazón.

¡Oh! si, allí está mi Granada. Mis brazos se tienden hácia ella para estrecharla en la soledad de los espacios con todo el cariño de mi febril locura.

Allí está la sultana de mis amores, reclinada muellemente sobre las florestas, y cobijada por los bosques que ameniza este rio, que aquí bajo mis plantas brota del seno cristalino de la laguna.

Allí la virgen de mis ilusiones, envuelta en su blanca túnica, matizada de vergeles, que despiden todos los aromas del Oriente.

Allí está el templo sagrado donde se desvaneció el perfume de mis oraciones de niño.

Allí la fuente que refrescaba con su linfa el fuego ardoroso de mis vértigos juveniles.

Allí la pradera hollada tantas veces por mi vacilante planta en mis infantiles juegos.

Allí las cien cúpulas que enlazan aquella tierra querida con los pabellones del cielo.

Allí la cima colorada donde reposan las cenizas de mis padres.

¡Oh! quién tuviera las alas de la golondrina, para depositar en sus huesos la lágrima que mis párpados humedece, y el ósculo que bulle en mis labios!

.....

Allá sierras y sierras; los montes azules que sostienen como cariátides formidables la pesantez de las empíreas bóvedas, los que reinan sobre las manchegas llanuras tostadas por el sol, y los que penetran con sus tajantes promontorios las aguas alborotadas del Hércúleo Estrecho.

¡Valles profundos, fértiles colinas, abruptas cimas, ingentes peñascos, abismos oscuros, vértices fulgurantes, lagunas sombrías, arroyos de filigrana, matices en las laderas, el iris

en la cascada, la espuma en los aires, los contrastes en el colorido, luz y sombra, reposo y movimiento, rumor y silencio, espejos y lontananzas, nieves que besan los cielos, aire purísimo que volatiliza mi ser, fulgor brillante que penetra en mi espíritu...

Tiéndense allá las mares cerúleas, como ceñidor de acero con que se engalana el planeta.

Retrátanse en sus aguas los cielos, como se retrata en la pupila de su adorada la imagen del amante que la embelesa.

Aquellas aguas ascenderán mañana en ténue, impalpable vapor á la concavidad del firmamento, para descender despues á estas cumbres en vellones inmaculados, que servirán de depósito para la regeneracion perenne de la naturaleza.

Los arrumbarán en la altura los huracanes, y ellos filtrarán su jugo bienhechor en las venas de las montañas, eternos almacenes de vida.

Allí está el África.

Entre sus nebulosas montañas y los atrevidos picos que me sustentan, tiéndese una zona espléndida, una dilatadísima cuenca, atravesada por un rio gigante. El Mediterráneo.

El mar sagrado que abrocha el Oriente con el Occidente.

El mar que refleja en sus cristales diáfanos los dioses risueños de la Grecia, los héroes de Roma, la cruz de Judea, la civilizacion del mundo.

Murmuran sus aguas con el acento de Cristo, con los cánticos de Homero, con las armonias de Italia.

Hierve en sus espumas el génio de Apeles, de Phidias y de Miguel Angel.

En su superficie se miran al alba las musas, y el eco de toda perfeccion resuena entre sus ondas, que aún reflejan las fámulas gallardas de Sidon y de Tiro, de Fenicia y de Car-tago.

¡Oh, mar sagrado de la historia! Cuánto te venera mi corazón!

---

¡Allí está el África!

Gigante de arena móvil, páramos cubiertos de soledad, desiertos y desiertos, vírgenes é impenetrables selvas, donde libérrimo campea el león ardiente, ríos sin origen, donde llo-  
ran los cocodrilos, una atmósfera de volcanes, un sol que po-  
ne en ebullicion su suelo, removido por los vendavales.

Sus playas aparecen fatídicamente blanqueadas por los huesos de las víctimas que la barbarie inmola.

¡Doquier espanto, asolacion, encono, entrañas palpitantes y roidas calaveras ante las aras sagradas!

¡Vapor de sangre oscureciendo sus horizontes!

¡El hombre haciendo del hombre vil mercancia, ó mor-  
diendo en su ánsia caníval, con bárbaro regocijo, el destro-  
zado cráneo de su hermano!

¡Tronos levantados sobre montañas de cadáveres!

¡Dioses, que léjos de dar la vida, sólo se aplacan con el horror de la matanza, que salpica de sangre inocente sus altares!

---

Allí está el África.

¡Oh, tierra de la decepcion! ¿Quién sabe si eres tú la tier-  
ra del porvenir? ¿Quién sabe si guardas en tu seno el gérmen  
vigoroso de las futuras generaciones?

Cuando la América se hunda como la India en el abismo  
de los siglos, cuando quede de la vieja Europa solo un re-  
cuerdo débil en la memoria de otros pueblos florecientes,  
cuando la civilizacion cansada y vacilante, haya encendido  
con sus plantas de luz regiones y regiones ¿quién sabe si  
hallará reposo en tí por miriadas de años, rejuveneciéndote  
esa faz, manchada hoy por tantos crímenes y horrores?

---

¡Oh! sí, desde esta cumbre luminosa, cuya punta hiende

los pórticos del cielo, penetro las tinieblas del porvenir.

Veo la estela de la tierra desvaneciéndose en los espacios vacíos.

Y sigo más allá.

Y descubro al Espíritu Creador, posado sobre el Universo, rodeado de cataratas de fulgores, y bañando infinitos mundos en su aliento soberano.

Su esencia impalpable se difunde en chispas de luz y de vida sobre los soles y los insectos.

Veo á Dios; no al Dios que forjó á su hechura el humano entendimiento; no al Dios á quien el hombre miserable hizo partícipe de sus iras y sus rencores: veo al Dios inmenso, eterno, sin privilegios para los átomos, sin distinciones para sus obras, envolviéndolas todas en su paternal espíritu; llenando la infinidad de los espacios, donde aparecen las estrellas como chispas de luz perdidas en sus soledades.

---

Siento á Dios en la constante palpitation de mi alma, en sus aspiraciones sin forma, en sus éxtasis y en sus anhelos.

Su esencia, difundida en toda molécula, penetra en mi esencia y la esclarece.

Yo me asimilo á su Sér, como la gota de agua se confunde y asimila con el océano insondable.

Y soy indudablemente parte de Ti. ¡Oh Dios! Soy destello de tu luz, reflejo de tu grandeza.

En mí vives como vive el aroma en la flor, como el resplandor en los astros, como la idea en el cerebro, como el sentimiento en el corazón.

---

No me anonada tu grandeza.

Yo voy á Ti como el arroyo al piélago, y en tu inmensidad me confundiré y me evaporaré en tu esencia, y mi espíritu se derramará glorificado sobre los mundos con que tu escabel elaboraste, por que creo en Ti ¡oh Dios! y no penetra en mi



alma el necio egoísmo que te achica en el humano pensamiento, ni te considero solo para mí, ni para esta tierra, des-  
apercibida en los ilimitados espacios, como el mísero infusorio entre miriadas de gigantescos elefantes:

---

Tiendo desde aquí mi vista por las sinuosidades del globo,  
y por las interminables llanuras de los tiempos.

Veo al hombre inmolando al hombre para glorificarte.

Rompiendo la obra para ensalzar al artífice.

Humanos sacrificios, horribles hecatombes, fanatismo cie-  
go, comercio de superstición.

Pueblos y pueblos encendidos como antorchas, para que  
resplandezca tu grandeza.

Torturado el pensamiento, que es el relámpago de tu so-  
berana magestad.

Tostados los corazones que á Ti se elevaban.

Aventadas las cenizas de aquellos que tu sublimidad en-  
treveían.

Príncipes y magnates asolando la humanidad en tu nom-  
bre, con mano sacrílega.

Pueblos impíos embriagados en el delirio de tu nega-  
ción.

Sangre por doquiera; lagos inmensos de sangre embotan  
ahora mis ojos, ahogándome en su cálido vapor.

Oigo un alarido espantoso que quebranta mi cerebro.

Veo crispacion de miembros retorcidos; y escucho coros  
horribles de blasfemias, dominando los cánticos de tus ala-  
banzas; mientras que Tú, excelso, supremo é inmutable,  
acoges en tu seno paternal el pensamiento y la vida de mun-  
dos y generaciones, derramándolos nuevamente en oleadas  
de armonía y de perfeccion.

---

Haz ¡oh Dios! que mi espíritu glorificado llegue hasta  
Tí, envolviéndose en las aureolas de tu esplendente magni-



## XII.

HABLEMOS EN PROSA.—LO QUE SE VÉ.

—UN FENÓMENO DE ESPEJISMO.—CABALLO DE NIEVE.—

TRADICION INVEROSÍMIL.—UNA *irregularidad*.

He hecho de lo anterior capítulo aparte, para que aquellos espíritus *sérios y graves* que tengan el pésimo gusto de discurrir por las hojas de este desatentado libro, encuentren una ocasión ménos de motejarme de visionario y de *poeta*, lo cual siempre es una desconsideración poco piadosa.

¡Que soy poeta! ¡Que pertenezco al pequeño grupo de esos extrávan-gantes séres; que viven en fantásticas regiones, viendo como en permanente cámara oscura todas las cosas *al revés* de lo que son, desfigurando su esencia y forma, ó creando nieblas y fantasmagorías allí donde todo es limpidez y... matemáticas! ¡Desdichada cosa es ser poeta! Búrlanse los *sábios* de ellos, y el ignorante vulgo, (cuya palabra alcanza tan extensa significación tratándose de comprender las revelaciones del espíritu) el ignorante vulgo, digo, que no pue-

de penetrar en esas abstracciones del alma, mira con indiferencia estóica, si no ya con menosprecio, á esos desdichados que se emancipan del carnal cautiverio, y se lanzan por espacios infinitos, creando mundos y séres, idealizando hechos, derramando luz, y pintando con la paleta eterna del pensamiento místicas apariciones, cuadros sublimes, paisajes celestiales, la pasion conmovedora y el infinito sentimiento.

¡Ah! ¡pobres de aquellos que solo ven en el azul de los cielos un efecto de refraccion luminosa, en la mujer un poco de cal, de fósforo y de hierro, como en un diamante un poco de carbon cristalizado! De ellos diré para vengarme, que *«tienen ojos y no ven, y oidos y no oyen.»*

Y ahora hablemos en prosa.

A las tres y media de la madrugada nos despertamos. Habiamos dormido tres horas; ya teniamos algunos puntos de semejanza con Napoleon. Habiamos dormido, no como Príncipes, sino como pobres hombres que tienen pocos cuidados, ó mucho cansancio y atraso de sueño; y al despertar, lo primero con que nuestros ojos se encontraron, fué con la *Centella* enroscada entre dos de los durmientes. ¡Cuando digo á VV. que aquel era un animal muy descomedido y sin vergüenza! Habia estado sin duda poco conforme con pasar la noche entera al raso, y tomó á buen partido rebasar la baricada de la puerta, sin ser sentida de ninguno, lo cual no me extraña, pues dada la plenitud de nuestro sueño, hubiera pasado desapercibida para nosotros una invasion de todos los lobos y aún de los osos de la Siberia, ó un allanamiento ruidoso de los Monfies y hasta de los siete niños de Écija.

Un movimiento instintivo, un pensamiento unánime, una misma decision tuvimos todos en el acto de abrir nuestros ojos á la..... oscuridad; uniformidad de pareceres que revelará nuestro comun acuerdo, nuestra envidiable armonía y concordia.

Éramos cuatro cuerpos y un solo espíritu; y ya que de *spiritus* hablo, ninguna ocasion como esta para enterar á VV. de que aquel impulso general, de que aquel objetivo único al

que se dirigieron todos los pensamientos y... las manos, era... (rubor causa el decirlo;) era... pues me decido; una botella de coñac de excelente marca, cuyo contenido de fuego vivó así pasaba por los tragaderos en aquellas alturas, como si fuese de agua chirles.

Preparados por dentro y por fuera para combatir con un enemigo tan *agudo y penetrante* como es la baja temperatura, nos echamos á *la calle*, armados de cuantos anteojos y gemelos hubimos á mano. Habia llegado el momento supremo; íbamos á tocar el objetivo de todos los que arriesgan su reposo, su bienestar y..... su dinero, para aventurarse en aquellas altitudes.

Ibamos á ver amanecer.

Brillaban aún las estrellas en el firmamento, cabrilleando con bastante agilidad, señal práctica de vientos; y hubiéranse podido evitar semejante molestia, si se la tomaban solo por anunciarnos la situación metereológica de la atmósfera, por que sin que ellas lo insinuaran, no pasaria desapercibido para cualquiera que de berroqueña no fuese hecho, el soplo glacial é impetuoso del Sr. Bóreas, que, trasladando su habitual residencia, tomaba vecindad en los rincones del S. O.; significándolo con unos resoplidos que helaban los tuétanos.

Dirigímonos á la plataforma donde nuestros aparatos físicos, más sufridos y pacientes que la perra, habian pasado la noche al raso; y á la luz de la luna llena, que declinaba ya por las pendientes del cielo, vimos el mercurio de los termómetros acurrucado en las cubetas, sin levantarse más de ellas que lo suficiente para decirnos que estábamos á 2 grados sobre cero; temperatura que, si bien no es tan espantosa que pueda helar de miedo al alcohol, era la suficiente para que nuestras queridísimas personas, que en la pasada tarde habian soportado hasta 32 grados, y 44 idem el dia anterior, sintieran un malestar grandísimo, traducido al idioma del frio, cuya más sublime expresion consiste en el acelerado bataneo de los dientes.

Ascendimos á la meseta del observatorio, donde el viento,



libre de todo obstáculo, soplaba á su entera satisfaccion, y una vez allí, giramos la vista por todo el horizonte cargado de brumas, que la luna no intentaba exclarecer, por no dejar en ridículo su potencia luminosa.

El círculo visual era muy limitado. Descubriáanse apenas los cercanos picos del Veleta y del Alcazaba, y por todo lo demás, solo se veía *humo*, nada.

Este brumoso aparato nos hizo temer con fundamento, que íbamos á ser testigos desdichados de un amanecer tan desesperante como la mayor parte de los días que habian impacientado tanto con su nieblas; allí mismo, á los Geodestas y á los Astrónomos.

Pero nuestra suerte era muy otra que la de los enviados del Gobierno. Ellos tenian por delante mucho tiempo; nosotros las horas casi contadas. Ellos estaban allí instalados con *grandes comodidades*; nosotros contábamos por todo lecho con las asperezas de unos carbones, que si eran buen preservativo de la humedad, atentaban en cambio continuamente á la inviolabilidad de nuestros huesos. Ellos, en fin, podian disponer de un crédito ilimitado en el erario público, y nuestro *Ministro de Hacienda* se oponia, con autocrática terquedad, á admitir adición alguna en nuestros presupuestos. No era, pues, justo, que el destino nos sugetara á la misma rasanté que á los felices individuos de la Comision; y así fué, porque á medida que daban vueltas los minuteros, replegábanse, elevábanse ó se deshacian las nieblas, formando cúmulos pesados, ó vagos y pintorescos cirros, ó agudos estratos en las capas superiores de la atmósfera, dejándonos á la media hora la tierra limpia de polvo y de telarañas.

Empezó á descubrirse una claridad vaga por el Oriente; las nubecillas se perfilaban de tintas luminosas, ribeteándose poco á poco de oro, y poniéndose pajizas, violáceas ó rojas, segun el *temperamento* y la disposicion de cada una, al hallarse sorprendidas por la mirada primera del alba. La luna empezó á hacersé la disimulada, velando lentamente su rostro en los cendales azules, por no ser acusada de parodiadora

por el Rey de la luz; las estrellas nos fueron dando los buenos dias, internándose por los pórticos del cielo, y aparecieron gradualmente, primero las cercanas cumbres, luego los recatados barrancos, todavía envueltos en el vapor de la noche, despues lejanos picos, extensas siluetas, y remotas cuencas, profundas hondonadas, y allá léjos el mar, límpido y terso como reluciente espejo.

Estaba por Levante en contacto con él un segmento violáceo de nieblas, por encima una faja celeste y limpia, y sobre ella un enorme cúmulo de caprichosas nubes, de vário color y formas diferentes, semejjando las montañas del aire; cordillera móvil y variable que cada segundo cambiaba la densidad de su colorido, y el aspecto y situacion de sus eminencias y sinuosidades. Por N. O. estaba la atmósfera despejadísima, llovía hácia el S., entre las costas de Málaga y de Almería, y al S. O., de donde soplaba el viento, extendíanse largas ráfagas blancas, recortadas y agudas á modo de lanzaderas.

El vecino Veleta se levantaba salpicado de ventisqueros, que poco á poco iban tomando un color de rosa encantador. Durante la noche habia habido un desprendimiento considerable en las nieves de sus laderas, y una inopinada montaña blanca, de caprichosa forma, ocupaba la base del *Corral de Veleta*, y más de la mitad de su laguna.

La temperatura debió haber sido más baja algunas horas antes, pues aparecían petrificados los pequeños lagos de donde nacen el Genil y el Guadalfeo, los cuales habian paralizado su curso, tendiéndose como cintas de bruñida plata por el lecho escabroso de los barrancos.

¡Qué variedad de contornos, de luz y de matices en estos Vapor y diafanidad, sombra y misterio, y al quietarse el viento, un silencio inexplicable. No era ese silencio relativo que experimentamos cuando duerme la ciudad ó el campo reposa; no, era el silencio absoluto, la suspension intermitente en las respiraciones de la naturaleza, el silencio que debe reinar en las profundidades de los apartados sarcófagos, el

mismo que reinaba en Almería la noche precursora de su bombardeo por la escuadra *beligerante* de Cartagena; en aquella noche de ansia cruel, en que se contaban uno por uno los latidos del corazón, en aquella noche, en que las desiertas casas, las calles solitarias, la ciudad entera, casi del todo abandonada, anunciaban con su calma sepulcral la cercanía de la catástrofe.

Nunca habíamos visto despertar á la naturaleza en las condiciones de quietud y reposo en que ahora la veíamos; era ni más ni menos, que ir abriendo los ojos sin moverse, sin respirar, sin despezarse.

En las grandes poblaciones, el operario que pasa, el trabajador que canta, el carruaje que rueda, el vendedor que madruga, el gozne que rechina, la puerta que se abre, nos indican de una manera apropiada, que es llegado el nuevo día. En las aldeas y en los campos, el diligente gallo que canta, la cigarra con su uniforme aserrar, el gorrion que pia, la calandria que gorjea, el esquilon de la ermita, la ovejilla que bala, la vaca que muge, el labrador que se levanta, nos dan á entender que el alba asoma su frente pura por las regiones de la luz.

Muchas veces, durante mi vida de cazador, he visto amanecer en el monte; pero allí, el chirrido del buho, la breve pitada de la alondra, el ardiente canto de la perdiz, el movimiento del ambiente, la respiración de las plantas, la aspiración de sus aromas, el despezado de las matas, todos esos ruidos vagos, confusos, coro eterno con que la naturaleza canta su vuelta á la vida, me han hecho mezclar la alegría de mi espíritu al universal regocijo, y saludar, como todos los vivientes seres, la aparición sublime de la aurora.

Mas sobre la cumbre del Mula-Hacen, parece como que el alma se recoge en sí misma, y que cesan las palpitations del pecho, á la hora en que debe ser más perceptible su movilidad.

Aquel reposo de los peñascos y de las nieves, aquella llamada inmensidad, impasible y silenciosa, la ausencia de todo

sér viviente, aquel crepúsculo, casi repentino, que hace que el astro del día sorprenda á la naturaleza en la profundidad de su sueño, nos dieron idea, más que de una alegre resurreccion, de una eterna vida, agena á todo movimiento.

Las aguas del mar se abrieron de repente, y flameó un inmenso cráter en sus profundidades; chorros de chispas saltaron de ellas, á la manera que salen del hierro candente martillado en el yunque; brillantes hogueras, cataratas ascendentes de luz rojiza brotaban del líquido seno, que aparecia en ebullicion ígnea; las unas tras otras, se precipitaban en los aires las oleadas de fuego, rompiendo en vistosísimos cambiantes el cárdeno nimbo que estaba en contacto con el mar; y de pronto, como una inmensa bomba de gas rápidamente inflamada, apareció todo el disco solar, surgiendo de entre las aguas.

Pero no era disco, no era esa figura circular y plana con que se nos presentan los astros en la concavidad celeste; era un globo colosal de unos dos metros de diámetro aparente, recortado en su contorno, bamboleándose en el espacio, mostrando claramente su esferoididad, sus convexidades, sus volcanes en ebullicion, sus manchas y ráfagas opacas, subiendo pesadamente, pero con rotacion vertiginosa, deshaciendo vapores, rompiendo nubes, y permitiendo á los ojos asombrados saciarse sin dificultad en su maravillosa contemplacion. Era un gigantesco *mongolfier* de pasta de oro, herido por la brillante luz del medio dia.

Dos minutos tardó en sobreponerse al segmento brumoso, y en penetrar en la zona azulada que sobre él se extendia. Habia ascendido por ella unos cinco metros de distancia aparente, manchando de un color uniforme de sangre las cordilleras de nubes que le coronaban, cuando de pronto, en la misma línea del horizonte, en la rasante del mar, en su arista de contacto con la niebla que le limitaba, apareció otro sol en las mismas condiciones de visualidad que el anterior. Teniamos la fortuna de contemplar un raro fenómeno de espejismo. La refraccion y la reflexion de los rayos solares en

la nube situada por bajo del astro, habian producido por resultado un *parhelio*.

El coqueton Apolo se miraba en la nube, como debió haberlo antes de emprender la seducción de Dafne.

¡Qué espectáculo tan encantador!

La vacilacion de los instrumentos ópticos daba lugar á rápidos cambios de posicion en los dos astros, separados unas veces á gran distancia, aproximados otras hasta el punto de hacer tangentes sus superficies. Eran dos gladiadores poderosos que se chocaban, se repelian, volaban con ímpetu el uno sobre el otro, y se confundieron por fin en un fuerte abrazo, desvaneciéndose la imágen, y quedando el autor de ella dueño de las soledades empíreas, achicándose poco á poco á medida que subia. Lo contrario precisamente de lo que sucede á los hombres; que cuanto más *suben* más *grandes* nos parecen.

El fenómeno habia durado un minuto, y luego que terminé, volví mi anteojo primeramente á donde me llamaba, no la curiosidad, sino el sentimiento de cariño más acendrado.

Al O., rescostada bajo el Veleta, su eterno vijía, abrazada por las sierras de Elvira y de Loja, de Alhama y de Cogollos, de Alfacar y de Parapanda, aparecia la antigua *Iliberris*, la *Garnathat* de los árabes, Granada, brotando entre su pintoresca vega de siete leguas, atravesada por el venerado Genil, por aquel niño recién nacido que yacia helado á mis piés, por el aurífero Darro, el Béiro tortuoso, el bullicioso Dilar y el Monachil vivaracho. Descubriáanse á simple vista las frondosas alamedas que determinan sus cauces, así como las que coronan la ciudad, y florecen en sus contornos. Percibiáse tambien á simple vista su elevada Alhambra, y la montaña roja que la corona, y hasta la mancha negra que forma en el centro de la ciudad su gigantesca basilica. Creia escuchar el sonido de las campanas que me despertaban cuando niño, y aspirar el aroma de sus pensiles, y..... basta, que he prometido hablar en prosa.

Luego que, con ayuda del anteojo, acerqué la poblacion á unos 3 kilómetros de distancia, descubrí perfectamente sus



paseos y sus edificios, sus torres y sus cúpulas, sus alcázares y sus jardines.

«Quien no ha visto sus primores  
al nacer debió cegar.»

Tal dijo Zorrilla, y algo me atrevería yo á agregar, si no temiese que de informal se me tratara en vista del quebrantamiento de mi promesa. Sigo, pues, en prosa (no diré pura) y añadiré, que no sé el tiempo que permanecí absorto en aquella contemplacion. ¡Encerraba tantos recuerdos para mí aquel rincón de horizonte que divisaba! ¡Eran tantas las memorias de amor y de ternura, de delirios y de ilusion, de alegría y de pena, de encanto y de melancolía que se agolpaban á mi mente!!.....

Pero.... *transeat*, todo pasó. No hay que pensar en ello, y sí en seguir convertido en catalejo parlante.

Hacia el S.O. se percibia con toda claridad una roca abrup-ta y pelada, que, á pesar de tener tan duras las entrañas, aparecia, no roja, sino cárdena de vergüenza. La razon que para ello pudiera tener, creo que debe ser conocida de todos los españoles. Era el Peñon de *Gibraltar*.

Veíase el mar en una dilatadísima extension, pero en una buena parte de ella cubierto de una ligera bruma, que, si bien dejaba entrever algo de la costa africana, dificultaba la vision perfecta de sus cordilleras. El *M' Sabiha* y el *Fil-haonssen* eran con nosotros tan tercamente recatados como lo habían sido durante un mes con los Geodestas.

Divisábamos, además de todas las ramificaciones de Sierra Nevada, las de Segura y Sagra, Jabalcon, Baza y Filabres, las de Tejada y Ronda, las de Gádor y Contraviesa, las de Gata y Cazorla, las de Grazalema y Lújar, y allá muy lejos, con direccion al N. N. O., percibiase la silueta azulada de Sierra Morena, que se asomaba por detras de otras cordilleras menos engreidas, sosteniendo en sus hombros el cielo como cariatide monstruosa.

Veíamos múltiples valles y llanúas, cuencas extensas y

semi-cuencas recortadas por el mar, muchos pueblos remotos, y dominando aquel vasto horizonte de tan irregular y accidentada superficie, figurábame instalado sobre las cofas de un buque, viendo á mis piés tenderse un piélago inmenso con alborotadas montañas de oleaje.

Veíamos el Cerro del Caballo, con sus 3078 metros *sobre la marca*, príncipe de la cadena occidental de la Sierra; el Cerro de la Alcazaba hácia el N., próximo al Mula-Hacen, como crecido vástago de su tronco: el Dornajo, formando en sus repliegues los valles del Genil y del Monachil; el peñón de San Francisco, gigante de la sierra del Buxo, vestido de blanco y amarillo, y el Montaire, donde confluyen los límites de las provincias de Granada y Almería.

Veíamos también varios de los puertos ó gargantas que prestan acceso más ó menos arriesgado para cruzar las escabrosidades de la Sierra: especie de curvas cóncavas entre las prominentes jorobas de aquellos salvajes dromedarios. Veíamos el del Lobo, que comunica la Alpujarra con Guadix por el camino de Mairena; á su derecha el de la Ragua, que facilita en el verano el tránsito de aquella comarca con los pueblos del Marquesado del Zenet y con el mismo Guadix, Baza y Granada; y allá por el S. descubríamos también el puerto de Jubiley, por donde escalan la sierra Contraviesa los habitantes del valle de Lecrin y de la costa para asaltar los productores oasis alpujarreños.

Con direccion al O. se levantaba gallardo el *Pico del Veleta*, Señor de los dominios granadinos. Su configuracion es más esbelta, airosa y elegante que la del salvaje Mula-Hacen. Su cima es más aguda, más penetrante; su ropaje de nieves más vistoso y variado. Mula-Hacen es más *grave*, más *severo*, más *irascible*. Cualquiera, al verlos juntos, diria que eran un padre y un hijo que se habian levantado cogidos de la mano, para enseñorearse de los dominios españoles, seguidos de una cohorte de primos, sobrinos y demás perientes y amigos, á cuál más talludito.

Entre ambos cerros, casi perpendicularmente bajo nues-

tros piés, y á la profundidad de unos 500 metros, circunvalado de tajos espantosos é inaccesibles precipicios, veíamos el *Corral de Veleta*, que es una especie de hondanada muy irregular, capricho vistosisimo de la naturaleza. Los cerros que le rodean forman aristas muy afiladas, planos triangulares, escabrosidades asombrosas; y en el fondo contrasta la sombra de las montañas con la blancura de las nieves eternas allí apiladas por los huracanes y los desprendimientos. Descubriáanse en él hondanadas de ébano con recortes de armiño, vértices agudos y planos bruñidos; y en medio, como recipiente de los hielos que le dominan, veíamos á *vista de pájaro* la *laguna de la Caldera*, que se asemeja más á un colosal embudo, que á la vasija que le dá nombre.

Dicha laguna estaba á la sazón erizada de grandes alúdes desprendidos de las cumbres superiores, y la parte de su superficie que quedaba expedita, aparecía helada, como queda dicho, y de un color bronceado.

Al N. de ella, y separada por un agudo murallón, que viene á ser como la membrana que une al Veleta con Mula-Hacén, descubriase otra laguna más pequeña, de forma de cuchara, cuyo parecido era tanto más exacto, cuanto que de ella partía, en dirección N. O. una especie de prolongado mango, que se perdía en una revuelta del barranco. Si era una cuchara, y de plata, pues aparecía cubierta de blanquísimo hielo, así ella, como el caprichoso listón que de su borde se desprendía.

Aquella era para mí la laguna *sacra*, la madre de mi adorado Genil, acurrucadito bajo su colcha blanca, á orillas del afligranado lecho de su próspera madre, sin movimiento, sin respirar apenas, tan callado y juicioso, que no le conocerían los que de allí á pocas horas le vieran triscar alborotando por los peñascos de Güejar, recibiendo los abrazos de otros jóvenes tan calaveras como él, ó pasar enamorando la vega granadina, ó discurrir, con toda la gravedad de un hombre maduro, por entre las alamedas de Loja y las campiñas de Écija, viniendo en su ancianidad prematura, acarreada por

sus permanentes voluptuosidades, á morir en brazos del padre comun de Andalucía.

Los ventisqueros del Veleta formaban sobre el cerro las más caprichosas figuras, á la manera que las nubes suelen fingir en los cielos palacios, mónstruos, cabezas barbudas y desgrednadas; sátiros, ninfas y bosques. Habia uno en particular que representaba tan fielmente la figura de un caballo tendido, que exitó la admiracion constante de uno de mis compañeros, hasta el punto de no hablar de otra cosa durante muchas horas. Dibujábase el cuadrúpedo recortado por un terreno amarillento y pardo, que mi dicho compañero tomó desde luego por el pavimento de la caballeriza. Era blanco, como es de suponer; tenia la cabeza reclinada, doblados los brazos y las piernas, en actitud de reposo; marcábase en el cuerpo los rasgos más minuciosos; la cola aparecia tendida, las crines sueltas sobre el airoso cuello, y tal era la perfeccion de aquel natural dibujo, que aunque yo no alcanzaba otros detalles, mi compañero, que, dicho sea de paso, tiene vista de águila, juraba, ébrio de entusiasmo, que le contaba hasta las cerdas de las cuartillas; y estuvo tentado de ir á él, y dándole una palmadita en los lomos, hacer de la bestia colosal nuevo Hipógrifo ó alado Pegaso, para lanzarse á recorrer los aéreos espacios. Quizá pensó tambien en el partido que podria sacarse del salvaje cuadrúpedo con un par de meses de picadero.

No hubo más remedio que subir la cartera y dibujar á *vuela-lápiz* aquella extraordinaria figura, de la misma manera que la tarde anterior se habian tomado las vistas del Veleta y Mula-Hacen por tres diferentes puntos.

El entusiasmo del *Caballista* no reconoció límites, al ver reproducida en el papel la encantadora imágen que le cautivaba; imágen, para él, llena de tantos atractivos, como el retrato de la mujer amada, para un enamorado ausente.

El autor del boceto fué proclamado por la unanimidad de su sólo voto, como una esperanza del arte pátrio.

Segun una aventurada tradicion que nos reveló nuestro

*guia*, en el profundo *Corral de Veleta*, existió allá en remotísimos tiempos un pueblo moro, desaparecido por completo de resultas de un terremoto, que derrumbó sobre él una buena parte de la montaña que le dá nombre. Yo no he encontrado en atlas ni en cronicones rastro ni indicio alguno que confirmen la veracidad de que nuestro sirviente alardeaba, y encomiendo este trabajo á los topos y á los arqueólogos, que creo se lo tomarán en balde, atendiendo á que en aquella *garrafa* eterna es imposible toda vida animal. Me dirán á esto que soportan más frios los lapones y los esquimales; y yo contestaré, que eso es muy dudoso, y que lo que más me induce á no dar crédito á tan inverosímil afirmacion, es la presencia de los *aludes ó avalanchas* que se precipitan de las alturas constantemente, los cuales fueran bastantes á hacer tortilla, no ya las primeras viviendas que allí intentaran edificarse, si no hasta el templo de Salomon. Y á esto me replicarán....

—Basta, señores, que no quiero acalorarme en la discusion á riesgo de constiparme.

Al otro lado de la cumbre en que estábamos situados, ó sea al S. E. del Mula-Hacén, descubrimos otra pintoresca laguna anónima, (para nosotros al ménos,) la cual recoge las aguas de las vertientes de este cerro, en la indicada direccion, así como las del Alcazaba. Estaba helada tambien, y de ella partía otra encantadora cinta de plata. Era el bullicioso rio que habíamos atravesado á la entrada de Trevélez, el que más tarde se confirma con el nombre de rio de Órgiva, y despues con el de Guadalfeo, el que se *anexiona* con gran descaro en su tránsito todos los caudales del Poqueira, el de Bérchules, el Chico, el de Bayacas, el de Lanjaron y el Padul, para purgar despues sus culpas y pecados en la punta de Salobreña, donde el Mediterráneo se encarga de darle olvidada sepultura, como castigo de sus escandalosas correrias.

Es decir, que en el vértice en que nos encontrábamos se formaba precisamente la divisoria de las aguas. Una gota que hubiese caido sobre cualquier agudo filo de los que nos sustentaban, hubiese ido la mitad al Océano por el Genil, la



otra mitad al Mediterráneo por el Guadalfeo.

No bien había terminado *in mente* esta elucubracion orográfica-hidrográfica, bajé con rapidez de la meseta del observatorio á un ventisquero próximo del S. E. Miré con recelo á mi alrededor; nadie me veía: cogí un puñado de nieve, que recaté bajo mi capote, y ascendiendo de nuevo á la plataforma, arrojé con toda mi fuerza el agua solidificada por los precipicios del N. O.

Había cometido una *irregularidad*, un robo, hablando en castellano. Había hurtado algunas gotas de agua á los veneros del Guadalfeo, y se las había regalado á mi querido Genil. Estaba atacado en sus intereses el Mediterráneo, y favorecido el Océano.

¡Siempre la adulacion á los grandes!

(Ruego á VV. que reserven el hecho, pues sería fácil que al hacerse público, me interpusieran querrela de despojo los regantes de las vegas de Órgiva y Motril.)

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalif  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

### XIII.

¡DOS METROS DE DIFERENCIA!—¡ABAJO!—

HERBOLARIOS COQUETONES.—UN GUIA QUE HABLA POR  
TRES.—EL BARRANCO DE POQUEIRA.—MAC-KRÖON  
Y SIXTO CÁMARA.—OTRO VAGÍO.—UN FOSADERO QUE NO  
TIENE PRECIO PARA DIPUTADO.

Segun estaba convenido, á las siete de la mañana se presentó en el reducto superior de nuestra fortaleza el escuadron de sirvientes con las respectivas caballerías, y una hora despues vimos aparecer el hombre con los víveres y pertrechos que nos enviaba el Sr. Cura de Trevélez, que no se habia olvidado ni del detalle más minucioso.

Mientras almorzábamos, se celebró *consejo*, en el que tomaron parte todos los miembros del empingorotado *Gabinete*; y despues de una animada discusion, en que cada cual adujo argumentos de lo más *sólido*, y echó mano de razones de lo más *líquido*, se acordó variar el plan que teniamos trazado.

Oyóse para ello primeramente la opinion del *gula* que se habia puesto ligeramente enfermo; la del *Pollo* de la reunion, que no estaba muy bueno; la de nuestros ojos, que no se habian cerrado con tranquilidad hacia tres noches; la de nuestras costillas, malamente magulladas por los guijarros que nos habian servido de lecho; la de nuestros pulmones, que se quejaban de su opresion; la de nuestras piernas, que se habian vuelto flojas y remolonas; y en vista de la unanimidad de pareceres existente entre el todo y sus partes, decidimos abandonar aquel famoso *Pico*, donde teniamos tan pésima instalacion.

Y ¿qué hacíamos ya en él? Habia practicado nuestro *Benedictino* el dia anterior los experimentos que le eran posibles; nos habia dicho que invertimos 1 hora y 56 minutos desde las *Balsicas*, sitio donde dormimos al raso, hasta llegar á la cima en que nos encontrábamos; que la distancia entre estos puntos es de 3640 metros; que la total desde Almería á la cumbre de Mula-Hacen es de 114 kilómetros, 617 metros (se entiende que siguiendo nuestro itinerario.) Nos habia dicho tambien que la diferencia de alturas entre el *Pico* y las *Balsicas*, era de 460 metros en favor del primero, que la pendiente máxima que habiamos dominado en nuestra ascension, era de 33 grados; que en las últimas 24 horas se habian notado 29 grados y 7 décimas de diferencia en las temperaturas; nos habia hablado de depresiones barométricas, de movimientos higrométricos, y sobre todo, nos habia dicho, poniendo la misma cara que debió poner Colon al descubrir tierra, la misma que Franklin al penetrarse de que habia encadenado el rayo, ó que Fulton al sentir el primer impulso de su máquina de vapor, nos habia dicho que Mula-Hacen mide la altura de 3483 metros sobre el nivel del mar, segun sus experimentos y cálculos, y que solo le resultaban 2 metros de diferencia con los publicados por la Comision geodésica, que eran los que consideraba más exactos.

— ¡Dos metros! decia nuestro entusiasmadísimo compañero, perdiendo toda la gravedad científica. Si ¡solo dos me-

tros de aumento en esa altitud! ¡Hurra por mis barómetros! Yo no quiero almorzar. Vayan enhoramala Malthe-Brun y Letronne y cuantos geógrafos afirmen otra cosa en contrario. ¡Dádme coñac! He conseguido un triunfo importante. Ya he dicho que no quiero almorzar. ¡Mueran los almuerzos! ¡3483 metros! Esa es la cifra. ¡Que vengan á mi con otra! ¡Dos metros de diferencia! «Aplaudid, bárbaros.» Y se batía las palmas él mismo.

El *Caballista* se entusiasmó también con el resultado obtenido, pero no tanto que cesara de comer, y entre bocado y bocado exclamaba:

—Dos resultados útiles tendrá, pues, nuestra expedición. Primero: demostrar al mundo científico que pueden subir caballos á la cumbre del Mula-Hacen. Segundo: dar á conocer á las gentes, que los geódestas estuvieron acertados en sus cálculos, lo cual era de suponer. Por consiguiente, doy más importancia al primero de dichos extremos.

Después de aquellas turbonadas de entusiasmo, empezóse con alguna calma á disponer la marcha; pensábamos haber ido aquel día al Veleta, pero tuvimos que desistir de tan agradable excursión por los inconvenientes que ofrecía. Según los prácticos, no tardaríamos menos de seis horas en rodear el abismo que separa al *padre* del *hijo*, cuatro de las cuales podríamos andarlas en los ajenos piés, y dos sobre los propios. Teníamos, pues, que partir inmediatamente, para estar solo unos cuantos minutos sobre la cima *próxima*, y volver, bien de noche, allí donde nos esperaban la misma humedad, el mismo lecho, y probablemente el mismo desvelo que la noche anterior. Además consideramos, que el pequeño ángulo de horizonte que el Veleta recata á su vecino, no valdria la pena de despeñarse, puesto que el *guia* y el práctico venido de Trevélez con las provisiones, aseguraban que habíamos de bajar al *llano*, luego rodear el *Corral*, después tendríamos que atravesar un profundo barranco hácia el S., y empezar desde él á subir montados hasta la mitad de la montaña, para seguir andando, casi á gatas, al borde de quebradas y der-

rumbaderos, cuyo paso se hacía visiblemente difícilísimo por la disposición de los ventisqueros. Lo confieso con rubor; no llegaba á tanto nuestro entusiasmo por las visuales, como el de los señores de la casa. Pensóse en otro recurso, y se trató de visitar aquél día la célebre laguna de Bacares. Para esto:... (Declinó toda la responsabilidad geográfica en los prácticos.) teníamos que bajar unas 2 leguas, hasta encontrar *los prados*, faldear luego en dirección E. toda la base del Mula-Hacen y del Alcazaba, (¡un grano de anís!) y entrar por unas cañadas ó gargantas, para llegar de allí á dos horas á otras que hay á una legua del renombrado recipiente. También nos aterró este nuevo proyecto. Además veíamos á nuestros piés otras lagunas más ó menos grandes, cuya estructura, configuración y dimensiones podían darnos una idea aproximada de aquella que intentábamos visitar, y consideramos que no era cosa de tomar tales molestias, por unos cuantos metros más de diámetro; pues que sabíamos que la mayor parte de las cosas extraordinarias que de la laguna de Bacares se cuentan, son vulgaridades y exageraciones absurdas. Ella es solo un depósito considerable de nieves derretidas, lo mismo que la de la Caldera; aguas superficiales cuyo espesor en su centro es de unos 15 metros, siendo el perímetro del recipiente de unos 1200. Y todo cuanto se diga de fondos insondables, de ruidos intermitentes, de vórtices continuos, de hervideros dilatados, de emanaciones minerales, y de peces monstruosos, digo y repito que son vulgaridades, propias para interesar á los chicos ó á los labriegos, pero rechazadas energicamente por las gentes cultas del país. No estando propicios á pernoctar de nuevo en el Pico, decidimos abandonar las altitudes, y emprender el regreso por los puntos que nos ofrecieran más atractivo. Fijaron unos el itinerario por el E., yendo á buscar el puerto de la Ragua, para llegar al Marquesado del Zenet, faldeando luego la Sierra al borde de los llanos de Guadix, hasta caer por Fiñaná al río de Nacimiento. Conocíamos todos bien la última parte de



este trazado, y en nuestro afán de visitar párajes nuevos, fué también desestimado. Acudióse á los mapas, y ellos nos determinaron un nuevo rumbo, difícil y áspero si se quiere, pero indudablemente de mayor novedad para nosotros.

Consistía éste en bajar por Pitres y Torbisco, atravesar la Contraviésa por el puerto de Jubilé, yendo luego por Albuñol á buscar de nuevo á Berja. Tal proyecto mereció la reprobación general, porque no queríamos regresar por donde mismo habíamos salido.

Entonces comenzaron á brotar planes y á presentarse proyectos y trazados tan extravagantes como los que habian sido objeto de una acalorada discusión en la *Cerveceria inglesa*. Tal era de parecer que volviésemos á Almería, pasando antes por la Australia, cuál opinaba que eso era un desacierto, y consideraba más oportuno el regreso por el estrecho de Bering; éste proponía una visita á las costas de Madagascar y Mozambique; aquel pretendía que se hiciera el viaje de retorno yendo á caballo por el Cáucaso y por los Urales y por la Escandinavia y por todo el universo, y en vista de tal desconcierto y diversidad de pareceres, me pedí yo mismo la palabra, me la otorgué y dije:

—Señores: tengo el honor de proponer un plan que espero ha de merecer vuestra aceptación. Consiste éste en bajar por el celebrado barranco de Poqueira, á buscar á Órgiva, trasladándonos desde este punto á Lanjaron; (alguno de egoísmo se mezclaba en mis proposiciones, como verán VV. más adelante.); Pasar luego á Motril, y embarcarnos allí para regresar á Almería, mandando las caballerías por tierra.

Este proyecto, añadió, encierra una extraordinaria novedad y reconocidas ventajas. Primeramente podremos admirar todos los encantos de ese barranco famoso, tan celebrado por su feracidad y vistosos paisajes; después tendremos el gusto de recrearnos en los gigantescos olivos de Órgiva, y en su fértil y apacible vega; luego se espacián nuestros ojos en el más pintoresco pueblo del valle de *Lección* ó de la Alegria, donde les aseguro que hallaremos gentes cultas á quienes

manifestar que sólo nos han resultado dos metros de diferencia en la apreciación de estas altitudes con los practicados por los Geodestas.... (El *Benedictino* dió señales de decidirse sin más discusión por mi proyecto.) y encontraremos también, proseguí, mesa *confortable*, magníficas butacas, lechos comodísimos. (Los ojos del *Caballista* se dilataban extraordinariamente.) Y como es la temporada en que acude tanta gente de toda España á tomar las aguas de aquel favorecido Lanjarón, tendremos lugar de admirar allí chicas guapísimas y elegantes.... (El *Pollo* se atusó el sitio del bigote, metióse el pulgar en la sisa, y resonó un coro general.)

—Aceptado, aceptado el itinerario!

—Señores, no he concluido. Despues pasaremos á Motril, y nos detendremos á hacer el estudio de esa semi capital tan importante; y por último, tendidos muellemente sobre los cómodos divanes del buque de vapor.... (Ya no le cabían en la cara los ojos al *Caballista*.) regresaremos á nuestros lares, admirando los acantilados de las costas, las ensenadas de las playas, los promontorios de las montañas, los castillos de sus cumbres, la vegetación de sus faldas, las poblaciones que en distintos términos y lontananzas se ofrecen á la atónita vista, y por todas partes la mar, con sus cordilleras azules, y.... sus arenas. En fin, señores, que si Pileas Fogg le dió la vuelta al mundo en 80 días, nosotros la habremos dado en 8 casi á toda la Alpujarra, rodeándola por la Sierra de Gádor, por las más altas cumbres de la Nevada, por las cercanías de la de Lújar, y últimamente por el Mediterráneo; es decir, por sus linderos naturales.

—Hurra por esa vuelta! gritó de nuevo el coro, y se aceleraron los preparativos para la marcha. Antes de media hora, ó sea á las once de la mañana, descendíamos por el *Llano* de Mula-Hacen, aprovechando de nuevo el camino construido por los Geodestas. El *Caballista* que, dicho sea en verdad, era el más entusiasta y el más vehemente de mis compañeros, me había acompañado á la meseta del observatorio, donde ambos nos despedimos con melancolía.

cólica ternura de aquéllos infinitos horizontes y encantadores paisajes, en cuya contemplación permanecemos de nuevo absortos algunos minutos. ¡Quién de nosotros volvería á recrearse en ellos! Aseguro á VV. que ví muy conmovido á mi buen compañero; y digo esto, para que no se crea que aquél feliz mortal que tanto se rie, carece de sentimiento en ocasiones determinadas. Yo lo garantizo.

Tres cuartos de hora tardamos en abandonar el camino por donde habíamos ascendido dos días antes, y tomamos luego á la derecha, dejándole en la dirección de Pitres, por donde baja á Órgiva, y siguiendo nosotros en busca del barranco de Poqueira ó de Capileira, que también le llaman así las gentes de pais.

Capileira! Qué nombre tan fácil de poner en música! Bajábamos todos á pié, resbalando unas veces sobre los ventisqueros, pisando otras sobre las artísticas pizarras que *adornan* el cerro, y á unos 2 kilómetros por debajo del *Pico* empezamos á ver asomar entre las junturas de las piedras, y al borde mismo de las nieves, alguna que otra humilde violeta tricolor, que apenas levantaba su púdica corola de las grietas donde se hallaba prisionera; y luego, algo más abajo viéronse ir apareciendo, acá y allá salpicadas, las *gencianas* y *saxifragas* científicas; las flores de la famosa y aromática *manzanilla*, el *té* silvestre, las *belesas*, el *pelitre* y otras plantas que ya conocimos en nuestro ascenso, como las más valerosas y atrevidas del reino vegetal.

Herborizábamos todos, y los ojos se habían llenado con la mayor cóquetería de hojas y flores hiperbóreas, pareciéndonos á esas *mayas* que en el mes de idem se sitúan en las esquinas de las poblaciones, para explotar descaradamente el tembloroso bolsillo de los transeuntes. Hasta el criado portador del *odómetro* entró en gana de hacer una excursión botánica por los alrededores, y separándose ¡infeliz! de la recta que le era de obligación, comenzó á describir con los piés curvas y poligonales. Aquí fué donde nuestro *Hombre de ciencia*, perdiendo de nuevo su natural aplomo, se desató en

mil improperios contra el desdichado herbolario, obligándole con dura frase, á abandonar sus instintos de naturalista, para convertirse otra vez en máquina de andaruras. Llegamos luego á las extensas praderas que limitan por el Sur el formidable cerro, y allí, sobre la verde y emullida alfombra que por aquellos puntos le tapiza, á la vista de los infinitos arroyuelos que serpean por la pintoresca superficie, presenciámos una escena de angustia y desolacion; sin ejemplo seguramente en los anales de la pastoril Arcadia. Un mozo como de 20 años nos preguntó acongojado, si habíamos visto por ahí una punta de ganado cabrío. Ciertos atrevidos malandrines le habían acometido la noche antes, perpetrando en él un infuco despojo. Se habian anexionado hasta los perros. Vean VV. aquí otra *irregularidad* mucho más grave que la cometida por mi persona en aquel ventisquero que dá de beber al Guadalfeo. Ya estoy consolado. ¿Cómo se me ha endurecido la conciencia ante la comparación de mi *falta* con aquel horrible crimen! El mozo temió por un momento. El mancebo se dolía y gimoteaba, poniendo una cara de fuelle que daba lástima. Dijimosle si habrían sido los lobos; y él nos contestó mohino y apesadumbrado: — Si, no han sido malos lobos; cuatro de dos piés, armados de garrotes y escopetas, que por poco acaban conmigo de la paliza que me han dado así. Conque vayan VV. á fiar la inviolabilidad de sus cuerpos y de sus bolsillos á las soledades del Mula-Hacen. ¿Cómo penetra el crimen ya en las superiores excelcitudes! Pido un puesto de guardia civil para la misma corona de las más elevadas gerarquias topográficas. Siguió el mozo hacia arriba en busca de las huellas de su rebaño; impulsado seguramente por un movimiento centrífugo instintivo, que le separaba de las desazones que en el pueblo le esperaban, y nosotros continuamos hacia abajo nuestra ruta. El terreno habia cambiado de naturaleza y forma; á la redonda y vertiente del cerro habia sucedido una série sucesiva



de pequeñas quebradas, superficiales barranqueras y brúscos recortes, y las masas de esquistos arcillosos y de pizarras micáceas fueron reemplazadas por estratificaciones areniscas y grandes rocas calcáreas. La vegetación empezó poco á poco á tomar cuerpo y á hacerse productiva, y pronto transitábamos por laderas cubiertas de centenos, más ó menos desmembrados. Más de una hora invertimos en atravesar aquellos vergonzantes cultivos, viendo sólo de vez en cuando, por los flos de los próximos cerros, alguno que otro terrible mastin que aturdió los aires con sus roncós ladridos.

El *Caballista* oh fenómeno! y yo, seguimos andando: las pendientes nos arrastraban, habíamos subido tanto que nos compláciamos en el vértigo de la bajada.

Después de ascender (¡otra vez arriba!) por una escarpadísima ladera y de atravesar una extensa planicie poblada de sembrados, dimos vista por fin al barranco de Poqueira.

Habíame olvidado de decir, que el grave *guia* salido con nosotros de Trevélez, volvióse al pueblo desde el *Pico* con la bestia que había subido las vituallas, porque no cesaba su dolencia, siguiendo en nuestra compañía el mozo que subió con ellas por disposición de mi amado Cura.

Era el nuevo *práctico-cicerone* un mozo como de 25 años, alto y enjuto como el otro; pero vivaracho, decididor y entrometido; el cual, así ensartaba un trozo de historia alpujarreña, de lo más inverosímil, como nos daba un curso de geografía y de ciencias naturales, á usanza del país. Hablaba por los codos, y en un tono de agudo falsete, que contrastaba muy mal con su corpulencia; pero la verdad es, que á pesar de sus disertaciones y confianzas democráticas, conocía perfectamente el terreno, y acudía presuroso á los ginetes cuando atravesábamos un mal paso.

Este fué el que nos dijo:—Ahí tienen VV. el barranco de Poqueira. Y mientras llegábamos á él, bajando por filetes, asperezas y quebradas ó atravesando á orillas de precipicios y despeñaderos, se cosió el mozo á mi lado, y comenzó á ensartarme la historia de la comarca desde los tiempos antidi-



luvianos hasta la restauracion de 1875, con la geología, con la fauna, con la flora, y hasta con los abusos alcaldescos, las detenciones, las ocultaciones de riqueza, los reglamentos de riegos, los novios que habia tenido *fulanica*, los milagros de la patrona del pueblo, los productos del pie de altar, los *belenes de la tia Frasca*, y todo revuelto en una especie de ensalada ó pisto, tan desacorde y heterogéneo, tan incongruente y difuso, que aturdia y mareaba, confundia, desvanecía y ofuscaba. Caballeros ¡qué hablar tan sempiterno el del nuevo *guia trevelense!*

Hacia mucho calor, un calor insoportable, acrecentado por el movimiento y la fatiga. El *Caballista* y yo continuabamos á pié, prefiriendo una muerte normal por asfixia ó cansancio, á un fin desastroso y trágico, al rodar con nuestras calzagaduras á los abismos. No queriamos dar pasto á los periódicos para que ocuparan con nuestros nombres unas cuantas líneas en la seccion de noticias. Aborrecemos la celebridad.

Y no se tome lo dicho á exageracion. Las probabilidades de despeñarse eran tan manifiestas, que habia sobrado motivo para no atreverse á fiar la seguridad del individuo á gente de cuatro piés, sin reflexion alguna, ni pizca de caridad. Hacia arriba las bestias se sujetan bien, tantean mejor el terreno, colocan los cascos con más seguridad, los tropezones son más raros y menos expuestos, y sin pagar la póliza correspondiente, va uno asegurado contra los riesgos del resbalon. Pero hacia abajo, por aquellas rápidas pendientes, andan poquisimo las caballerias cargadas, sus herraduras se deslizan con sobrada frecuencia sobre las lastras, muchas veces mojadadas, de las veredas, no pueden sujetarse con facilidad, y ya se sabe que un mal paso de una pobre bestia por aquellos vericuetos, proporciona seguramente á su jinete la satisfaccion de que le vean convertido en una informe masa de albondiguillas, lo cual no entraba todavia en nuestros cálculos.

¡Tengo familia! No me pertenezco.

Y seguimos andando, casi cabeza abajo, y llegamos á una

angostísima vereda, interceptada á cada paso por gruesos peñones. A su borde izquierdo se levantaba, cortado á pico, un elevado cerro, y á su derecha se veían tajos continuos y derrumbaderos, sin más irregularidad en su vertical superficie que alguno que otro peñasco que sobresalía de ella, suspendido sobre los abismos, para hacer más amenos, variados y entretenidos los tumbos.

Estábamos en el célebre barranco, pero no en su lecho, más duro que el nuestro en Mula Hacén, puesto que de afiladas y puntiagudas rocas era formado, sino allá por todo lo alto de su garganta, á una considerable altura de su fondo irregular, como hormigas que se deslizáran por el araño de una pared.

Era, sin embargo, para nosotros un espectáculo maravilloso y sorprendente la vista de aquellos paisajes que con panorámica variedad se nos aparecían. Figúrense VV. una mella profundísima de la Sierra, un corte muy extenso tajado en ella, una penetrante herida que arranca desde la *nuca* del Veleta, y baja ensanchándose ó estrechando bruscamente por un trayecto de algunas leguas, hasta los mismos pies del descomunal ciclope. Abajo, seguramente muy cerca de los antípodas, circula alborotada la sangre de aquella espantosa herida, que no es otra que el agua procedente de las filtraciones ó de los derretimientos. Los bordes de la titánica cuchillada están *reverdecidos*; pero ¡qué reverdecidos!

Abajo los álamos, las moreras y los frutales; más arriba los trigos y los centenos, con sus contrapuestos matices producidos por la diversa sazón de las espigas; abancalados inverosímiles escalonados unos sobre otros, pintando las vertientes, ora del tinte verde oscuro de las enredadas plantas de las judías, ora de las blancas flores de las providenciales patatas; más arriba bosques oscuros de nogales sombríos y de gigantes castaños de flor pajiza, que contrasta de un modo admirable con el verdor azulado de sus hojas; más arriba todavía alguna que otra pradera de esmeralda, como oasis en medio de la ascendente esterilidad: luego páramos y ráfagas de tierra oscura ó pajicienta, y después inmensos cangilones sueltos

de chispeante nieve, masas de inmaculada blancura, afectando las más caprichosas formas, y recortando con su plateada silueta el azul turquí de un cielo trasparente y diáfano como ninguno.

Y si se añade á todo esto la animacion que al paisaje prestan multitud de arroyuelos que se precipitan cabeza abajo por aquellas laderas frondosísimas, deshaciéndose el cuerpo entre los peñascos, espumosos como potros fatigados en la carrera, alborotadores como chicuelos que se solazan en arriesgados juegos infantiles, brillantes, plateados unas veces, tornasolados otras por los efectos de la luz; si se añade luego por la ladera de la izquierda un bosque casi negro, formado por corpulentas y apretadas encinas, que irregularizan el corte superior de la montaña, llena de salvaje misterio, cubierta de oscuridad profunda; si se agregan acequias como rios de plata, que saltan repentinamente desde tremendas alturas al lecho ensordecido del barranco, formando cataratas bravías ó preciosas cascadas sobre las copas de los árboles, bordados de filigrana ó envueltos en atmósferas de iris; si se añade á todo esto muchos contrastes de luz y de sombra, muchos matices en los tonos del colorido, mucha vaguedad y desvanecimiento en los límites, mucho rumor en la fronda, mucho ruido de agua que se despeña, mucho ambiente aromático y vivificador, se tendrá una idea aproximada de aquel vário panorama, de aquellos encantadores cuadros, del barranco de Poqueira, en fin, cuyo aspecto es todavía (con perdon sea dicho) más poético y pintoresco que el que presentan las montañas de los Bérchules, cuya magnífica belleza tampoco olvidaremos jamás.

Era necesario todo aquel atractivo, toda aquella sublime esplendidez de la naturaleza, para reanimar mi espíritu, contaminado del abatimiento de mi cuerpo, que se sentía desfallecido por el cansancio y el calor. Pero lo digo con verdad; olvidé durante una hora el profundo malestar que me agobiaba, y lo arrostraría cien veces por recrearme en aquel espectáculo portentoso.



Llegamos por fin á Capileira, cuya vega extensa y escalonada por ambas márgenes del barranco, se recorta hácia la izquierda por frondosos encinares. No se descubre el pueblo hasta que se está sobre él, por hallarse escondido entre su arbolado. Conocimos sin embargo su proximidad por el empeoramiento del camino, que á su desembocadura en el pueblo forma, como en casi todos los de la alta Alpujarra, una horrible é intransitable cuesta escalonada, que sirve de cauce á un más que mediano arroyo de fondo irregularísimo; en fin, ni más ni menos que las entradas y salidas de Narila, Bérchul, Trevélez y los demás pueblos donde tantas veces habíamos renegado de la incuria municipal.

Atravesamos calles tortuosas, precipitados de unas en otras por escaleras empinadísimas, y llegamos al fin á una pequeña plazuela donde se sitúa la posada. Me acuerdo, de un modo vago, que habia en aquella una casa alta, cuya puerta de entrada estaba junto al terrado, y á la cual subo que habia de ascenderse por una larga gradería que arrancaba desde la mitad de la explanada, ocupando una gran parte de la via pública, con infraccion de todas las leyes de buen ornato.

Allí me dejé caer sin aliento sobre uno de los escalones, y recliné con abandono y desmayo mi cabeza sobre otro de los superiores, que quedó á los pocos momentos bañado por mi sudor. Lo digo sériamente; aquellas tres largas leguas, bajadas á pié desde la cumbre, vestido de riguroso invierno, bajo un sol abrasador, por un camino tan fatigoso y difícil, habian acabado con mi resistencia. Soporto el frio más intenso, pero el calor me abrumba y aniquila. Caí allí medio exánime, semi asfixiado; sentia un vértigo espantoso, zumbaban mis oídos cual si estuviesen rodeados de mil colmenas, palpitaban mis sienas, como si mis arterias fuesen violentamente sacudidas, mi paladar y mi lengua estaban abrasados, se me queria saltar del pecho el corazon, en mis pulmones circulaban olas de fuego, se me desvaneció la vista, y en mi extraviado pensamiento rodaron muchos globos oscuros,

que eran perseguidos por otros globos de fuego, que giraban vestiginosamente; y luego sentí mi cerebro oprimido como en una prensa, y que crugía de pronto, y que estallaba, y que saltaban de él muchas chispas que se apagaban en seguida, y rehaciéndose algo mi mente, me acordé del General Mac-Kroon, y del desdichado Sixto Cámara, y de las carabanas del Sahara, y de los huesos que blanquean los arenales de la Arabia, y..... francamente, me creí morir.

Así es que no quise escuchar la voz de mis compañeros y de los sirvientes, que agotaban todo un repertorio de persuasivas razones para decidirme á avanzar hasta la posada.

¡Faltaban todavía para llegar á ella unos 6 metros! ¡Había que atravesar la mitad de ellos por el sol! No me consideré capaz de semejante heroísmo y solo me levanté, como un cadáver galvanizado, cuando sentí los brazos del *guia*, que con otro de los sirvientes pugnaba por suspenderme para introducirme en la posada. Allí permanecí no sé cuanto tiempo, aguardando la hora última de mi vida. Creo que me dieron refrescos, que me rociaron el rostro; todo me era indiferente, hasta la palabra del *Benedictino*..... no crean VV. que me ayudaba á bien morir, sino que decía:

—Son las tres de la tarde. Hemos recorrido 17940 metros. Estamos á 1298 sobre el nivel del mar. Hemos descendido 2274, resultando una pendiente média de un 13 por 100 próximamente. Hemos invertido en el trayecto 4 horas y 20 minutos. La temperatura al sol es de 39 grados y 6 décimas.

Ni oí apenas á no sé quién que leyó despues en no sé que libro:

CAPILEIRA:—«Lugar con Ayuntamiento en la provincia, audiencia y diócesis de Granada, á 10 leguas de la capital, partido judicial de Órgiva, administracion de rentas de Ujijar, en las vertientes meridionales de Sierra Nevada, en la parte superior del declive izquierdo del barranco de Poqueira, á 2 leguas del Picacho de Veleta y á igual distancia del de Mula-Hacen.»

Aquí creí escuchar un trueno que retumbaba diciendo:

—Miente Madoz y cuantos afirmen que de aquí al *Pico*



donde hemos estado hay un metro menos de los 17940 marcados por mi odómetro, perfectamente graduado con la extension média del paso del conductor.

«Su horizonte es limitado, y su clima EXCESIVAMENTE FRIO.»

Intenté incorporarme, y quise gritar con furia tambien:

—[Miente, remiente y vuelve á mentir!]

Pero tenia la lengua todavia enroscada hácia la garganta como un pergamino arrollado por el sol, y no hice otra cosa que seguir sudando para desmentir á D. Pascual.

.....«reinando á veces con tal fuerza el viento N., que levanta las tejas del único sitio donde las hay, que es la Iglesia.

Tiene la poblacion 290 casas, algunas peores que cuevas, construidas de tierra y piedras, por no haber cal ni yeso en sus inmediaciones: sus calles son estrechas, tortuosas y pendientes: tiene dos pequeñas plazas de irregulares formas y muchas fuentes de ricas aguas. La iglesia parroquial de Santa Maria la Mayor, construida en 1760 en el centro del pueblo, es de una nave de 30 varas de largo por 8 de ancho, con relox en su torre. Cuenta la tradicion que la imágen de la Virgen que se venera en este templo, fué donada al pueblo por los Reyes Católicos en tiempo de la conquista. El término municipal confina al N. con la jurisdiccion de Gúejar-Sierra, al E. con las de Pitres y Trevélez, al S. con la de Bubion, y al O. con las de Soportújar y Cañar. El terreno, aunque muy pedregoso y endeble, es muy productivo por ser todo de regadio.

El barranco se forma de las vertientes occidentales del Veleta; corre de N. á S., y desagua en el rio de Cádiz, en el sitio llamado Boca del Dragon.

Se importa vino y aceite para el consumo, y se exportan algunos cereales, muchas habichuelas, lana, castañas y el excedente de los demás frutos. Hay abundancia de truchas en el barranco y cabras monteses en su sierra.

Hurtado de Mendoza y Mármol hablan de un castaño, en cuyo tronco carcomido habitaba una familia del pueblo, con un telar; y efectivamente, aunque en el dia no resta de aquel árbol más que el sitio que señalan los ancianos, todavia se ven allí árboles de la misma clase, que asombran por su magnitud y corpulencia.

La poblacion de la aldea es de 1288 almas.

Y al llegar aquí la lectura, creí percibir la rápida y ati-

plada voz del *guita*, y la no menos acelerada del hablador posadero, que añadian á duo, como en *allegro vivace* las siguientes adiciones:

—Y sí, Señor, y esos caballeros Mármol y Mendoza no dijeron más que la verdad, pues todavía se ven por ahí castaños cuyo tronco mide 14 varas de ruedo, y el año pasado se han vendido aquí para fuera 11000 fanegas de habichuelas, que se pagaron á 80 reales cada una, y el Señor Alcalde mató, hace hoy cinco días, una cabra montés.

—*Capra ibex*, interrumpió el *Benedictino*.

—...que pesó 95 libras en limpio, y aquí las calles son así, por que lo son, y porque los Regidores del Ayuntamiento... y no digo más. Y el año pasado, por aquel tajo que está allí enfrente se cayó una *mocica*, y al llegar al barranco ya no le quedaba ni *miaja* de carne sobre los huesos, que se los tuvieron que traer *laicos* en un pañuelo al cementerio, y se le vendió al pueblo de Pitres mucha agua, que era solamente nuestra, y tomó, el que fuera, muy buenos pesos duros por aquel... que hizo al pueblo, y no digo más; y todavía falta por decir que aquí no somos alpujarreños, ni tenemos *miaja* de moriscos, ni de renegados; que por allá se las hayan, y somos todos cristianos viejos, oriundos de León ó de Galicia, que de por allá dicen que vinieron nuestros abuelos, despues que entre el Sr. Marqués de Mondejar y un tal D. Juan de Austria limpiaron esa Alpujarra de la peste de los moriscos, y aquí se hace todos los años una función de Iglesia muy buena á.....

—Ven VV. como no era sólo en el hablar el posadero de Bérchul?

—No pude resistir más, y me levanté como rígida escultura; pedí á voces vinagre para otro refresco; pero fué lo mismo que pedir cotufas en el golfo. ¿Qué hubiera sido de mí sin el venerable coñac?

Conste, pues, que en la posada de aquel pueblo, donde se exportan 11.000 fanegas de habichuelas á 4 duros, y donde viven 1200 y tantas *almas*, que como tales no deben comer,

donde hay castaños como casas, y casas con la puerta principal en el terrado, no habia vinagre; y lo peor era que no habia pan, ni jamon, ni patatas, ni huevos, ni siquiera un Cura providencial que nos sacara, como en Trevélez, de aquel vacío alimenticio donde habiamos caido por nuestras culpas; pero sí habia. Hubo al fin un gallo fementido, contemporáneo de los Celtas, por el cual tuvo el *Ministro de Hacienda* que abonar un ojo de la cara, despues de librar la batalla reglamentaria con todo posadero nacido de madre.



P.C. Monumental de la Alhambra y General  
CONSEJERIA DE CULTURA



XIV.

EL SEGUNDO NIÁGARA.—

¡CUIDADO CON EL BARÓMETRO!—NI EN SUIZA.—UN TRIUM-  
VIRATO SOEZ.—CATILINARIA DE LAS PIERNAS.—

P.C. Monumental de la Alhambra y Geniefint  
CONSEJERIA DE CULTURA  
JUNTA DE ANDALUCIA

Antes de salir de Capileira para Bubion y Pampaneira, pueblos en donde no debíamos detenernos, habíamos leído:

«BUBION.—Lugar con 591 habitantes, á 10 leguas de Granada, situado en una pendiente, en forma de anfiteatro, con exposicion al O. Su clima es muy frio, pero tan saludable que jamás se han conocido en él las epidemias. Tiene 108 casas, construidas de piedra y tierra, la mayor parte de dos pisos, y las calles son muy pendientes é irregulares. La iglesia parroquial es de antiquisima construccion y estilo gótico; fué casi del todo destruida por los terremotos, y reedificada posteriormente.

Entre las alhajas que tiene la parroquia, es notable una cruz de plata de peso de 89 onzas, que fué comprada con el valor de una custodia antigua, hallada despues de la rebelion de los moriscos en el sitio llamado «Las Peñas del Ángel.» Hay en este templo muy buenas imágenes de escultura y un elegante tabernáculo.

Consta que Capileira y Pampaneira fueron anejos de este pueblo;

en cuyo término, que apenas tendrá tres leguas de N. á S., se encuentran las plantas indígenas de las zonas tórrida y glacial, siendo cosa de notar, que mientras en las hondonadas se crían la caña de azúcar, el algodón y las batatas, en las alturas nacen espontáneamente el saúce de la Siberia, y la sabina y enebro de Laponia. Su terreno es todo de riego, y el poco inculto que hay, es por estar todo el año cubierto de nieves.

Se asegura que en este pueblo hubo en la antigüedad minas en explotación y fábricas de fundición de minerales, puesto que en su sierra se ven algunas galerías con media milla de longitud; y junto á las mismas casas, por la parte del E., se encuentran masas de escoriales que impiden la vegetación. Entre las raíces de un castaño derribado por el viento hace algunos años, fué hallado un hornillo de fundición. Hacia el N. y el O. se encuentran con frecuencia sepulcros romanos y árabes, y diversas monedas de aquellos tiempos. En la época de los moros, fué cabeza de la TAHA de Poqueira, compuesta de este pueblo y los de Capileira y Pampaneira; constituyendo luego los tres un solo Ayuntamiento, hasta 1813 en que se emanciparon los dos últimos. En 1814 volvieron á la dependencia de Bubion hasta 1835, en que tuvieron de nuevo Ayuntamiento propio.»

«PAMPANEIRA.—Lugar de 830 habitantes, á 10 leguas de Granada, situado en el declive izquierdo del barranco de Poqueira, entre dos cerros que limitan su horizonte, hasta el punto que en todo tiempo del año faltan 4 horas de sol. Tiene unas 220 casas de pobre aspecto, y sus calles son muy estrechas y pendientes. El terreno es endéble, pero sumamente productivo y ameno por sus arbolados y arroyos de puras aguas, hallándose una de las dos montañas que le rodean, poblada de cerezos, castaños, viñas y tierra de sembradura, y la otra de monte encinar, criándose en su término mucho ganado lanar, cabrio y vacuno y abundante caza de perdices.»

Terminada la lectura de los anteriores datos, fué el primero en tomar la palabra el posadero, que, atropelladamente, y siendo á menudo interrumpido por la locuacidad inagotable de nuestro *guia*, dijo:

—Con perdon de *ese* que ha compuesto el tal libro, que así dice verdad en algunas cosas, como yo soy turco. No parece sino que todo eso se ha escrito por el *Fiel de fechos* de Bubion, que así realza á su pueblo, con menoscabo de este mío, que vale más que aquel cien veces, y no me dejará men-



tir ninguno de los que ambos hayan visto. Y sino, que me digan á mí cuándo ha sido la corte Bubion, y por qué se alaba tanto la iglesia de allí, y sus santos de talla, y su cruz, y su tabernáculo, y por qué se calla lo que todos saben, y es que un cura de Bubion, llamado D. Antonio Pagés hizo borrar con cal allá por los años de 1827 un cuadro *manífico* que habia en la ermita de Bubion, y en el cual habia pintados muchos pájaros y otras aves, que no parecía sino que estaban hablando, y el bueno del Sr. Cura lo mandó borrar por que decía que sus feligreses no eran *dinos* de aquel portento. Y que me digan á mí tambien donde están esas *minas de fundicion* y esos hornillos que se encontraron en las raíces de un castaño, y todas esas sepulturas que dice, que sepultado vea yo y hecho ceniza al que tales embustes ensarta, y donde están esas cañas dulces y esos *sabucos* de la *Lapronia*, y que me digan á mí si allí no se muere nadie de calenturas, que así vea yo con ellas y hecho *jiga* al que me cuente que Bubion es mejor pueblo que Capileira, y no digo más.

—Y eso mismo digo yo, añadió el *guia*, que simpatizaba con el posadero, sin duda por su pasmosa verbosidad. Capileira no puede compararse con Bubion ni con Pampaneira; y de aquí para arriba hay cabras monteses, y las castañas de este término son mucho más gordas, y en Bubion no hay una posada como esta, ni hay tan buena paja para los animales..... (El *Ministro de Hacienda* dice que debe ser de superior calidad, porque llevaron 12 reales por 2 arrobas,) ni hay tan buenas chicas como aquí, que acabo de ver una con unos ojos, que le dicen de tú al lucero del alba, y ya verán VV. por el camino cascadas y más cascadas, y sobre todas, una que se despeña de más de 1000 varas de altura, y segun me dijo un guardia civil, que habia estado en la Habana, es la segunda del mundo, porque allá en las Américas hay otra un poco más grande, y la arriería pasa por debajo de ella, y.....

Hicimos poner punto final, allí donde el orador colocaba suspensivos, y no siéndonos ya necesaria su compañía, puesto que desde allí á Órgiva era el camino conocido de los otros

mozos, le despedimos con un discurso, muy lacónico, que arrancó una formidable carcajada al *Caballista*, dándole un pliego, todo lleno de agradecimientos, para el buen Cura de Trevélez, de inolvidable memoria.

A poco rato oímos cantar en la calle con mucho desenfado y donaire:

Tienen tus ojos divinos  
dos flechas que dan la muerte;  
déjame que con mis lábios  
las quite, aunque muerto quede.

Era la voz atiplada del *guía* que había emprendido rápidamente el camino de Trevélez.

A las cinco y media de la tarde partimos para Bubión, cuya distancia desde Capileira, según nos dijo después el *odómetro*, es de 2600 metros, y no de medio cuarto de legua, como aseguraba *D. Pascual*. Ya se sabe que esto ocurre casi siempre con las leguas de la Alpujarra, medidas todas, como suele decirse, por algún fraile que caminaba repantigado sobre cómodas hamugas. Tardamos en recorrer este trayecto cerca de tres cuartos de hora; pues la senda es muy pedregosa y áspera, si bien amenísima y entretenida.

Colosales castaños, algunos de cuyos troncos miden más de 3 metros de circunferencia, entretejen sus frondosas ramas sobre la tortuosa vereda, toda ella cruzada por arroyuelos espumosos y murmuradores. Los más bellos paisajes se sucedían sin interrupción á cada revuelta, y pronto sentimos un formidable ruido de agua despeñada, que me hizo sospechar si sería producido por la *segunda* de las cataratas del mundo, según la autorizada opinión del *guardia civil que había estado en la Habana*. Pero me engañé; no era todavía la cascada portentosa, sino otra más animada y vivaracha, que bajaba riendo y dando saltos por la ladera izquierda, escupiendo á un lado y á otro su espumosa saliva á los sesudos árboles, que presenciaban sus calaveradas con la mayor indiferencia.

Pronto llegamos á la segunda, y si bien íbamos prevenidos contra las exageraciones del *guia*, no por eso quedamos menos atónitos y asombrados de lo que él había supuesto.

En verdad que era un espectáculo maravilloso.

A unos 30 metros de altura, y al mismo borde superior del cerro, á cuya mitad de elevación caminábamos, cerro casi tajado y pobladísimo de robustas encinas y castaños, pasaba una enorme acequia, un más que regular río, que al llegar á una barranquera vertical, se precipitaba primeramente en dos contrapuestos brazos, y luego en uno solo, para caer en dos saltos al recodo que formaba la vereda, y luego en otros hasta llegar al lecho profundo del torrente que allá abajo serpenteaba.

Aquella gran masa de agua, deshecha en los aires en millares de hilos de plata, ó formando hervideros de filigrana y de argentado aljófár, iluminada por los oblicuos rayos del sol, que al situarnos en lo penumbra, nos la presentó como fantástico cruzamiento de infinitos iris, bullentes y tornasolados, aquel ruido aterrador que hacia temer un desplome del cerro sobre nuestras cabezas, aquellos copudos árboles envueltos en el vapor de la catarata, aquel nuevo salto vertiginoso que daba á nuestros pies, curveando en arco rapidísimo para precipitarse sobre el barranco, impresionaron fuertemente mi ánimo, y estuve tentado por dar la razón al *guia* y á todos los guardias civiles que hubiesen estado en la Habana.

Teníamos que pasar forzosamente por el segundo escalon, donde las aguas se precipitaban con furia sobre los descomunales peñascos, formando vórtices y hervideros de alborotada espuma. El estruendoso ruido del agua habia hecho ya aguzar las orejas con espanto á las cabalgaduras. Yo iba delante, incité á mi bravo é inolvidable mulo á atravesar aquel pavoroso golfo, y el obediente animal dió un resoplido, y avanzó con cautela, tanteando con los cascos el sitio invisible y accidentado que le habia de servir de base. A mi izquierda se precipitaba, casi sobre mí, el arco de la cascada, envolvién-

dome en una menuda lluvia, siendo imposible por allí la desviacion, á causa de lo tajado del plano que tras aquella se levantaba, y á tres pasos hácia la derecha aparecia el espantoso corte por donde se lanzaba nuevamente el agua. Á la salida de aquel borrascoso charco, el suelo estaba cuajado de grandes peñones, por los que una cabra se hubiera visto apurada para transitar.

Las herraduras de mi *Gallardo* resbalaron hácia la derecha, ó sea al lado del precipicio; vaciló mi cuerpo, y ya me consideré sin *miaja* de carne sobre los huesos, como la infeliz *mocica* de Capileira. Era cosa hecha; por fin iban á ocuparse de mí los gacetilleros; pero el instinto de conservacion les dejó burlados, pues él hizo que aplicase con fuerza los talones á la cabalgadura, y el poderoso animal se rehizo en un segundo; quedó encabritado, dió un pequeño giro sobre las piernas, y arañando en la mojada superficie de los peñascos delanteros, hizo un supremo esfuerzo, y dejóme, de un salto violentísimo, libre de pasar á la posteridad en boca de posaderos alpujarreños.

Triunfante de aquel horrible peligro, no pude menos de dar unas cuantas palmadas de gratitud en el cuello de mi heroico cuadrúpedo, y volví la cabeza para presenciar el desfile de la caballeria expedicionaria.

Seguíame en la vanguardia el *Caballista*, que al ver el rápido bailoteo de mi mulo, amagado de rodar con mi persona al fondo del barranco, no habia podido menos de soltar la rienda á su intempestiva hilaridad, lanzando la carcajada que le es característica, con la cual dominaba el estruendo de la catarata. Dificil me fué perdonar su falta de piedad hácia mí.

Animoso y decidido metió su arrogante Bucefalo en aquella borrascosa ensenada, y á los pocos instantes fueron niñas de teta la Güy Stepham y la Pittery ante las contorsiones, vaivenes y zarandeos del caballo y del caballero, el primero de los cuales quedó por último arrodillado, para reverenciar sin duda aquel grandioso espectáculo de la naturaleza,



dejando al segundo, ó sea al jinete; que simulara un ceñudo Neptuno medio envuelto por las espumas. Tuve la caridad de no reirme, pero miré el semblante de mi compañero, y hallé en él todos los rasgos de terror que debian desfigurar el de Edipo, al salir huyendo del panteon donde le habló la sombra de Layo. Juro á VV. que no he visto rostro más espantado.

Salvóse al fin de tan dura prueba mi atribulado y remojadísimo compañero; seguíale en orden el *Hombre de ciencia*, que conservaba todavía puesto el semi-morrion de pieles de las alturas. Fué su primer acuerdo encargarle al mozo que conducía el *barómetro de Fortin*, grande esmero y cuidado en su custodia; y luego se aseguró bien en los estribos, dobló la cabeza, picó á su mula y dispúsose para el sacrificio.

El receloso animal no las tuvo todas consigo, y temiendo, con fundamento, un terrible fracaso en aquella arriesgadísima empresa, comenzó un movimiento de retroceso; hasta encontrarse con el impensado garrotazo que deliberadamente aplicó á sus nalgas el más cercano de los mozos. Entonces vimos volar una cosa, un monstruo, y sumergirse luego entre las espumas, y reaparecer despues en los aires un gorro de pieles, con un hombre y una mula debajo, y oimos una voz tremebunda que decia:

—¡El barómetro! ¡Cuidado con el barómetro!

Su jóven hermano le seguia en orden de parada. Empezó por templar la guitarra de su mulilla, armando en su vientre tan repiqueteado taconeó, que nos dejó admirados de la agilidad de sus piernas. Sus manos entre tanto no se estaban ociosas, pues mientras con la izquierda se asia fuertemente al arzon delantero de la montura, describia con la derecha en los aires curvas de diferentes formas y rádios, que confluian todas por la punta del cordel de la rienda en la sensible culata del cuadrúpedo; el cual, viéndose así hostigado, estiró el pescuezo, olfateó con espanto, y poniendo la misma cara que deben poner las viudas indias, cuando se arrojan bajo las sangrientas ruedas del carro de *Jagrenat*, resolvi:



por fin inmolarse para desmentir la mala reputacion de los de su raza.

No habia pasado un dia entero, cuando vimos aparecer en la orilla opuesta, una especie de alimaña, á modo de figura de geroglífico, caballero sobre un arpa con luengas orejas, los cuales jinete y arpa formaban un todo armónico, un atusado conjunto, como de gato recién bañado.

El resto del cuerpo expedicionario pasó con menos ó más trabajo, mojándose si habia qué; y á compás de las interminables carcajadas del *Caballista*, respondidas á coro por el triunvirato restante, y motejándonos todos mutuamente por nuestro estrafalario aspecto en el pasado naufragio, llegamos á Bubion, cuya entrada era otro nuevo despeñadero.

Paramos algunos minutos en una de sus calles más elevadas; para que el *Benedictino* tomase alturas é hiciese apuntes y cálculos, resultando de todo ello, que habíamos descendido 118 metros desde Capileira, es decir; que nos encontrábamos á 1180 sobre el mar. El *odómetro* acusaba 2601 metros en la distancia recorrida desde la posada de aquel pueblo, y los relojes dijeron que habíamos invertido 30 minutos en el tránsito.

Estábamos pié á tierra, y los chicuelos del pueblo nos rodeaban, poniendo las caras de asombro más estúpidas que VV. pueden imaginarse: particularmente el gorro del *Hombre de ciencia* era un iman poderoso para su espantada vista.

Seguimos al poco rato despeñándonos por aquellas calles, dejándolas para tomar otra endemoniada vereda, tan estrecha como la conciencia de una beata, y con más tropezones que la de un usurero, y de allí á 25 minutos entrábamos triunfalmente en Pampaneira, acompañados de otra cohorte de rapaces de lo más sucio y desarrapado.

La distancia recorrida desde Bubion era de 1900 metros, y habíamos descendido en ellos 225.

El aspecto de este pueblo, como el de los anteriores, es rústico, agreste y miserable, pero grandemente poético y pin-

toresco. Los bosques de encinas, castaños, nogueras, álamos, cerezos y morales se suceden sin interrupción, y el agua, manando por todas partes, anima y enriquece aquel espléndido paisaje, aquella pomposa vegetación.

Bajamos luego una estrecha, pendiente y escalonada cuesta que hay á la salida del pueblo, y llegamos, á un puente de un solo ojo cuyas estribos se apoyan en ambas caras de las laderas, entre las cuales, allá abajo, á mucha profundidad gritan y bailotean las alborotadoras aguas del barranco.

Tan alto está el puente, ó tan profundo el lecho por donde juegan las aguas, que, asomándose por el rellin, todavía se ven á mucha hondura las copas de los vetustos álamos, cuyos troncos son bañados por las espumas.

Por dicho puente atravesamos á la vertiente opuesta, que se estrecha con la anterior formando una angosta garganta, y empezamos á subir otra cuesta al borde derecho del barranco. Habríamos ascendido por ella unos 400 metros, y al llegar á una mesetilla que hay en lo más alto de la vereda, me volví y quedé parado, absorto, extático, mudo de admiración y asombro ante el nuevo panorama que se ofrecía á mi vista. Mis compañeros habían hecho la misma observación, y suspendimos la marcha algunos minutos para recrearnos con el mayor encanto en aquel cuadro fantástico, y comunicarnos, entre exclamaciones de admiración, nuestras mútuas impresiones.

Cortado á nuestros piés aparecía el cerro cubierto de espesa arboleda, que brotaba casi horizontalmente de la ladera; allá abajo veíase un puentecillo rústico, formado de irregulares troncos, cubiertos de folaje; á su izquierda un molino, blanco como un cisne escondido entre la selva; de él se desprendía en argentada curva una copiosa acequia que se precipitaba sobre el río; más allá, y en la misma dirección, perdido entre las sombras de un recodo del barranco, y cubierto por el bosque, el puente por donde habíamos pasado; en el fondo el torrente murmurador; y en frente, ¡oh! en frente un extenso anfiteatro donde aparecían escalonadas en dife-

rentes alturas y diversos términos las tres aldeas que habíamos atravesado, recatando sus formas entre los mil pliegues de la variada verdura, y empinando sobre la salvaje mancha oscura, las torrecillas de sus iglesias, cuyas agujas besaban el azul de los cielos.

Capileira allá arriba, cerca de la silueta de la verde montaña; en medio Bubion semi-escondido entre sus castañares; entre ellos los arroyos y las cascadas, y más abajo, hacia la derecha, Pampaneira. Brillaba aún el sol poniente sobre la torre del primero de ellos, las tintas del crepúsculo envolvían melancólicas al segundo, y era de noche en el tercero. Luego, más á la derecha, se recortaba bruscamente la vegetación, y aparecía de pronto un plano vertical é inmenso, que desde la más encumbrada elevación bajaba hasta las profundidades del barranco. El color rojizo de su terreno bravío é inaccesible, y la reverberación gradual y desvanecida de los reflejos solares, lo hacían aparecer como un enorme espejo de cobre.

Ni toda la fantasía de Gustavo Doré, ni la paleta realista del inimitable Salvator Rosa, tienen trazos ni colorido con que representar un cuadro tan maravilloso y espléndido. No hay en el arte rasgos ni matices, ni en la palabra humana tonos ni expresión para poder copiar ó describir con ellos, aquella naturaleza vigorosa, aquellos pueblos allí levantados por la mano de un mago, aquellas selvas umbrías, aquellos abismos negros, aquellas sombras diáfanas, aquel vario colorido, aquellos agrestes perfiles, aquella caprichosa y encantadora distribución de maravillas. No, la paleta del artista, ni las estrofas del poeta podrán nunca reproducir aquel horizonte que gradualmente se pierde desde la luz hasta las tinieblas, aquel solemne reposo, interrumpido solo por la elocuencia poética de las aguas que saltan y se despeñan, aquellas argentadas culebras, ó aquellos afligranados cortinajes de espuma, que se arrastran ó se desprenden por los pomposos pechos de las montañas, aquel susurro de la embalsamada brisa, que llena los pulmones de oxígeno vivificador, aquel

beso dado por el cielo á las frentes luminosas de los montes, aquel sonido, en fin, de la mística campana, que, oculta entre los brazos del bosque eleva á Dios los misteriosos acentos de la oracion.

¡Ah! no sé si era la predisposición de mi abstraído espíritu, ó la melancólica influencia del crepúsculo de la tarde, ó la conmovedora belleza de aquel panorama celestial. Todos aquellos rumores, que son como el suspiro con que la naturaleza se despidе del día y todos aquellos perfumes emanados de los pebeteros que abre la noche, y todos aquellos detalles que parecen engendros de una poética fantasia, fueron parte para que mi alma quedara sumergida en extática delectacion; y hasta el más indiferente de mis compañeros, aquel que menos se sorprendió siempre ante las maravillas de la naturaleza, exclamaba con admiracion que ni en los Pirineos, ni en los Apeninos, ni en los Alpes habia visto cuadro semejante.

¡Oh! esa Alpujarra ágreste y bravía, esos miserables pueblos formados como los nidos de las águilas, entre los repliegues, ó sobre los peñascos de la Sierra, ó levantados como baluartes sin acceso posible sobre las breñas; ese desconocido rincón de España, de manantiales tan pródigos y salutíferos, de suelo tan fértil y ameno, de productos tan preciosos y variados, de paisajes tan bellos y encantadores, con sus intran-sitables veredas, que hacen el oficio de las murallas de la China ¡cuánto no ganaria puesto en contacto con el resto de la tierra por fáciles caminos, ya que está vedado á la locomotora el poder respirar en aquellas alturas!

Es verdad que entonces perderia ese salvaje aspecto que tanto la poetiza y embellece, ese tinte del recuerdo que atrae y admira, esa soledad misteriosa, esa pura virginidad conservada á través de los siglos; y es verdad tambien que las granjas y los *chalets* levantados sobre aquellas rudas montañas, empapadas por la sangre de tantas generaciones, ó por las nieves eternas que forman su corona, no podrian añadir el más ligero encanto á su primitiva y exuberante naturaleza.

Más de un cuarto de hora permanecimos absortos allí



contemplando el encantador paisaje, que nos embelesaba como las ilusiones de un sueño: marchamos al fin con el alma enamorada del espectáculo sublime que abandonábamos, y seguimos ascendiendo de nuevo por una cuesta que se retorcia agriamente sobre las sinuosidades de la montaña, la cual perdió de pronto toda su feracidad. Ibamos caminando sobre una volada repisa, tallada naturalmente en el cerro, y escalonada á trechos, de modo que á las bestias se les hacía difícilísimo el tránsito.

Llevábamos ahora el barranco por la izquierda; la luna no iluminaba todavía aquellas vertientes, y varios de nosotros seguimos prefiriendo la molestia de andar á pié, al riesgo inminente de despeñarnos. Llegamos entre recortes y pendientes, entre quebradas y peñones á un terreno pedregoso y blancuzco, donde desaparecian por completo las pizarras, para dejar lugar á estratificaciones yesosas y á rocas calcáreas, diseminadas sobre una superficie tambien caliza y totalmente árida. Era ya completamente de noche; y la luna reflejaba sobre aquel suelo blanquecino y estéril como la losa de un sepulcro.

Pasamos luego por una aldea, cuyos habitantes, vomitados por el calor de las casas, se hallaban á sus puertas, sentados en corros, mientras que tal cual desocupado mozo rasgueaba en la guitarra el más sencillo, pero el más expresivo y conmovedor de los aires nacionales; hablo del *fandango* de mi tierra. Alguna *buena moza* entonaba de vez en cuando una de esas coplas, hijas de la inspiracion popular, que encierran todo un poema de sentimiento, y nosotros, continuamos la marcha, no sin haber preguntado á uno de los reposados labriegos, cuál era el nombre del pueblo que atravesábamos.

—Soportújar; nos contestó lacónicamente.

Aquel hombre no debía ser conocido siquiera de nuestro segundo *guia* ni de los posaderos de Bérchul y Capileira.

Habíamos tardado tres horas y cuarto desde Pampaneira, á pesar de que la distancia recorrida es solo de 10 kilómetros

220 metros; pero ya se sabe que de noche se anda muy poco. ¡Y por aquellos caminos!

... Habían quedado allá arriba hacia la derecha otras dos pequeñas aldeas, que los mozos nos dijeron ser Carataunas y Cañar, y luego, á cosa de media hora, vinimos á dar con nuestros cuerpos en otra diminuta poblacion, que como Soportújar, habia echado á la calle todo su vecindario. Los prácticos nos dijeron que era *Soportujilla*, (1) la cual se encuentra situada á la margen derecha de un barranco; á quien llaman rio Chico, que en union con los de Pitres, Poqueira y Bérchul viene á acrecentar las aguas del de Trevelez, de aquel que habíamos visto nacer al Oriente de Mula-Hacen, el mismo que confirman más adelante, como ya se ha dicho, con los apodos de Grande, de Órgiva, de Velecillos, y por último con el clásico á medias, y á medias insultante nombre de Guadalfeo.

No he visto volubilidad ni inconstancia como la de los rios de la Alpujarra en eso de conservar su nombre de pila.

Al pasar por una esquina del pequeño pueblo que atravesábamos, ví parados en ella tres campesinos, á los cuales pregunté con la entonacion más cariñosa del mundo: — ¿Es este *Soportujilla*?

— Es... contestó uno de ellos, es... y pronunció una grosera desvergüenza, con la que provocó una doble carcajada en sus zafios compañeros, dándose *incontinenti* todos tres á correr por la calle próxima, como almas que lleva el diablo, y dejándome un tantico corrido y amostazado por su retozona descortesía.

Por mucho menos se han provocado guerras nacionales. Sin duda, pensé yo, ese diminutivo que sirve de nombre al pueblo, y que revela menosprecio de su importancia y valimiento, debe herir la *culta* susceptibilidad de estas gentes,

(1) No he podido averiguar con firmeza el verdadero nombre de este pueblo; pues mientras lo encuentro en unos mapas con el que consigno, no aparece en otros, ó en su defecto se fijan diversas poblaciones en el mismo sitio en que los demás geógrafos localizan á Soportujilla. Madóz, en su diccionario, no cita con este nombre á dicha aldea. He encontrado tambien suma discordancia respecto á esto en la opinion de las personas conocedoras de aquella comarca. Conste, pues, que si hay error de nombre, no es mia la culpa.

que por ello se creerán quizás ofendidas. Yo tambien me doy por tal de la grosera barbarie de aquellos tres pedazos de..... Pueblo soberano, ¡qué incivil te presentas algunas veces!..... y haciendo solidaria á toda la villa, ó lo que sea, de la *cortés* manifestacion de sus indígenas fugitivos, la dejo allá tirada junto al rio, sin sacarla á pública luz, interin no me prueben las estadísticas que la matrícula de su escuela se ha cuadruplicado.

Bajamos por el rio otra media hora, y al cabo nos desviamos hácia la derecha, penetrando entre una masa oscura, que desde luego presumimos seria de olivar, y á las once de la noche de aquel elástico dia, llegamos á la posada de Órgiva, poblacion dilatada, cuyo aspecto, cuyas luces, cuyo ornato, cuyo empedrado, cuyos serenos nos hicieron presumir mejor suerte que la que los hados nos deparaban.

Órgiva es.....

Pero ahora recuerdo que he venido abusando de mis pobres piernas desde que salimos de Mula-Hacen, excepto el corto trayecto que media entre Capileira y Bubion, y el no largo que atravesamos desde *Soportujilla* á la cabeza de distrito que teniamos el honor de contemplar á la pálida luz de la luna, y á la de los faroles del alumbrado público.

Era un pleonasma de claridad.

Dijonos en seguida el *odómetro* que habiamos caminado desde la cumbre de donde partimos, hacia 12 horas, 42 kilómetros y 940 metros, bien medidos; y hecha mentalmente la deduccion de los 4700 durante los cuales fui molestando el lomo de mi agradecido mulo, resultó, salvo error de resta, que ¡el *Caballista!* y un servidor de VV. habiamos ido matando hormigas, ó no matando nada, 38 kilómetros 240 metros. Es decir, en lenguaje rancio, muy cerca de 7 leguas.

Ante tan escandalosa cifra, sentimos una voz dolorosa y angustiada que de cintura abajo gritaba:—¡Crueles!...

Era el *quosque tandem* de la catilinaria que nos dirigian nuestras piernas.

## XV.

### EN LA CABEZA DEL DISTRITO.

—LA POSADA DE LOS DOLORES.—EL *Jardin zoológico* DE LONDRES.—DISECCION CIENTÍFICA.—*Te Deum*.

Yo había leído «LA ALPUJARRA» de Alarcon, y recordaba perfectamente aquella posada del *Francés* donde se hospedó en Órgiva, al comienzo de su expedicion; y como despues de tres penosísimas noches no se podia avenir bien mi cuerpo á reposar, durante la cuarta, en una menguada silla, y como me préció de muy español y patriota, dije á los mozos que nos encaminaran á la mejor posada *castellana* de aquella graciosa villa, dando de lado á todo extranjerismo.

Despues de recorrer muchas calles, llegamos á un *parador* de no muy mal aspecto, sobre cuya puerta habia una tablilla con un letrero, que decia: «*Posada de los Dolores.*»

—Nombre de mal augurio, dije para mi capote; pero nos decidimos á *dar fondo* en ella, en vista de los brillantes informes de los *prácticos*.



Dieron estos grandes golpes á la puerta, bien atrancada por cierto, y despues de los infinitos redobles y toques de somaten aplicados en ella, abrióse una hoja, y apareció un muchacho todo mohino y espeluznado. Penetramos en un antro oscuroísimo, que no era otra cosa el *recibidor* ó patio, vestíbulo ó cuadra donde nos apeamos, y despues de una buena media hora invertida por el chicuelo en encender un farol, que habia perdido hacia mucho tiempo la nocion del aceite, y despues de otros 30 minutos empleados en feroces llamamientos, rebuscas é inquisitivas, conseguimos que apareciera ante nuestros ojos una parduzca deidad de estropajo, de lo más característico.

Era..... pero ¿á qué la describo? ¿Conocen VV. á Maritorres? ¿Sí? Pues dígoles que el génio de Cervantes, anticipándose á nuestra época, copió á la maravilla el tipo de aquella moza.

Estábamos cansados de fiambres, y comprendiéndolo así el perspicaz instinto del *Aposentador general*, dió inmediatamente las oportunas órdenes para que se nos aderezara una buena sopa, y se nos prepararan habitaciones y camas, *que estuviesen limpias*. (Tal fué la frase sacramental.)

Eran más de las 12 y media cuando el femenil vestiglo nos invitó á pasar á una de las alcobas, donde se habia ingerido malamente el comedor, y allí, sobre una mesa, que repicaba con el pié en el suelo, como si sufriera los efectos de la cadena magnética, y sobre un mantel, que muchas semanas atrás habria sido blanco, nos sirvió un más que regular lebrillo de agua tibia, en la que sobrenadaban algunas *secciones* de mendrugó, (que diria un géometra,) y como hasta una docena de huevos más duros que guijarros.

Ya estaba explicada la detencion; todo aquel tiempo habian necesitado los huevos para pasar al estado de pedernal.

Comió de ellos el que comió, y despues de un avance á nuestra ambulante reposteria, dispusimonos para dormir en camas! ¡Ya era justo!

La habitación donde tan succulenta cena se nos habia ser-

vido, quedó de *reservado* para los dos hermanos, y el *Caballista* desvencijado y mi no muy aplomada persona fuimos alojados en otra contigua.

Desde el momento que entré en ella, fui impulsado por mi amor á las bellas artes, á contemplar las estampas del *Hijo pródigo*, cuadros obligados en toda posada, desde mucho antes que Moratin hiciese mérito de ellas en «*El si de las niñas*,» y no pude fijarme menos en otra bella litografía que representaba un jóven como de 30 años, con barba de ocre, desnudo casi totalmente, embadurnado todo el cuerpo de bermellon, y tendido sobre uno, á modo de sepulcro, mientras que dos guardias, que parecian civiles, custodiaban de pié, pero con los ojos cerrados, y de allí arriba bajaban unos angelitos, muchos de ellos jorobados (¡qué desgracia!) ó dispuestos á velar el sueño de aquel buen Señor, ó con intento de jugarle una buena tostada á los soñolientos guardianes. Aquel cuadro no habia pasado seguramente por la *censura eclesiastica*, que si pasáran, él y la Dolorosa que á su derecha estaba, de seguro que no seria tan pública la ofensa hecha á la piedad y al arte de Apeles.

Fué lo primero que ordené, que se llevaran de allí á dos leguas el catre *de tijera* preparado para el reposo de mis huesos. No lo extrañen VV.; profeso un horror instintivo á esos museos de historia natural, sobre cuyas grietas, cavernas, cuevas, sinuosidades, cubiles y madrigueras tienen generalmente que reclinar sus cuerpos los cristianos que viajan por esta tierra de España. Nada, colchones al suelo, á la turca, esto es mucho menos expuesto á ser devorado. Cumpliéronse mis órdenes por aquella *ilustre* dama, y no tarde, puesto que no invertió más de media hora en ejecutarlas, y una vez que estuvimos solos, (mi compañero y yo, se entiendo) asaltó él con algún trabajo su empingorotado lecho, y yo, con gran facilidad me derrumbé sobre el mío, dando á mis desdichadas piernas el mayor contentamiento que jamás han tenido.

Omito decir que desde que entramos en la posada, no habia dado punto de reposo á su estrepitosa risa mi buen *ad látere*.

—Gracias sean dadas á Dios, dijimos á *duo*; y acompañando la *s* final, lanzó mi compañero el ronquido, que le sirve de obligado saludo al penetrar en la mansion de los sueños.

Procuré plagiarle, pero ¡que si quieres! Empecé por hacer con mi cuerpo toda clase de figuras geométricas, y á colocarme en todas las actitudes imaginables, desde las más académicas hasta las más grotescas y extravagantes. Mi molida humanidad se agitaba y revolvia sin encontrar postura adecuada y cómoda; sentíame mucho más molesto que la noche que habia dormido en la madriguera, y que la de los carbones de Mula-Hacen. No entraba por poco para mi desvelo cierta especie de prevencion, que de allí á algunos minutos ví bien justificada.

Hacia un calor insoportable; comencé por levantarme á oscuras; y abrí un postigo; volvíme luego á incorporar, y abrí el restante; luego el balcon entero de par en par, despues la puerta, y hubieraquerido abrir en seguida el techo y las paredes, y llamar al invierno de la Zelándia, para meterlo de rondon en aquel horno candente y abrasador.

¡Qué felices deben ser los habitantes de la Siberia!

Temí despertar á mis vecinos, y por ello me resigné á no ir en busca de algun *termómetro*; además, consideré infructuoso mi deseo, porque supuse que el mercurio, no pudiendo dilatarse más dentro de su frágil recipiente, lo habria hecho estallar. Si el calórico dilata los cuerpos, yo debia estar convertido en aquella hora en una especie de ballenato ó elefante.

Dios de Israel ¡qué calor!

A poco rato, y mientras nadaba sobre el menguado colchon, sentí un zumbido monótono y uniforme, que se deslizaba por mis orejas; luego otro, despues mil zumbidos y agudas punzadas, prolongados y cachazudos agujonazos, pica-

duras breves y recortadas, vuelos, arrastres y brincos sobre mi persona, tomada por asalto en las tinieblas. ¡Había empezado mi diseccion!

Levantéme con celeridad y aturdimiento, y encendí luz. No quiero decir lo que ví; pero si alguno de VV. ha visitado el *jardín zoológico* de Londres, podrá formarse una idea de la variada *fauna* que poblaba los aires, que se deslizaba por las paredes, ó que saltaba sobre mi entintada ropa. ¡Oh qué horror!

¡Y nací yo para esto, cielos despiadados?

Pero no paraban aquí mis desdichas; el destino se ensañaba conmigo de una manera cruel, pues al retirar las sábanas, ví abandonada por descuido entre ellas..... El pensamiento más caviloso no es capaz de adivinar lo que ví! ¡Era una media muy súcia, que aún siendo de mujer y todo, acabó de decidirme por la emigracion!

¡Y mi compañero dormía!

¡La posada de los *Dolores*! Sí, de los dolores, y de los tormentos, y de las penas, y de las aficciones, y de los desvelos, y de las amarguras: todos estos apellidos se le pudieran agregar.

—¡Y es posible, decía yo con espantosa cólera, mientras me batía á muerte con aquella turba famélica, ávida de mi sangre; y es posible que en toda una villa importante, populosa y bella, cabeza de distrito y de una *taha* antigua, con una historia tan heroica, y alumbrado público, y serenos, y Juzgado de primera instancia, y qué sé yo qué más, sea este el paradero más escojido que se depara al forastero que llega ó al infeliz que transita! ¡Oh, no puede ser! Nuestros criados son unos ignorantes, ó han querido añadir el sarcasmo sangriento al no breve catálogo de nuestras incomodidades. ¡Oh ingratitud sin ejemplo! Pero por si dijeron verdad al encomiarnos la supremacia de aquel *parador* sobre todos los demás del pueblo, yo tomaré de tal incuria cumplida venganza.



Estoy satisfecho despues de escribir los párrafos precedentes.

Púseme al balcon un rato, y despues me retiré al corredor, en traje no muy honesto: puse el velon sobre una mesilla de mala muerte, y comencé á leer:

CARATAUNA.—Pueblo del partido judicial de Orgiva, á 9 leguas de Granada, su capital; está situado en el declive de un monte de la falda meridional de Sierra Nevada, con hermosísimas vistas, pues se descubre desde él hasta el Mediterráneo por la parte de Salobreña. Tiene 95 casas, TODAS DE MALA CONSTRUCCIOY, calles ESTRECHAS, IRREGULARES Y MUY MAL EMPEDRADAS é INCÓMODAS. El terreno es ASPERO Y ESCARPADO, y SUS CAMINOS SON MALÍSIMOS. Su poblacion es de 273 habitantes.»

Nada de esto me ofrecia novedad. Parte de la relacion anterior era tomada sin duda de una *plantilla general*, hecha para ocuparse del mayor número de los pueblos de la Alpujarra. Doblé, pues, la hoja, y leí:

CANAR: á 8 leguas de Granada, en la falda meridional de un CERRO sobre un DESFILADERO cuya ESCABROSIDAD inferior termina en la vega de Orgiva, entre los rios CHICO y SUCIO.»

Y dije interrumpiendo mi lectura.—¡Caracoles, y qué mal gusto han tenido los orgvenses para dar nombre á sus rios!

«...Desde dicho pueblo se divisan los de Soportújar, Caratauna, Velez de Benahudalla, Salobreña, la vega de Orgiva, y gran parte del Mediterraneo, distinguiéndose en dias serenos hasta la costa de Berberia. Tiene sobre 300 casas, mal CONSTRUIDAS, calles ESTRECHAS, PENDIENTES é IRREGULARES y 998 habitátnes...»

«Ven VV: cómo no me equivoqué al hablar de una *plantilla general* para los pueblos de la Alpujarra?»

«Brotá en su término una fuente de muy buenas aguas. El terreno es QUEBRADO Y PENDIENTE. El monte alto se compone de encinas y robles, existiendo en su término muchos olivos, morales, álamos, castaños, almeces, almendros y cerezos. SUS CAMINOS SON MALÍSIMOS.»

«Consta por tradición, y aún se cree que existe en el archivo de Simancas un documento por el cual se acredita que el Rey Don Felipe II concedió el título de villa á este pueblo, por haberse hecho prisionero en su término á Aben-Farax, uno de los más importantes caudillos de la insurrección de los moriscos.»

«Como á 200 varas al N. existió en tiempo de los moros otro pueblo con el nombre de Fex, que fué totalmente destruido en tiempo de dicha insurrección, conservándose hoy tan solo algunos vestigios de su mezquita.»

Y lei despues:

**SOPORTÚJAR.**—Lugar á 9 leguas de Granada y á 3 cuartos de idem de Órgiva, en el declive de una loma que mira al S. E. con hermosas vistas. Tiene 136 casas y 607 habitantes. Sus calles son **IRREGULARES Y DE MUY MAL PISO.** Hay en el pueblo una fuente abundante de esquisitas aguas. El terreno es quebrado, y su monte de encinas y robles se extiende hácia el Picacho de Veleta. El rio Chico nace dentro de su término, que se riega además con las aguas del barranco Frio. Los caminos son de herradura y escabrosísimos.»

Busqué despues en vano á Soportujilla. Sin duda alguna parte de su vecindario habia cometido con el ilustre autor del libro que ojeaba otro desacato parecido al que conmigo habia tenido lugar; y en castigo le condenaba al silencio; ó bien apareceria el tal pueblecito confirmado con otro nombre. Háganse VV. cuenta que leen más abajo lo de *«calles estrechas y pendientes, casas de mal aspecto, terreno quebrado, malos caminos,»* etc.; en fin, las generalidades comunes á todos los pueblos anteriormente citados; y por lo demás, que otro sea, y no yo, quien se incomode en rebuscar más antecedentes.

Adelante, y veamos algo de lo que D. Pascual dice de esta villa en que me encuentro, la cual no es posible detenerse á visitar, mientras el espíritu público no se haga cargo de la necesidad imperiosa en que se halla de una regular posada siquiera, donde se vea garantida la inviolabilidad de la piel humana.

**ÓRGIVA.**—Cabeza del partido judicial de su nombre, con 4128

habitantes. (1) Está situado en un extenso valle, formado por las vertientes meridionales de Sierra Nevada, y su clima es calurosísimo en el estío...»

—¡Oh! no era necesario que me lo dijeras, Madoz verídico, Madoz ilustrado, Madoz escrupuloso, porque me estoy derritiendo también aquí en este *aromático* corredor, á pesar de la sencillez de mi traje, casi primitivo.

....«Tiene sobre 700 casas de buen aspecto, distribuidas en calles RECTAS Y BIEN EMPEDRADAS en su mayor número...»

(Esto quiere ya decir que nos despedimos de la Alpujarra.)

...«varias fuentes de ricas aguas; un buen edificio para el Juzgado, Ayuntamiento y cárcel; dos escuelas de instrucción primaria, y en la parte inferior de la plaza se vé el antiguo palacio perteneciente al Conde de Sástago. La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Espectacion, antigua mezquita de moros, comenzó á reedificarse con gran suntuosidad en 1580, adornándose con una hermosa portada y dos elevadísimas torres, una de las cuales encierra el relóx. El curato es de segundo ascenso. Hay además una ermita donde se dá culto á San Sebastian, patron de la villa.»

.....«Su terreno es llano y de excelente calidad, conteniendo en su término muchos montes poblados de pinos, encinas, madroñeros y otros árboles frondosos, encontrándose también en ellos varias minas plomizas.»

....«El rio de Cádiar, que al llegar á esta jurisdiccion toma el nombre de Grande, pasa á corta distancia de la villa, dejándola á la izquierda. La falta de puente para atravesarle es causa de muchas desgracias en el invierno. Su término municipal está enclavado entre las sierras de Lújar y de Albuñuelas, (que es una dependencia orográfica de la Almirajara) por el S. y la Nevada por el N. Cultívanse muchas clases de arbolado; más el que sobresale por lo general, es el olivo, que forma grandes bosques de una vegetacion portentosa, algunos de cuyos árboles son tan antiguos, que datan del tiempo de los ára-

(1) Queda dicho en el prólogo, que para determinar la poblacion, me he atenido al último censo practicado en España.

bes, y los hay tan gruesos que merece haerse mencion de uno llamado el olivo de la Torna de Santos, cuyo tronco mide 16 varas de circunferencia.»

Quedé suspenso y enternecido ante un agradable recuerdo de la infancia. Siendo yo muy niño fui desde Granada á este pueblo con mi buen padre, y sus amigos nos acompañaron á visitar el árbol portentoso, arriba mencionado; cuyo tronco fué medido por nosotros mismos. (No hay, pues, que achacar á exageracion las colosales dimensiones del castaño de Capileira, citado por el grave historiador D. Luis de Mármol.) La robustez de aquellos árboles era tan portentosa, que llamaba poderosamente nuestra atencion, habiendo medido tambien otro tronco macizo de 13 varas de circunferencia, á la altura de los brazos de un hombre, cuyo olivo quiero recordar que nos dijeron se llamaba de las Ánimas, y así este como el anterior, fueron regalados despues, segun nos han manifestado, á la infanta Doña Maria Luisa Fernanda, que desde Lanjaron fué á Órgiva para tener el gusto de admirar estos y otros colosos de aquella exuberante vegetacion.

...«Las producciones consisten en cereales; vino, lino y aceite, excediendo algunos años la cosecha de este de 60,000 arrobas. Tambien se cojen legumbres, cáñamo, alguna caña dulce, frutas riquisimas y variadas y se cultiva algo la seda. Hay excelentes pastos, que alimentan mucho ganado cabrio, y abunda la caza de perdices y cordornices, pero no hay pesca en sus rios.»

...«La industria consiste en algunas fábricas de fundicion de plomos, de aguardiente y de alfareria, existiendo además varios molinos harineros y de aceite.»

«Esta villa parece ser la antigua Exoché, mencionada por Ptolomeo. En ella se encuentran vários monumentos de muy remota antigüedad»...

Habia leído por cima la mayor parte de la descripcion geográfica que Madoz hace de esta agradable villa, en cuyo seno tenia el honor de ser devorado. Entré con mil precauciones en mi habitacion: aún quedaban en ella algunos restos



de mi compañero el *Caballista*. ¡Vivia! Lo conocí por cierto ruido estertoroso y agitado con que revelaba la opresión de sus órganos respiratorios, sobre los que pesarian quizá innumerables ejércitos de aquellos irracionales que á mí me habian asediado. El cansancio de su cuerpo hacía insensible su epidermis. ¡Quién pudiera gozar de esa felicidad, aunque fuera á costa de grandes sacrificios! ¡Dormir! Esa es la plenitud del goce, el *desideratum* de la vida, la apoteosis de todo encanto, el anhelo insaciable de mi sér. «Padre del sosiego, vierte tu letal beleño, bate tu desmayado vuelo sobre mis sienes, haz desfallecer mis cansados parpados, tú.....» (seguiremos en verso:)

que esparces en el suelo  
la niebla del balsámico rocío  
con que el dolor serenas,  
y el vivo afan de las acerbos penas.»

Hasta aquí Quintana.

—Y los picotazos.

Hasta aquí yo.

Duerme, duerme, compañero venturoso. Tu espíritu emancipado reirá ahora mismo en otros felices mundos, donde no haya insectos de verano, de esos que seguramente atenacean tus miembros encallecidos. ¿Qué importa la vil materia? Déjate la comer, puesto que al cabo ese ha de ser su miserable destino, y duerme ese sueño, que más que ningún otro se asemeja al de la eterna noche!.....

Seguia haciendo un calor bochornoso é insoportable. Miré el reloj; eran las tres menos cuarto de la madrugada! Me restaba aún una larga hora de suplicio! Volvíme al corredor, dejé á Madoz y tomé á *Mármol*, más que por nada, por ver si de la frescura de su nombre se comunicaba algo á mi cuerpo. ¡Inocente deseo! ¡Ilusion insensata! El pergamino del tal *Mármol* estaba casi tan ardoroso como mi piel. Le abrí las

entrañas, y con vertiginoso arrebato, fui haciendo la autopsia y amputacion de ellas, envolviéndome en un horizonte de sangre, apropiado para la excitacion angustiosa de mi ánimo.

He aquí las fibras que le disequé.

«Alzáronse los lugares de la TAA de Poqueira, viernes por la mañana á 24 días del mes de Diciembre. Los Christianos que habia en ellos corrieron luego á favorecerse en la torre de la iglesia del lugar de BURBURON, que al parecer era fuerte, y los herejes traidores (que así merecen que les llamemos de aquí adelante) viendo que se defendian, fueron á saquearles las casas, y cercando la iglesia, abrieron una puerta que estaba tapiada, y entrando furiosamente por ella, destruyeron y robaron todas las cosas sagradas; y luego juntaron muchos zarzos y tascos untados de aceyte para poner fuego á la puerta de la torre. Viendo esto los christianos, y hallándose sin defensa, sin agua ni mantenimientos, tomaron por remedio rendirse, antes que morir en crueles llamas; y fuéales menos mal, si los enemigos no usaran despues otras mayores crueldades con ellos, porque los desnudaron y ataron, y les dieron muchos palos y bofetadas, y habiéndoles tenido aprisionados 19 dias, los sacaron á justiciar por mandato de Aben-Humeya, á una güerta cerca del lugar. Y allí hicieron pedazos al licenciado Quirós y al Beneficiado Montanos y á Godoy su sacristan y á otros 20 legos. Y dexando los cuerpos á las ayes y á los perros que se los comiesen, á solas las mujeres y los niños de 10 años abaxo tomaron por captivos.»

«Alvaro Flores, con los soldados que pudo recoger, y algunos caballos, tomó por las cordilleras altas, yendó siempre superior á los enemigos, hasta llegar al lugar de Bubion, y hallándole solo, porque Aben-Humeya no osó aguardar en él, entró dentro, y desde un reducto ó mirador que estaba delante de la puerta de la iglesia, comenzó á capear llamando nuestra gente. Y el Marqués de Mondejar, así como vió el lugar ocupado por los Christianos, mandó que marchase todo el campo hácia él. Ganáronse las cuatro alquerias de aquella TAA de Poqueyra, sin hallar quien las defendiese. Llegado el campo á Bubion, los soldados subieron en quadrillas por la sierra matando todos los hombres que pudieron encontrar, y captivando muchas mujeres y niños, les tomaron gran cantidad de bagages cargados de ropa y seda, que llevaban á esconder por aquellas breñas.»

¿Huelen VV. la sangre de las entrañas de Mármol? Sigamos en la operacion.

«La TAA de Órgiva está compuesta de quince lugares que los Moriscos llamaban ALCARIAS, cuyos nombres son: Pago, Benizalte, Sortes, Cánar, el Fex, Bayarcar, Soportújar, Caratanuz, Benizuyet, LEXUR, Barxar, Guarros, Luliar, Jaragenit y Albacete de Órgiva, que es el lugar principal donde está una torre que estaba bien proveida.»

«El Domingo, segundo día de pascua de Navidad á 26 de diciembre, acordaron los moros de combatir la torre, y para este combate juntaron muchos zarzos de cañas, untados con aceyte, pensando quemar los Christianos dentro. El Alcayde Gaspar de Sarabia, echó luego fuera 20 hombres que mataron algunos moros, y quemaron todos aquellos haces en el lugar donde los tenían recogidos. Los enemigos corrieron á la iglesia, y hallándola sin defensa, entraron dentro y con grandisima ira quebraron los retablos, deshicieron el altar, rompieron la pila del bautismo, derramaron el óleo y la crisma y arcabucearon la caja del Santisimo Sacramento. Luego subieron á la torre del campanario, y en lo más alto de él pusieron un reparo de colchones y mantas para desde él arcabucear á los Christianos, y aquella noche les enviaron un Moro para que le dixese de su parte que se rindieran. El Moro propuso su embaxada diciendo: Que Granada era perdida, que los Moros tenian ya la fortaleza de la Alhambra, y que el Rey D. Felipe no les podia enviar socorros por que estaba cercado de Luteranos; que aquella tierra era de Dios y de Mahoma, y que harian cuerdamente en volverse Moros, si querian salvar sus vidas. Estas palabras sintieron mucho los nuestros, y le dixeron que se alargase luego de allí, si no queria que le matasen con los arcabuces: apercibiéndle que ni él ni otro volviesen con aquel recado, por que no les iria bien en ello. No mucho despues acordaron de hacer los Moros dos mantas de madera para picar el muro por debajo, y dar con la torre en el suelo, mas los cercados se dieron tan buena maña que se las quemaron, teniéndolas á medio hacer. Fué la determinacion de los enemigos tan grande, teniendo presente el ódio y la ira, que aunque los Christianos mataban muchos de ellos con los arcabuces, no se dexaban de arrimar. Los nuestros procuraban deshacerlos arrojando grandes piedras desde arriba y echando sobre ellos calderas de aceyte hirviendo, y los que picaban el muro tuvieron que huir con harto peligro de sus vidas.»

«No se halló Aben-Humeya en este asalto, porque habia pasado de largo á Pitres de Ferreira, á proveer otras cosas, y cuando supo el ruin suceso que habia tenido, mando que cesasen los asaltos, y que

solamente tuviesen la torre cercada, para que no les entrasen bastimentos.»

Ya me cansa el bisturí, y por si pareciera á VV. pesado este *Mármol*, cuya diseccion me aburre, floreamos brevemente las páginas de otro autor, si no tan ráncio, algo más entretenido, y terminaré haciendo la síntesis del anterior análisis *quirúrgico-histórico*.

«El Gobernador y los cristianos de Órgiva se refugiaron en la torre del castillo de los Condes de Sástago. cuando se rebelaron los moriscos, y en ella se defendieron con tanto teson, que fué la única que se conservó en toda la Alpujarra, y despues sirvió de baluarte y defensa á los cristianos que mandaban el presidio, el cual servía de cuartel general al ejército cristiano. En él sufrió el capitán Molina los más fuertes ataques dados por el caudillo de los moros Aben-Áboo, el cual no consiguió tomar aquel fuerte, que era la seguridad de nuestras armas.»

¿No se han dormido VV. todavía? Pues ni yo tampoco; pero.....

*¡Te Deum laudamus. Te dominum confitemur!*

*¡Ya amanece!*



## XVI.

### CAMINO DE LANJARON.—DEFRAUDADORES

### DE LA HACIENDA.—CACERIA INESPERADA.—EL VISO.—

### EL PUEBLO TRATADO DE TRES MANERAS.—ENCANTOS DE LA

### FRATERNIDAD.—DESASTRE DEL AMOR.—*A Dios!*

A Dios, Órgiva bella, tierra frondosa y amena, precioso  
búcaro cobijado por las ramas de la providencial oliva; corte,  
populosa y civilizada de mil agrestes aldeas, con tus agudas,  
cúpulas, ribeteadas de azulejos, que descomponen la luz del  
sol ardoroso que te corona. Sí, con esas elevadas torres, que  
tan á lo vivo me representan las del venerado templo de la  
Patrona granadina; con tus preciosos huertos, por cuyos mi-  
radores aparecen, bajo los apretados pámpanos, los ojos  
africanos de tus hijas, como los luceros que esmaltan la bóve-  
da celestial; con tus floridos maceteros en tus balcones; con  
tus calles regulares y alineadas; con tus vistosos tejados, que,  
al cabo de esta jornada, me traen á la memoria los de mi pue-

blo natal; con tus cristalinas fuentes de precioso jaspe; con tus históricos recuerdos de guerra y de heroicidad; con tu cielo purísimo, y con..... tus detestables posadas.

A Dios.

Esto decía yo á las cinco de aquella mañana, montado sobre mi cuadrúpedo, al bajar una ligera cuesta defendida de un rio por un murallon, y dejándome atrás las casas, los jardines, y la posada de los *Dolores*. No extrañen VV. que repita ese nombre, pues los tengo en mi corazón, de pensar que en un pueblo tan bello é importante se encuentre tan pésimo hospedaje.

Otra redundancia de ideas; dispensen VV.; no sé lo que me digo. Me voy muriendo de sueño y de cansancio. Se cambian y trastornan á mi vista decoraciones y paisajes, mi cabeza se pierde en un dédalo de monstruosas extravagancias, mis ojos se cierran á viva fuerza de vez en cuando, y apenas veo que atravesamos un ancho rio, que subimos luego una pequeña cuesta, que dejamos á la espalda la población y grandes manchas de arbolado; creo que descendemos á otro rio, estrecho y tortuoso, cuyo seco cauce está sembrado de extraordinarios peñascos, que revelan la barbarie de sus aluviones; pareceme que ascendemos de nuevo, y penetramos por un regular camino, en medio de una extensa vega, poblada de olivar; luego se empieza á ensanchar algo el horizonte; despues me presentan mis soñolientos ojos una grande acequia; creo que la atravesamos, y más allá..... !Qué confusion de recuerdos! ¡Qué letárgico desvariar!

Al cabo el movimiento y el aire de la mañana fueron poco á poco arrollando las sombras de mi vista y las nieblas de mi cerebro, y las cosas comenzaron á parecerme tales y como en sí eran, sin que me apareciesen sus perfiles rodeados del tinte rojo con que hasta allí se me presentaron.

Al girar sobre un rápido recodo del camino que seguíamos, fuimos momentáneamente testigos de una escena muy corriente en ciertas *tahas* y playas de la provincia de Almería. No crean VV. que me remonto á la época de los moris-

cos, y si solo á los años que van de este siglo, que tanto corre, bien á mi pesar.

Todo fiel cristiano sabe, que en dicha provincia *existian* (no digo que existen; fijese bien en ello la atencion) pueblos enteros cuya única vida *consistia* en los *aprovechamientos comunales* de una continua defraudacion á la Hacienda, por medio de *contrabandos ó alijos* que se *echaban* por tal ó cual playa, marchando luego en largas divisiones y por recatados senderos á los puntos del interior, unas veces sosteniendo sus bravos conductores batallas y escaramuzas con los adustos Carabineros del Reino, burlando otras su vigilancia, y otras.... pero en fin, sabe todo el mundo, que de estos trances y de estas defraudaciones brotaron ciertas fortunas y celebridades, que han alcanzado el honor de ser tenidas en cuenta por autores muy reputados del extranjero.

El contrabandista de nuestras costas ha ocupado nada menos que la pluma de Victor Hugo, y razon ha habido para ello, puesto que el tipo es de lo más característico. Especie de comerciante-guerrillero, que lo mismo arrostra las tempestades del *Estrecho* que las descargas del *resguardo*, sagaz, valiente, arrojado, gran jinete, gran tirador, y hasta diplomático á veces, es el *industrial* á que me refiero, digno no solo de que el eminente poeta francés le ponga de realce, sino de que todos los Ministros de Hacienda europeos lo manden fotografiar para tener idea de su fisonomía, allí donde no existan los puertos francos.

Toda esta digresion ocurrióseme al ver detenidos en el camino como hasta una docena de Carabineros, que habian hecho *buena presa* de unos cuantos arrieros, cuyo único delito consistia, segun todas las apariencias, en haber sacado la paja de las enjalmas de sus asnos, para sustituirla por otro vegetal. ¡Valiente crimen! ¡Ah! pero recuerdo ahora que era tabaco, y menos mal si no era tan endemoniado como el de los estancos.

La situacion de aquellos defraudadores memos, cogidos *in fraganti*, su aspecto aterrado y triste, lloroso y descon-

certado, hizome formar paralelo entre su abatimiento y la arrogancia de algunos que yo he conocido, sin que sintieran sobre sí jamás la garra de la fuerza pública, á pesar de hallarse encanecidos en el *negocio*. Casi desprecie á aquellos vulgares partidarios del *libre cambio*, que yacian allí como conejos atrapados por la zorra, siendo, no diré aherrrojados por aquel pequeño ejército, si no *encordados* como instrumentos que habrían de sufrir luego el *tecleo* de los alcaides y cancheros.

Pasamos adelante sin hacer nuevas consideraciones, y, siguiendo la ruta de Lanjaron, vimos, á cosa de módia hora, venir corriendo desafortadamente hácia nosotros por el camino, como hasta cinco ó seis labriegos de mayor edad, y detrás de ellos tres ó cuatro chicuelos y dos mujeres, la cual mediana tropa, así gritaba y producía alarma, como si fuera de victoriosos Monfies.

Temimos por el pronto que aquella gente, que de tal modo corria y alborotaba, fuera un *cuervo de reserva*, que, sabidor del desastre de los contrabandistas, acudia con precipitacion á rescatarles de la pública fuerza; empero conociendo luego en su desarme, en sus ademanes, é inofensivo aspecto, sus pocos guerreros conatos, echamos de ver que eran ni más ni menos que caminantes de infanteria, que venian persiguiendo aceleradamente algo por el camino.

Convencímonos bien pronto de esta sospecha, porque vimos, que á poco espacio de aquella agitada turba, venia por el camino una liebre..... (Ya me parece escuchar:—Embustes de cazador.) Digo, y repito, y pongo á Dios por testigo de que venia una liebre, corriendo á medio galopé, como ellas lo saben hacer, cuando conocen que no llevan por detrás *arriero* que les fuerce á acelerar la marcha. La senda estaba estrechada á la sazón por una profunda acequia hácia la izquierda, y un elevado balaste de piedras por la derecha. La *Centella* que vió venir sobre sí aquel animal, que no era un lobo, hizo en seguida alardes de su *valor* y destreza, y avanzó rápidamente para cortar la retirada al temero-



so cuadrúpedo, que al verse acorralado y próximo á ser prisionero de los caninos dientes, dió un voloz recorte; pero con tamaño aturdimiento y ceguada, y tan mala suerte, que se metió entre los mismos piés del primero de los mozos, que conducia de reata la acémila del repuesto; el cual mozo se encorvó con la rapidez de un relámpago, y echó mano de una de las de la liebre, que quedó por ello cogida y en cautiverio.

Con la alegría mayor que nadie puede figurarse, volvióse hácia nosotros el impensado cazador, levantando al aire en su diestra mano al pobre animal, como trofeo de su victoria; y avínole mal, porque como el prisionero, chillaba y pataleaba, y la buena de la mula delantera no contaba con aquella repentina vision en su mismos ojos, asombróse de ella, y dió una grande huida, con la que á poco más se hubiese precipitado en la acequia; y el desprevenido mozo, que se encontró, sin saber cómo, con el ronزال de la bestia liado al cuello, y próximo por ello á ser ahorcado, abrió instintivamente la mano aprehensora, con lo cual el atribulado rumiante recobró su libertad, y dióse á correr con buenas ganas por el camino que habíamos traído, burlándose de los ladridos y carreras de la desesperada perra.

Mis instintos de cazador salieron á plaza, y lo mismo los de mi compañero el *Caballista*, que también lo es, y ambos hicimos girar velozmente nuestras cabalgaduras, para correr en seguimiento de la infeliz fugitiva. En aquel momento no comprendimos toda la necedad de nuestro propósito; ni la perra, aunque fiaca, era galga, ni la vereda estaba para poder correr, ni aun cuando lo estuviera, hubiésemos conseguido *cortar* la liebre.... (El *Caballista* se opone á esta afirmacion.) Ni aunque lográramos *cortarla*, alcanzaríamos otra cosa que verla dar *marros*, *recortes* y nuevas carreras sin medio alguno de *quedarnos con ella*. Así es, que tuvimos á bien enfrenar nuestros ímpetus, y volver hácia la caravana, donde los compañeros hablaban con los labriegos perseguidores, que ya habian llegado.

En tanto el burlado mozo se habia encaramado sobre el balate, y con la mano puesta por visera, seguia con la vista la direccion que habia tomado el animal fugitivo. Arrojóse de pronto del observatorio, y dióse á correr como una exhalacion hácia dicho rumbo; y como tardaba él, y el sol comenzaba á molestar más de lo conveniente, continuamos nuestra marcha.

Habrian trascurrido quince minutos, cuando vimos al mozo venir corriendo hácia nosotros. Llegó jadeante y amoratado, pero ¡traia la liebre en la mano! Aquel ave de rapiña la habia visto salvar una gran distancia del camino, correr luego por una esplanada, y seguir por un barranquillo, donde el animal, ó molido ó confiado, se refugió en una retama, bien ajena de que la misma aleve mano que antes burló, habia de ser ahora su nueva carcelera.

Convínose por unanimidad en que el mozo no necesitaba lentes ni andaderas.

No hay que extrañar que detalle tan minuciosamente esta agradable peripecia de nuestra marcha. Soy cazador, y aún me deleito recordando aquel raro episodio, cuya veracidad puede confirmarse exigiendo testimonio y pidiendo acordadas á los campesinos que lo presenciaron, y á la posadera de Lanjaron, á cuyas manos llegó vivo el animalejo, para ser convertido en un *cuchifrito*, que los mozos dijeron despues haber estado excelente.

Seguimos comentando el lance con la mayor jovialidad; hasta que otro orden de pensamientos asaltó nuestro ánimo; luego que tras una revuelta rápida del camino, nos encontramos de repente en lo alto de una cuesta con un cuadro maravilloso é inesperado. Estábamos en el *Viso*.

¿Y saben VV. lo que es el *Viso*? Pues es ni más ni menos que un balcónillo, al que descienden en las madrugadas los querubines del cielo, para enviar sus besos á Lanjaron.

¡Lanjaron! ¿Cómo atreverme á hablar de él, despues que en tantas lenguas y tonos se ha decantado su belleza?

Así como no hay viajero que al penetrar por vez primera

en la Alhambra, no sienta plegarse las alas de su espíritu, sobrecogido y agobiado por tanta magestad y tan extraordinaria grandeza, así al descubrir de pronto la hechicera villa, desde la colina en que nos hallábamos; siéntese el encanto indefinible que se experimenta á la contemplacion de una beldad arrebatadora; esa admiracion, ese pasmo, ese éxtasis de aquéllos que ven el mar por vez primera, cuando sus cerúleas olas, rizando apenas la líquida superficie, reverbieran el cabrilleo fantástico de la luna.

Lanjaron es el más acabado adorno, el bordado de flores, el precioso fleco ó el caprichoso encaje del *Valle de la Alegria*; su último prendido, donde la coquetona naturaleza puso todo el mayor esmero, así como aquellas arrebatadoras mujeres, que, al terminar su vistoso tocado, colocan una flor encantadora entre las ondas de sus cabellos, ó un descuidado lazo en un pliegue caprichoso de su falda.

Lanjaron es el canastillo dorado donde una beldad artista coloca entremezcladas flores celestiales de delicadísimas hojas, y frutas variadas de salutariferos aromas; Lanjaron es, en fin, la hermosa garganta que eslabona un cuerpo de admirables y voluptuosas formas, con una cabeza soberbia, escultórica, monumental.

Es el enlace del Valle de Lecrin con Sierra Nevada.

Figúrense los poetas un hada que se reclina graciosamente sobre un espléndido lecho de esmeralda; las ondas de su traje están cubiertas de flores, bordadas de cintas de plata, esmaltadas de aljofar y ribeteadas de brillante serpentina; una faja de blanco armiño, festoneada de mil colores, le ciñe la cintura, una diadema de oro y de filigrana, de brillantes y de rubies corona su frente; una nube azulada y vaporosa envuelve su cuerpo, velándola con las gasas del misterio; del pecho de aquella beldad se exhala un amoroso y lánguido suspiro; su aliento es balsámico como el de los pebetes; su expresion voluptuosa como la de una andaluza enamorada, y todo su rostro, todo su sér, derraman un atractivo magnético, un encanto y una felicidad inefables.